

CONTRARRELOJ



RENÉE JAGGÉR
MICHAEL ANDERLE

1

AGENCIA PARAMILITAR

CONTRARRELOJ

AGENCIA PARAMILITAR

RENÉE JAGGÉR
MICHAEL ANDERLE



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)

[Notas de la autora: Renée Jaggér](#)

[Notas del autor Michael Anderle](#)

[Ponte en contacto con Michael Anderle](#)



¡Bienvenido al emocionante viaje de LMBPN® International! Suscríbete a nuestro boletín para obtener acceso a actualizaciones exclusivas, contenido gratuito ¡y muchas otras sorpresas! Sumérgete en nuestros mundos increíbles, ideas únicas y los miles de emocionantes historias que te esperan. ¡Únete ahora a LMBPN® International y sé parte de la historia!

<https://lmbpninternational.com/es/boletin/>

Si deseas mantenerte en contacto con el autor y recibir su boletín con noticias actualizadas, puedes suscribirte en el siguiente enlace:

<https://michael.beehiiv.com/>

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y acontecimientos retratados en esta novela son producto de la imaginación del autor y/o se utilizan de forma ficticia.

Copyright de la versión en inglés: © 2022 LMBPN® International

Copyright de la versión en español: © 2023 LMBPN® International

Arte de portada por Mihaela Voicu <http://www.mihaelavoicu.com/>

Copyright © de la portada LMBPN® International

Editado por Alba M. Vila y L. M. Mateo

<https://sites.google.com/view/albamvtraduccion>

<https://deliriosypalabras.com/>

LMBPN Publishing apoya el derecho a la libre expresión y el valor de los derechos de autor. El objetivo de los derechos de autor es animar a escritores y artistas a producir obras creativas que enriquezcan nuestra cultura.

La distribución de este libro sin permiso constituye un robo de la propiedad intelectual. Si desea utilizar material del libro (que no sea para reseñas), ponte en contacto con lmbpnintlops@lmbpn.com. Gracias por tu apoyo a los derechos de autor.

LMBPN® International

2375 E. Tropicana Avenue

Suite 8-305

Las Vegas, Nevada 89119 USA

ISBN del ebook: 978-1-68500-976-2

ISBN del libro impreso: 978-1-68500-977-9

A la familia, amigos y los que amamos leer.
Que todos disfrutemos de la Gracia
para vivir la vida
a la que somos llamados.

Michael

Todo había ido bien hasta que llegó la cuenta.

Cuando Sam se dirigió a ella en el bar, abarrotado a pesar de ser un miércoles por la noche, Julie casi habría dicho que le gustaba. Se agarró a su copa de vino para darse fuerzas al ver que se acercaba. Se parecía a su foto de perfil en la web de citas: alto, delgado, pelo negro peinado y cuidado. No era especialmente guapo, pero cuando eras una donnadie y buscabas el amor en una gran ciudad, tenía que bastar que el chico fuera adecuado. Y él lo era.

Sam se detuvo a poca distancia de la barra y miró arriba y abajo. Al final, sus ojos se fijaron en ella.

—¿Julie? ¿Julie Meadows?

—Esa soy yo. —Julia se bajó del taburete y le tendió la mano.

—No te levantes. —Agarró su mano extendida y, en lugar de estrecharla, le hizo un gesto con la cabeza, como si quisiera besarla—. Soy Sam.

—Encantadísima de conocerte. —Julie se maldijo para sus adentros. «Así se hace, Julie. Excelente elección de palabras»—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Esperaba que fuéramos a cenar. —Sonrió.

«Entonces, ¿por qué ha quedado conmigo en un bar?». Julie dejó de lado la irritación y se aseguró de que su alegre sonrisa no flaqueara.

—De acuerdo. Me parece bien. ¿Adónde quieres ir?

—¿Qué tal La Rose Dansante?

Julie casi se atragantó con un sorbo de vino, lo dejó muy despacio en la barra y miró a Sam.

—¿Te gusta el marisco?

—Y La Rose tiene la mejor langosta con salsa termidor de la ciudad. —Sonrió de nuevo, y dos adorables hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

Esos hoyuelos. Hicieron que Julie quisiera olvidar que, aunque le gustaba la langosta, su presupuesto decía que un ramen debería bastar.

—Iremos en mi coche —se ofreció Sam, que amplió su sonrisa—. Yo invito.

En ese caso..., Julie no estaba en condiciones de decir que no a la comida gratis. Ella sonrió.

—Suenan bien.

Él le tendió un brazo galante, como si estuvieran en el siglo XIX, y Julie se permitió soltar una pequeña risita al enlazar su brazo con el suyo y se dejó acompañar al otro lado de la barra. Le gustaba sentir la tela de su traje bajo sus dedos. Tenía un buen corte y no era muy fina ni barata.

Cuando se adentraron en la cálida noche de verano, con una constelación de luces urbanas sobre sus cabezas, el coche de Sam los esperaba junto a la acera. Era elegante y bajo, transmitía velocidad aunque estuviera inmóvil. La llevó al lado del pasajero y abrió la puerta.

—Bueno, esta noche parece que soy de la realeza —bromeó Julie, y acto seguido volvió a maldecirse.

Él le dedicó otra débil sonrisa.

—Solo estoy siendo un caballero.

Parecía un caballero. Puso música clásica relajante durante el trayecto hasta La Rose Dansante y habló de viajes y del tiempo. Ya en el restaurante —adornado con alfombra roja, lámparas de araña de cristal y colines gratis—, Sam sostuvo la puerta y le acercó la silla. Julie hizo todo lo posible por interpretar también el papel de cita elegante. La conversación fluyó, al igual que el vino; la langosta con salsa termidor era excelente, por lo que ella sabía, y todo parecía aburrido pero correcto.

Hasta que Julie se quedó mirando a Sam, al otro lado de la mesa, con la cuenta entre ellos.

—¿Disculpa? —consiguió decir en un susurro ahogado.

—Te he preguntado si debería pedirle al camarero el datáfono. —Sam levantó una ceja—. Tengo efectivo para mi mitad.

Se quedó boquiabierta. Lo miró a él, a la cuenta y vuelta a empezar. Luego leyó el total: una suma tan grande que la langosta con salsa termidor de su estómago amenazaba con saludar a todos los presentes.

—No te importa dividir la cuenta, ¿verdad? —insistió él.

—Yo..., supongo que no.

Por lo general, no, pero si hubiera sabido que dividirían la cuenta, no habría aceptado ir allí.

—Genial. —Sam sonrió—. Me gusta que la gente pague lo suyo. Entonces, ¿efectivo o tarjeta?

—Tarjeta —graznó Julie. No había visto tanto dinero junto desde que se había ido de casa. Uf. Su madre iba a poner el grito en el cielo cuando se enterara.

Con la boca seca, desbloqueó su teléfono bajo la mesa y comprobó si tenía dinero suficiente en su cuenta para pagar la mitad. Los dígitos que brillaron en la pantalla serían suficiente.

El camarero aceptó los pagos y Sam le ofreció el brazo. Así, la sacó del cálido restaurante con la barriga hasta arriba de langosta.

—Así que... —dijo—, ¿te gustaría venir a mi casa?

Julie lo miró sin poder creer lo que escuchaba. «¿Estaba siendo un capullo al hacerme creer que él pagaría la cuenta, o es que yo sigo sin entender lo que dice la gente?». No podía saberlo.

—Esta noche no.

—De acuerdo. —Sam metió las manos en los bolsillos de su bonito traje y cambió de pie el contrapeso—. Bueno, ¿estás libre el viernes?

—En realidad... —Julie suspiró—. Me he divertido, de verdad, pero no creo que haya una segunda cita.

Él se estremeció y se encogió de hombros.

—Está bien. Gracias de todos modos.

—Gracias —consiguió decir Julie.

Lo vio alejarse a grandes zancadas hacia su coche sin ofrecerse a llevarla a casa. «Supongo que es otro indicador de que es un gilipollas».

Sacó el móvil y abrió el navegador. Estaba a siete manzanas de casa. No le quedaba dinero para un Uber después de que la cena le hubiera costado un ojo de la cara. Y no había nada como una larga y solitaria caminata en la oscuridad de Brooklyn después de una cita desastrosa.

Julie encorvó los hombros y se metió las manos en los bolsillos del abrigo para protegerse del frío primaveral. Se dirigió al centro, con el resonar de los tacones de sus botas sobre el

pavimento.

«¿Por qué tengo que ser tan mala juzgando a la gente?». Las cosas serían mucho más fáciles si supiera de qué pie cojeaban.

La tensión de los hombros de Julie fue desapareciendo a medida que los restaurantes, concesionarios de coches y centros comerciales de lujo dieron paso a sórdidos edificios de apartamentos y pequeñas tiendas de barrio llenas de humo. Los grafitis salpicaban las paredes, vulgares, coloridos y obscenos, y la hicieron sentir como en casa.

Aun así, echaba un vistazo a las puertas oscuras cuando pasaba junto a ellas y tiraba de la corta falda del único vestido decente que tenía para cubrir un poco más de piel.

Pero una figura desaliñada apoyada en la pared de una gasolinera le silbó al pasar. Julie lo ignoró y continuó hacia el paso elevado que marcaba la esquina de su bloque. Metió una mano en el bolsillo interior de su abrigo y la cerró alrededor del espray que tenía escondido.

—¡Eh, guapa! —volvió a llamarla el hombre detrás de ella—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

Julie se obligó a no acelerar el paso, pero le quitó el seguro al espray.

—Espera un momento. —Los pasos del hombre sonaron fuerte tras ella—. Solo quiero hablar contigo.

Estaba a pocos metros del paso elevado, pero una enorme figura se despegó de la parte inferior del puente y salió delante de ella.

—Ey —gruñó el gigante—. Mi amigo quiere hablar contigo.

Julie se detuvo. «Vaya mierda».

Tragó saliva.

—No estoy de humor para hablar.

—Se me ocurre otra cosa que podríamos hacer —dijo el tipo de detrás.

Julie se volvió. El hombre desaliñado tenía una mirada lasciva. Su aliento desprendía un hedor afrutado y, mientras la observaba, se rascaba un brazo lleno de costras.

—No quieres hacer esto. —Intentó que no le temblara la voz.

—Ya lo creo que sí. —El gigante se rio—. Y yo también quiero.

—Lo lamentarás —espetó Julie. Apretó el puño sobre la botella—. Ponedme un dedo encima, y los dos os arrepentiréis.

—¡Uuuuh, tengo miedo! —se burló el hombre zarrapastroso, levantando las manos—. ¡No me hagas daño!

El gigante se rio y se acercó. Julie se dio la vuelta y sacó el bote del bolsillo.

—¡No me hagas utilizarlo! —gritó.

Él se detuvo y parpadeó antes de leer la etiqueta bajo el débil resplandor de una farola mugrienta.

—¿Ambientador para habitaciones Aromas del Paraíso, con notas de orquídea y macadamia?

Julie puso los ojos en blanco.

—Es el único bote que tenía, ¿vale? Pero eso no es lo que contiene. —Se acercó y lo alzó en su dirección—. Contiene alcohol, aceite vegetal y Carolina Reaper en polvo, el chile más picante del mundo. —Puso un dedo en el pulverizador—. Si os rocío con esto, hará que el gas lacrimógeno de la policía parezca un día de *spa*.

Los ojos del gigante se abrieron de par en par y dio un paso atrás.

—¿Crees que no me han rociado con pimienta antes?

—Contrólate, Pete —gruñó el andrajoso. Julie oyó pasos detrás de ella y se giró. Retrocedió a tiempo para evitar que la agarraran. El hombre desaliñado se rio—. Por si no te has dado cuenta, cariño, no he disfrutado de muchos días de *spa* últimamente. Creo que puedo con tu

experimento.

—¿Quieres apostar? —gruñó Julie.

—Déjala, Greg —siseó Pete—. Va a pelear. Cogemos a otra.

Greg se acercó con las manos entrelazadas. Julie levantó el espray.

—En serio. Nos va a meter en problemas —murmuró Pete.

—¡Ya te digo yo que sí! —estalló Julie.

Greg miró del bote a ella y viceversa. Luego se apartó de su camino.

—Solo bromeaba, cariño. —Rio—. Venga, buenas noches.

Julie le dirigió una última mirada y retrocedió, con el pulverizador en la mano. Pete la observó con aprensión.

—¡Corre a casa, conejito! —gritó Greg.

Julie giró sobre sus talones; con toda la fuerza de voluntad que consiguió reunir, resistió el impulso de echar a correr, y se alejó a grandes zancadas. Esperó a doblar la esquina y perderse de vista para volver a tapar el bote con cuidado y guardárselo en el bolsillo. Se apoyó contra la pared, se cubrió la cara con las manos y se permitió, durante treinta segundos, que el pánico la inundara.

—Mierda, ha estado cerca. —Respiró, con el corazón martilleándole. Sus manos temblaban contra su cara—. Ha estado tan cerca...

Apoyó la cabeza contra la pared y contempló el horizonte. Las ventanas brillaban en lugar de las estrellas, veladas por el esmog o las nubes. «Menuda noche».

Menos mal que esos dos matones no la habían obligado a usar el espray. No tenían ni idea de que no había averiguado cómo conseguir que cayera más mezcla sobre su objetivo que sobre ella misma.

Se apartó de la pared y se dirigió a casa, con una mano sobre la botellita que llevaba en el bolsillo.



EL GARAJE OLÍA a aceite viejo y gasolina estancada. Al cerrar la puerta tras de sí, Julie soltó un largo suspiro y sintió que se le aliviaban la tensión del cuello y los hombros. Mientras arrastraba los pies entre el desorden hasta las escaleras de madera de la esquina, se detuvo para asomar la cabeza por la puerta trasera. Una mujer obesa vestida con una bata de flores estaba sentada en el sofá, fumando y viendo episodios antiguos de *Judge Judy*.

—Soy yo, Lillie.

Lillie Griswall la miró.

—Ah, hola, Julie. ¿Te lo has pasado bien en tu cita?

—La verdad es que no.

—Los hombres son unos cerdos. —Hizo un gesto con el cigarrillo—. Buenas noches.

—Has dejado la puerta abierta otra vez, Lillie. Debes tener más cuidado. Hay muchos cabrones ahí fuera. —Julie sabía que era verdad—. Podrían llevarse tu coche.

Ella negó con la cabeza.

—Lo dudo.

Julie no tenía ni idea de lo que eso significaba. El coche de Lillie —al menos Julie suponía que era su coche— estaba a pocos metros de la puerta trasera. Julie no tenía ni idea de cómo era, ya que estaba guardado bajo una funda, pero la gente de por allí robaría cualquier cosa con ruedas.

—¿Lillie? Por favor, debemos tener cuidado.

—Está bien. Vete a la cama, cariño. Yo me encargo.

Julie cerró la puerta, sacudiendo la cabeza, y subió la desvencijada escalera hasta el apartamento situado sobre el garaje. El olor a combustible se colaba por las rendijas de las tablas del suelo. La única y mugrienta ventana daba a la calle, y las primeras noches había tenido que colocar un cartón para tapar la luz de las farolas. En una esquina había un pequeño cuarto de baño y en la otra, su cama individual. También tenía una estantería que iba del suelo al techo, bien surtida con legumbres y comida en lata, y una pequeña cocina. No era mucho, pero era suyo.

Julie se quitó el abrigo y su corto vestido negro tipo cóctel, los colgó, se echó un poco de agua en la cara y se dejó caer en la cama con un gemido.

«Al menos has cenado langosta, Julie. Mejor eso que una patada en la boca».



¡Bzzzz! ¡Bzzzz!

Julie se dio la vuelta con un gemido y golpeó su destartalada mesilla de noche. Su móvil se deslizó y cayó al suelo boca abajo con un sonido espantoso.

—¡No, no, no! —Se estiró en el borde de la cama, ya despierta, y tanteó el suelo. La luz del día se le clavó en los ojos a través de las cortinas raídas.

Palpó la superficie lisa y fría del teléfono y rodó sobre su espalda, sin aliento, mientras miraba el cristal. En el identificador de llamadas aparecía «Mamá».

La pantalla tenía una pequeña grieta nueva en una esquina.

—Uf. —Dejó caer su cabeza contra la almohada—. No me falles tú también.

Silenció la llamada, metió el teléfono bajo la almohada, se puso boca abajo y cerró los ojos con fuerza. Segundos después, volvió a sonar.

Julie gimió. Después de sacar el móvil, deslizó el dedo con rabia por la pantalla, lo dejó sobre la almohada y enterró la cara en ella. Su oreja aterrizó contra la superficie fría.

—Gñññeee —gruñó.

—¡Cumpleaños feliz! —gritó una voz penetrante. El chillido atravesó la dolorida cabeza de Julie—. ¡Cumpleaños feliz!

Julie volvió a gemir.

—¿En serio, mamá?

—¡Te deseamos, Juliaaaaaa —chilló Rosa Hernández—, cumpleaños feliz!

—Ya nadie me llama Julia.

—Ay, mi dulce niña. Me encanta oír tu voz. No puedo creerme que ya tengas diecinueve años. Parece que fue ayer cuando naciste, diminuta y pegajosa, con tu carita morada y retorcida mientras gritabas a todo pulmón.

—Vaya, mamá. Gracias.

La cálida risa de Rosa inundó a Julie.

—Solo bromeaba. Eras el bebé más bonito que había visto en mi vida. ¿Cuándo vendrás a verme? He pensado que podríamos hacer una barbacoa o algo para celebrar tu cumpleaños.

—No lo sé, mamá. Quizá este fin de semana.

—Llevas diciendo lo mismo los últimos dos meses. «A lo mejor este fin de semana» —se burló—. No me lo creo, cariño. Tienes que fijar una fecha.

—No puedo, mamá. Estoy muy ocupada.

—¿De verdad? —Rosa alzó la voz, y Julie se arrepintió de haber usado la palabra «ocupada». ¿Has conseguido trabajo?

—Bueno, más o menos.

—Julie, no me digas que sigues en esa tiendecita de mala muerte. ¿No te preocupa que te asalten a punta de pistola o algo así?

—Tienes que relajarte, mamá. —Julie suspiró—. He enviado más de cien currículums y pronto tendré un trabajo de verdad.

Rosa resopló.

—Bueno, cariño, si yo tuviera tu cuerpo, con gusto giraría sobre una barra, tomaría el dinero fácil y no tendría vergüenza.

Julie gimió contra la cama.

—¡Mamá!

—Las mujeres somos libres de ser lo que queramos, lo sabes, ¿no? —Rosa parecía hablar muy en serio.

—Bueno, también soy libre de no ser nada que no quiera ser —espetó Julie—. Aunque estoy segura de que podría mover el culo alrededor de una barra, estoy bien sin tener que exponerme como una fantasía artificial llena de encajes, gracias.

—Si tú lo dices, cariño. Solo digo que a veces una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer. Deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Vas a soltarme otra de tus peroratas sobre lo duro que fue ser madre soltera?

—No hay razón para que te pongas así. Ya estás de mal humor otra vez, Julie. ¿Te estás bebiendo el zumo de aloe vera que te di?

Julie abrió un ojo y miró en dirección a la botella de zumo asqueroso que estaba encima de su estantería, cubierta de una fina capa de polvo, a diferencia de los lomos de sus libros.

—Ajá —refunfuñó.

—Tal vez deberías aumentar la dosis. También te limpiará la piel. Es bueno para las ojeras. Sin mencionar que estarás mucho menos estreñida.

Julie cerró los ojos y dejó que su madre siguiera con su cháchara. Era inútil intentar detenerla. Mudarse había sido más fácil que escucharla delirar sobre el último elixir de la vida eterna que había descubierto.

—Entonces, ¿el zumo de aloe vera hace todo lo que se suponía que hacían las pastillas de canela el año pasado? —preguntó Julie cuando el parloteo disminuyó de intensidad.

—No seas insolente, niña. —Rosa resopló—. Solo intento ayudarte.

—Lo sé, lo sé. —Julie suspiró—. Eh, al menos tuve una cita anoche.

—¡Oh! —canturreó ella—. ¡Cuéntamelo todo! ¿Estás en su casa ahora mismo?

—¡Mamá! ¡No! Para nada. Estoy en *mi* casa. Ni siquiera me dio un beso.

Rosa inspiró, preparándose para sermonearla.

—Julie, cielo, estoy a favor de valorarse una misma, pero eres muy exigente con todos los hombres que conoces, ¿no crees?

—No soy dura, mamá. Estoy siendo bastante flexible, aunque muy selectiva. —Julie se lamentó para sus adentros—. No había buenas selecciones en el menú de anoche. Y a los gilipollas hay que rechazarlos *ipso facto*.

—Pero, mírate, si eres todo un diccionario andante —se quejó Rosa—. Deja de leer tanto y vete a jugar con los demás niños. Saber tanto te matará algún día de estos.

—¿A menos que sea el conocimiento de los beneficios mágicos del aloe vera? —murmuró Julie.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, vale. De todos modos, mamá, me tengo que ir —mintió ella—. Tengo muchos más currículums que enviar.

—Hazlo, cariño. Ven este fin de semana, ¿vale? Te quiero.

—Te quiero. Adiós —susurró Julie.

«Mamá, ¿por qué siempre me recuerdas lo que apesta mi situación?». Colgó, cogió la almohada y se la puso sobre la cara. Quizá estuviera tan desesperada como para probar el zumo de aloe vera.



JULIE VOLCÓ lo que quedaba de la mezcla en el molde para magdalenas. Después de meterlo en el horno, pasó un dedo por el interior del bol, se lo metió en la boca y gimió. ¿Por qué la masa siempre estaba incluso más buena? Quizá los huevos crudos fueran el secreto. Valía la pena la salmonela o lo que fuera que transmitiesen.

—Magdalenas para desayunar —murmuró, dejándose caer en una de las desvencijadas sillas de su cocinita—. Bueno, es mi cumpleaños. —Abrió su viejo ejemplar de Anna Karenina y programó un temporizador en su teléfono.

Las magdalenas salían del horno cuando llegaba el cartero, anunciado, como de costumbre, por los ladridos enloquecidos del horrible perrito de Lillie. Julie escuchó a la mujer gritarle al chuchito mientras preparaba un ganache de sobre y lo vertía sobre las magdalenas. Incluso tenía virutas en el armario.

—¡Chispitas de colores! —murmuró, lanzándolas sobre las magdalenas con desenfreno—. ¡Wiii!

—¡Pookie! ¡Pookie! ¡Siéntate! —gritó Lillie abajo. La furgoneta del correo traqueteó y el perro por fin se dejó de ladrar.

Julie bajó los escalones y salió del garaje. Su buzón, un viejo cubo de metal atornillado a la pared de madera y con una tapa de goma para protegerlo de la lluvia, parecía tan lúgubre como siempre. Lo abrió y sacó un puñado de sobres. Les echó un vistazo mientras subía las escaleras de su apartamento.

—Factura, factura, factura. —Las tiró sobre la encimera de la cocina, donde había otros sin abrir—. «¡Ven a nuestra cena gratis y hablemos de oportunidades de inversión!». Claro, ¿por qué no? Espera, ¿quién paga?

Julie tiró el sobre con rabia a la papelera, encendió el hervidor eléctrico y sacó un sobre de café instantáneo de su reserva, que guardaba en una vieja lata de alubias cocidas, en el poyo. En las ferias de empleo eran gratis, que era la única razón por la que iba.

Taza en mano, Julie se dejó caer sobre la silla y mordió una magdalena. No solucionaba nada, pero estaba dulce, rica, deliciosa y representaba el último de sus ingredientes. Bebió un poco de café. Sabía a alquitrán y se había quedado sin azúcar.

—Que haya algo en la bolsa de trabajo, por Dios —gimió.

Cogió su Chromebook, lo abrió y trató de no llenarlo con las migas de la magdalena mientras hacía clic en el portal web de empleo.

¡Tienes tres nuevas ofertas!

Julie parpadeó ante la pantalla.

—¡Sí! —siseó, permitiéndose levantar el puño en señal de victoria—. Un regalo de cumpleaños del universo, tal vez. —«Julie, tienes que dejar de hablar contigo misma».

Hizo clic en el mensaje y aparecieron los tres trabajos.

Mozo para un gran supermercado.

—Uf. —Julie se desplazó a través de la publicación. ¿Empaquetar comestibles durante ocho horas por turno, todo el tiempo de pie? Hizo clic en el siguiente anuncio.

Se busca limpiador de oficina. Debe ser una persona tranquila y discreta.

Julie intentó imaginarse a sí misma fregando un pasillo interminable mientras fingía ser invisible cada vez que pasaba un trepa corporativo. Se tiraría por la ventana antes de que acabara el primer día. Bueno, el último destino tendría que ser el mejor.

¡Puesto sin formación ni experiencia requeridas en centralita de atención al cliente para una empresa de tecnología!

Mientras cerraba los ojos, Julie dio un sorbo a su café amargo, que ya se había enfriado, hizo una mueca y lo completó con un bocado de magdalena de cumpleaños. ¿Una centralita de atención al cliente? Estaría sentada en un cubículo diminuto, mirando a la pared toda la jornada, con unos auriculares que le picarían. Se imaginó las llamadas que recibiría:

—¿Diga? Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Eres un ordenador?

—No, señora, no soy un ordenador.

—Por fin. Me han tenido diez minutos en espera. ¡Diez minutos, te digo! ¿Os parece razonable?

—Lo siento, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

—Puedes ayudarme arreglando tus líneas telefónicas. ¡Diez minutos! ¿Cómo esperas que aguante diez minutos?

—Siento mucho oír eso. ¿Cuál es la incidencia?

—Bueno, no tengo nuevos correos electrónicos de Joe.

—Ya veo. ¿Está su ordenador conectado a Internet?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Bueno, ¿ha recibido algún *email* de alguien que no sea Joe?

—Por supuesto. ¡Muchos! Solo que ninguno de Joe.

Una inspiración profunda y...

—Señora, ¿Joe dijo que le enviaría un *email*?

—No. Suele llamar.

Julie se imaginó persiguiendo y asesinando lenta y dolorosamente a su hipotético cliente. Acabaría en la cárcel, hablando con su madre entre lágrimas a través de un cristal blindado. Y Rosa le pasaría zumo de aloe vera de contrabando entre los guardias.

Ninguno de esos trabajos iba a funcionar. Frustrada, cerró el Chromebook de golpe y lo dejó sobre la mesa; se levantó, se acercó a la ventana y miró la calle con muy mal humor.

Necesitaba otra magdalena y más café. Esta vez café de verdad, no de sobre. Pero, para comprar café, necesitaba un trabajo.

El timbre del apartamento tintineó, y le hizo dar un respingo. Frunció el ceño. Era un aparato sencillo: una campanilla de metal que colgaba de un clavo junto a la puerta, sujeta a una cuerda que pasaba por un pequeño agujero en la pared y terminaba al pie de la escalera.

El timbre volvió a sonar y Pookie ladró. El alboroto terminó con los pobres nervios de Julie. Apretó los dientes, dejó el café y bajó las escaleras.

—¡Ya voy, ya voy!

—¿Señorita Julie Meadows? —preguntó el hombre con uniforme de USPS al pie de la escalera. Qué raro. ¿No acababa de estar allí?

—¿Sí? —Julie gruñó, con el pie aún levantado sobre el último escalón. Deseó haber llevado su botella de gas pimienta.

—Necesito que firme aquí, por favor. —El repartidor le tendió un sobre grande de papel manila y una carpeta con un bolígrafo barato atado a él por un trozo de cuerda sucia.

Julie suspiró. «Debe ser una factura de alguien muy cabreado».

—De acuerdo. —Garabateó su nombre—. ¿Eso es todo?

—Sí. —El cartero se tocó la gorra con una extraña media reverencia—. Gracias por su tiempo.

—Como quieras, tío —murmuró Julie tras él mientras se alejaba. Subió las escaleras, cerró la puerta, tiró el sobre en la mesa y se preparó otra taza de café. Tenía la sensación de que lo iba a necesitar para enfrentarse a lo que le hubieran enviado. Cogió otra magdalena —la tercera de la mañana, pero ¿quién llevaba la cuenta?—, y la abrió. «Por favor, que no sea la compañía telefónica. No puedo quedarme sin móvil».

Ojeó las dos primeras líneas. Era lo clásico: su nombre, dirección, fecha de nacimiento y...

En la Agencia Oficial ParaMilitar nos complace anunciarle que ha sido reclutada para nuestros servicios, y debe...

«Espera, espera. Espera.

»¿Qué?»

Volvió a leerlo y la palabra le saltó a la vista. «Reclutada».

Era una broma de mal gusto, ¿verdad? O un error. O una extraña estafa. Arrojó el papel sobre la mesa y se abalanzó sobre el Chromebook. Lo abrió y buscó en Google frenéticamente.

¿Es obligatorio el servicio militar en EE. UU.?

El ejército de Estados Unidos es totalmente voluntario desde 1973.

—Gracias, Google —murmuró Julie. Había sido una locura dudar de algo tan importante, pero no lo entendía. ¿Qué estafador iría tan lejos como para hacerla firmar por *spam*? ¿Y qué era la Agencia ParaMilitar?

Cogió la carta y volvió a leerla. No le aclaró nada. Decía que tenía que acudir a una reunión al día siguiente, por la mañana, en una dirección situada en una de las zonas más elegantes de la ciudad. También sugería, de un modo casi estratégico, que habría un desayuno.

Miró las magdalenas restantes y se encogió de hombros. Quizá «Reclutada» era una errata. Quizá no hubiera ningún edificio en esa dirección. Quizá fuera un almacén abandonado y la

secuestraran y la vendieran como esclava sexual en Indonesia o algo así. Aun así, no estaba en posición de rechazar comida gratis y una posible oportunidad de trabajo, ¿verdad que no?

Al menos, la sacaría del apartamento. Las palabras de su madre esa misma mañana resonaron en su mente. «Deja de leer tanto y vete a jugar con los demás niños».

—Espero que esto cumpla los requisitos, mamá —dijo Julie en voz alta. Luego se comió las tres últimas magdalenas.



JULIE BOSTEZÓ DE NUEVO, se metió las manos en los bolsillos de la sudadera y apoyó la cabeza en la ventanilla del autobús. Había cogido el que salía a las seis de la mañana. La ciudad estaba cubierta de una luz pálida y acuosa.

Empezó a pensar que había malgastado bastante dinero al coger varios autobuses hasta Staten Island y esa Agencia ParaMilitar. Fuera lo que fuera.

Se frotó los ojos y consultó su teléfono. 7:39. El desayuno empezaba a las ocho. Se sentó más erguida y utilizó el modo selfi para comprobar que no tenía un aspecto ridículo.

Como de costumbre, tenía buena apariencia. Su pelo oscuro con corte *pixie* estaba bajo control y sus ojos brillantes y bien definidos, incluso sin maquillaje. Al menos tenía eso a su favor: un físico que requería poco mantenimiento. Quizá debería ponerlo en su próximo currículum, suponiendo que no la vendieran como esclava sexual.

El autobús se detuvo y el conductor anunció su parada. Julie miró por la ventanilla y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Había estado en muchos lugares en los que el secuestro ocupaba un lugar destacado en su lista de expectativas, y este no era uno de ellos.

Se enganchó la mochila al hombro y bajó del autobús, mirando boquiabierta el edificio que tenía delante. Se alzaba tras unas majestuosas verjas de hierro forjado. No había ningún cartel en ellas. Echó un vistazo a través de las rejas y vio un amplio campus, lleno de césped verde, pinos y fuentes. Más allá, un edificio —contó cinco pisos— se alzaba sobre ese paraíso.

Junto a la entrada había un pequeño pórtico. Cuando se acercó, la puerta se abrió y un hombre bajo y pelirrojo se puso delante de ella.

—Creo que está en el lugar equivocado, señorita —dijo.

Julie buscó la carta en su mochila, con el corazón encogido.

«¿Acabo de gastarme una fortuna en billetes de autobús en una estafa absurda?». Encontró la carta y se la tendió.

—Recibí esta carta. Me han llamado a filas.

El hombre levantó las cejas y lo ojeó.

—Ah. Bien.

Julie esperaba una explicación, pero él se limitó a devolverle la carta y a pulsar un botón en la pared que tenía al lado. Las puertas se abrieron.

En cuanto las atravesó, la distrajo el olor a bacón que emanaba del interior del enorme edificio.

Había bastantes personas aquí y allá, que charlaban en pequeños corros o caminaban a gran velocidad de un lado a otro. Muchos llevaban uniformes de colores llamativos: verde bosque, azul real y escarlata. Otros llevaban batas. ¿Qué clase de agencia se suponía que era aquella? Julie esperaba trajes negros y gafas de sol. O uniformes militares de camuflaje y caqui.

Uno con uniforme rojo le dedicó una amplia sonrisa mientras se dirigía hacia el olor a bacón.

—Recién reclutada, ¿verdad?

Julie parpadeó. Reclutada. Así que no había sido un error tipográfico.

—Uh, sí —consiguió decir—. Quería saber si ...

—Por esas puertas —interrumpió él—. Toma la primera a la izquierda y estarás en la cafetería. Tenemos que darte de comer antes de comentarte nada, ¿verdad?

Julie se mordió el labio.

—Hum, claro.

Antes de que pudiera preguntar más, el hombre se había vuelto hacia otra persona vestida con ropa normal que se dirigía hacia ellos. Julie no sabía qué más hacer, así que se acercó a las imponentes puertas dobles. Si no hubiera sabido que era imposible, habría pensado que estaban hechas de oro. Conducían a un vasto vestíbulo en el que sus pasos resonaron en el espacio vacío.

La primera puerta a la izquierda la condujo a una enorme cafetería. Esperaba una estancia como la de su instituto, con linóleo sucio y sillas de plástico. En lugar de eso, tres largas mesas se extendían a lo largo de una sala con paneles de madera, cubiertas con manteles escarlata y caminos de mesa dorados. Los camareros, vestidos con elegantes trajes, esperaban junto a un largo bufé cubierto de enormes platos de plata.

Esperaba que hubiera café. ¿Los militares solían ser tan amables?

Estaba demasiado hambrienta para hacer preguntas. Julie se dirigió al bufé y se sirvió un plato tras unirse a la cola. Algunos vestían ropa normal, como ella; otros llevaban uniforme o túnicas; unos pocos, batas blancas de laboratorio.

«¿Dónde me he metido?».

Los camareros le sirvieron abundantes raciones de bacón, tostadas francesas, champiñones marinados y fruta. Su estómago gimíó. Hacía semanas que no comía algo que la llenara de verdad, menos esa langosta con salsa termidor tan cara con Sam el Idiota. Abandonó el bufé y se paseó, buscando dónde sentarse. Una de las mesas estaba casi vacía. Eligió un asiento discreto a medio camino y se quedó mirando el plato. ¿Podía empezar a comer? Olía absurdamente bien, mejor que nada que hubiera oído antes. Supuso que tenía hambre por haberse levantado tan temprano.

—Hola —dijo alguien a su izquierda—. ¿Te importa si me siento?

Julie levantó la vista. A su lado se encontraba un joven alto, bastante musculoso y, si bien sus límpidos ojos de color chocolate parecían vacíos, las suaves líneas de sus altos pómulos y su afilada mandíbula lo compensaban con creces. Sus anchos hombros se tensaban con el uniforme verde, lo bastante ceñido como para sugerir las curvas de sus pectorales esculpidos.

Ella bajó los ojos, el fastidio en aumento. Qué bien. Otro trozo de carne guapo con una personalidad superficial y pestañas más largas que las suyas.

—¿Señorita? —le preguntó. Cuando ella levantó la vista, él sonrió y se le empequeñecieron los ojos.

La sonrisa de Julie surgió por sí sola.

—Uh, seguro.

—Gracias. —El joven dejó su plato junto al de ella y tomó asiento—. Estas cosas pueden ser muy abrumadoras. No te culpo por parecer desconcertada.

—¡No estoy desconcertada! —protestó Julie.

Volvió a mirarla con aquella sonrisa de ojos empequeñecidos.

—Vale, quizá un poco —admitió—. Es que..., ¿reclutada? ¿Qué significa eso?

—Deberías sentirte halagada. —Se rio entre dientes—. El ASRI 4000 solo elige a los mejores.

—¿El qué?

—Ya sabes. El sistema que te ha elegido. —Cogió su tenedor—. Entonces, ¿de dónde eres?
—Del centro. Bueno, oriunda de los suburbios. —Julie se aclaró la garganta—. ¿Y tú?
—Oh, soy un príncipe del éter.

Lo miró fijamente, intentando averiguar si debía reírse. O, peor aún, si debía saber qué era eso.

Se afanó en cortar una generosa porción de tortita. Julie respiró hondo y miró su plato, recordando por qué estaba aquí. Tomó el tenedor y cogió unas setas marinadas. Olían a hierbas, a madera y a la octava maravilla del mundo. Cuando tocaron su lengua, su mundo explotó de sabor. Se quedó paralizada, asimilando el complejo gusto terroso y salado.

El joven masticaba su tortita como si fuera de lo más normal.

—Entonces, ¿qué eres?

Julie lo miró. ¿Qué era? ¿Una recluta? No lo sabía. Masticó, tragó e intentó hablar, pero sentía la boca embotada y torpe. Su lengua no formaba las palabras, y cuando abrió la boca, notó los labios entumecidos.

El joven la miró con atención.

—¿Estás bien?

No. No lo estaba. Era como si su silla se inclinara debajo de ella. Se agarró al borde de la mesa y la habitación dio vueltas. Ella daba vueltas. Todo daba vueltas. Sintió náuseas y pensó que estaba a punto de vomitar.

—Oye, ¿estás bien? Estás pálida. —El joven le tocó el hombro.

Abrió los ojos. La habían drogado. Eso debía ser. El chico parecía diferente. No parecía humano. Sus rasgos eran más afilados y sus ojos rasgados. Sus rizos negros y definidos parecían más brillantes y oscuros que antes. Sus orejas se estrechaban en elegantes puntas a ambos lados de la cabeza.

«Así que se trata de un secuestro», pensó Julie mientras la oscuridad nublaba los bordes de su visión.

El joven, alucinación o lo que fuera, la había agarrado por los hombros y gritaba, pero ella no podía oírlo. El mundo se desvaneció y Julie cayó de cabeza en un negro olvido.



TAYLOR WOODSKIN se lanzó de la silla y rodeó con un brazo los delgados hombros de la chica, que se deslizó de su asiento. Intentó bajarla al suelo con cuidado, pero su cabeza golpeó la alfombra.

—¡Oye! ¡Oye! —Le sacudió los hombros—. ¡Despierta!

Las largas pestañas de la joven se agitaron contra su mejilla. Él le dio unas suaves palmaditas.

—Vamos. Estás bien.

Ella no se movió. No podía saber si su piel estaba cenicienta o si siempre tenía ese aspecto. ¿Qué debía hacer, tomarle el pulso? ¿Dónde tenía el pulso? ¿Era alérgica a la comida? Eso dependería de si era sylthana, cambiaformas o vampira. No estaba seguro de haberle visto colmillos.

«Eres un inútil cuando hay una emergencia, Taylor». La voz de su madre regañándolo volvió a él, tan inoportuna como siempre.

Se enderezó.

—¡Sanador! —gritó—. ¡Necesito un sanador!

—Sí, sí, ya voy. —Una corpulenta enana oscura se apresuró en su dirección a lo largo de la mesa. Se echó una trenza cobriza al hombro y se agachó junto a la chica inconsciente—. ¿Qué raza es?

—No lo sé.

—¿Qué ha pasado?

—Tampoco lo sé.

—¿Tú qué sabes? —ladró la enana.

Taylor se retorció de pura vergüenza.

—Nos hemos sentado. Luego hemos hablado, se ha puesto pálida y ha empezado a deslizarse de la silla. Ahora está dormida.

La enana puso los ojos en blanco y se inclinó sobre la chica. La puso de lado con rapidez y delicadeza.

—Su pulso es fuerte.

—¿Qué está pasando aquí?

Taylor se encogió de hombros, luego esbozó su sonrisa más encantadora y se giró. Las pobladas cejas negras del capitán Jack Kaplan estaban juntas y parecían los cuernos de un toro. El hombretón miró de Taylor a la chica que había en el suelo y viceversa.

—Habla, Woodskin —exigió.

Taylor hizo el saludo militar.

—Sí, señor. Lo siento, señor. Uh, no lo sé, señor.

—Se ha desmayado. —La enana se enderezó y miró al capitán a los ojos—. Creo que estará inconsciente un rato, pero se pondrá bien.

—Bueno, no puede quedarse tumbada aquí. —Kaplan hizo un gesto cortante con una mano—. Llévala a la enfermería, Woodskin.

—Sí, señor.

—Date prisa —gruñó Kaplan—. No tengo tiempo para esto de «echar una cabezadita en el trabajo». Tenemos cuotas que cumplir.

—¡Sí, señor! —Taylor se agachó y la cogió en brazos. Era incluso más ligera de lo que parecía.

—Capitán, hay algo más que debería saber. —La enana se acercó a Kaplan. Cuando se agachó, le habló en voz baja al oído.

Taylor se dio la vuelta para irse.

—Woodskin, espera. —Kaplan se enderezó y miró a la sanadora—. ¿Estás segura?

Ella asintió.

Kaplan cuadró sus enormes hombros.

—Llévala a mi oficina.

Taylor enarcó las cejas.

—¿A su despacho, señor?

—Sí, y no tardes mucho. —Kaplan se marchó a pisotones.

Taylor suspiró y sacó a la chica de la cafetería. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, estaba seguro de que estaba a punto de meterse en problemas por eso.

Julie sintió un dolor agudo en las sienes. Arrugó la nariz, estiró la mano y se frotó la cabeza. ¿Qué había bebido la noche anterior? Un momento, ¿no había estado en casa, preparándose la ropa para una reunión?

¡La reunión! Julie abrió los ojos de golpe. Estaba tumbada en un amplio despacho con una ventana del suelo al techo que daba al cuidado campus. La gente se arremolinaba en el césped y, cuanto más los miraba, menos sentido tenía. Todos parecían salidos de *El Señor de los Anillos*. Enanos de brazos musculosos y pelo desgreñado, elfos de orejas puntiagudas, una criatura corpulenta más alta que nadie que parecía un orco. Juraría haber visto colmillos en una de sus sonrisas.

Tenía que ser otra alucinación. Recorrió con la mirada el despacho, que tenía un amplio escritorio, un retrato ecuestre de un hombre enorme con cejas pobladas y un grupo de estanterías. Había dos sillas frente al escritorio y un sillón en una esquina, en el que el joven —bueno, algo así, aún tenía las orejas puntiagudas— del desayuno estaba sentado, inmóvil.

La había drogado y llevado allí. ¿Y ahora?

Ella se movió y él levantó la vista.

—¡Oh! —Sus ojos se abrieron de par en par—. Estás despierta.

Julie luchó por incorporarse y se dejó caer sobre el mullido cuero del sofá.

—¡No me toques! —gruñó, protegida por sus puños.

—Créeme —El joven soltó una carcajada incómoda—, no pienso hacerlo.

Una puerta crujió y se cerró de golpe. El hombre enorme y peludo del cuadro que había sobre el escritorio entró en la habitación. Medía dos metros y medio, y sus bíceps sobresalían de las mangas de su uniforme azul como si alguien hubiera metido allí rocas gigantescas. Ella esperaba que sus pies retumbaran en el suelo de madera, pero él permaneció casi en silencio mientras se detenía a contemplarla con sus brillantes ojos ámbar.

El joven —o elfo o lo que fuera— se puso en pie de un salto y se cuadró para saludar.

—¡Capitán Kaplan, señor!

—Descanse, Woodskin —gruñó el hombretón.

Así que ese iba a ser su jefe. Eso, si era verdad lo de que estaba «reclutada». Julie pensó en comentar si había superado el *casting*, pero se lo calló cuando sus miradas volvieron a cruzarse. No era un hombre con el que se bromeaba si querías seguir viviendo.

—Interesante —murmuró Kaplan. Se sentó frente a su escritorio, y señaló las sillas que tenía delante—. Siéntense.

El tipo elfo prácticamente levitó en su silla, temblando de ganas de complacerlo y no meterse en líos, supuso Julie. Puso a prueba sus extremidades y consiguió caminar la corta distancia hasta

la otra silla.

Kaplan entrelazó los dedos, del tamaño de una salchicha, sobre el escritorio y la miró con aquellos ojos ambarinos.

—Es usted humana.

—Eh... —Julie lanzó otra mirada al chico elfo—. ¿Como todos...?

—No. No lo somos. —Kaplan suspiró—. Ese es el problema.

El silencio se extendió entre ellos. El elfo parecía querer hacerse invisible.

Kaplan negó con la cabeza.

—De todos los humanos que podrían haber entrado en la agencia, tenía que ser uno que pudiera vernos.

—¿Cómo que puedo verlos? —repitió Julie.

—Sí. Si hubiera sido cualquier humano idiota corriente y moliente, usted habría entrado aquí, habría disfrutado de un desayuno espectacular y se habría encontrado de nuevo fuera. —Kaplan alzó la voz—. ¡Pero no! No. Tenía que tener una mutación genética rarísima, tan extraña que nunca la he visto.

»Tenía que comerse nuestra comida y ser capaz de ver nuestras formas reales. —Golpeó la mesa con un puño, tan fuerte que la madera crujió—. ¡Tenía usted que venir aquí y complicarlo todo! —Su grito hizo temblar el retrato de la pared.

Julie se encogió en su silla. A su lado, el elfo hizo lo mismo.

La mirada de Kaplan era firme y mantenía los dos enormes puños apretados sobre la mesa, cada uno del tamaño de la cabeza de Julie.

Y ella se dio cuenta de que esa podía ser su única oportunidad de defenderse.

—Señor —farfulló—. Yo..., eh, yo nunca habría venido aquí, pero recibí esta carta...

—Sí. El aviso de reclutamiento. —Kaplan se recostó en su silla y se cruzó de brazos—. Un fallo lamentable del nuevo sistema. Rodarán cabezas por eso.

Su tono era tan plano y definitivo que Julie tragó saliva. Su habitual descaro la había abandonado. El elfo mantuvo la boca cerrada y Kaplan la miró durante una eternidad antes de volver a hablar.

—Bueno, ahora estamos en esta situación y tendremos que hacer algo al respecto. —Se encogió de hombros—. No puedo dejarla ir sin más. Ya sabe demasiado sobre paranormales.

El corazón de Julie revoloteó como un loco en su pecho.

—Señor, yo...

—Tiene dos opciones. —Kaplan extendió las manos—. En primer lugar, podría ser «desmentalizada».

Ella tenía la garganta demasiado seca para tragar.

—¿Qué es eso de ser «desmentalizada»?

—Sí. Mi método preferido para borrarles la mente a los humanos es la decapitación. —Le dedicó una amplia sonrisa que no tocaba sus ojos y mostraba un número desmesurado de dientes. El elfo la miró de pronto.

Los músculos de Julie no querían trabajar.

—¿Decapitación?

—No puedo dejar que se vaya. —La mirada de Kaplan era firme—. Los humanos no saben que existe el mundo paranormal. No puede dejar de ver lo que ya ha visto, salvo mediante un barrido mental. —Su sonrisa se ensanchó.

—¿Cuál es... cuál es mi otra opción? —logró decir Julie.

Kaplan se encogió de hombros.

—Podría usted aceptar el trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí. El trabajo para el que la han reclutado. —Enarcó una de sus pobladas cejas—. Trabajaría en el Enlace Militar para la Adquisición de Soldados, o EMAS, como oficial de reclutamiento.

Julie intentó tomar aire, pero sus respiraciones eran rápidas y descontroladas.

—¿O morir? ¿Esa es mi opción? ¿Me convierto en una esclava involuntaria para conseguir nuevos reclutas o me mata?

—No sea tan teatrera —el capitán la miró—, que no somos políticos.

—Entonces, ¿no me matará? —Dejó de hiperventilar.

—Oh, no, acabaremos con su... memoria si lo deja. —La pausa fue suficiente para contener la palabra «decapitación» sin decirlo—. Esto no es esclavitud. Si alcanza sus objetivos de contratación, le ofrecemos un buen sueldo y un excelente paquete de prestaciones. —Kaplan sonrió satisfecho.

—¿Y si no consigo alcanzar los objetivos? —Julie se estremeció. No le gustaba el brillo de sus ojos.

Esta vez, la sonrisa llegó a los ojos de Kaplan.

—Entonces, la despedimos. —Y, por si había alguna confusión sobre lo que eso significaba, añadió—: Aunque no podríamos despedirla sin más, ¿verdad? Sabe usted demasiado.

El mundo de Julie implosionó. La incesante insistencia de su madre llenó su mente: «Deja de leer tanto y vete a jugar con los demás niños. Saber tanto te va a matar algún día de estos».

Vaya, qué manera de tener razón.

A pesar del miedo que le impedía respirar, sintió algo cálido y familiar que le hizo cerrar las manos en puños y mirar a Kaplan a los ojos.

—Bien, pero quiero una gratificación inicial —declaró.

Kaplan parpadeó y su expresión pseudoamable desapareció. Ella se quedó helada. ¿Había ido demasiado lejos? No. Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios antes de desaparecer.

—¿Una gratificación inicial? —graznó el elfo.

Julie le lanzó una mirada furiosa. Parecía simpático, pero no podía perdonarle que la hubiera drogado o lo que hubiera pasado allí. ¿O era cierto lo de la mutación genética? Por otra parte, ¿qué otra explicación había para sus rasgos afilados y sus orejas puntiagudas?

—Cállese, Woodskin —ladró Kaplan. Volvió a centrar su atención en ella—. ¿Se da cuenta usted de con qué la acabo de amenazar?

—Sí, lo sé. Muerte. Sin embargo, si me vais a coaccionar para que acepte este trabajo, podríais hacer que al menos valga la pena. —Julie levantó la barbilla y, mareada por la bravuconería volvió a mirarlo a los ojos—. Aceptaré cuatro mil.

Kaplan se echó a reír.

—¡Cuatro mil dólares! No firmo ni a mis mejores reclutas por un penique más de dos mil, y usted es humana.

—Su primera humana. No sabe lo valiosa que podría llegar a ser. —Julie levantó más la barbilla—. Cinco mil.

Los ojos de Kaplan se entrecerraron, ardiendo en ámbar.

—No creo que entienda la situación en la que se encuentra.

—Seis mil.

El elfo la miró con los ojos muy abiertos y su piel se volvió gris.

Kaplan se cruzó de brazos.

—Tres mil, y no la mato ahora mismo. ¿Trato hecho?

«¿De verdad ha funcionado?». Ella parpadeó.

—Trato hecho. —Aceptó la mano con suavidad.

—Bien. Y deje de maquillarse tanto —gruñó Kaplan.

Julie se mordió la lengua para no decir que no llevaba maquillaje. Estaba claro que el capitán era... gilipollas, pero esa era una opinión que era mejor guardarse.

—Solo me queda presentarle a su nuevo compañero. —Kaplan señaló al elfo—. Taylor Woodskin.

—¿Qué? ¡Señor! —protestó él.

Kaplan lo fulminó con la mirada y el elfo se encogió varios centímetros.

—¿Por qué pensaba que estaba usted aquí, Woodskin?

Taylor se retorció.

—Bueno, la he ayudado después de que se desmayara.

—Ya es hora de que lo emparejen con alguien motivado. —Kaplan volvió a sonreír a Julie—. Lleve a su nueva compañera a orientación, y asegúrese de que alcance esos objetivos.

Kaplan se volvió hacia un expediente de su mesa y Taylor se levantó. Julie estaba impaciente por salir del despacho, así que se puso en pie y salió corriendo por la puerta.



TAYLOR ESTABA a punto de seguir a la chica humana al exterior cuando Kaplan se puso en pie y se aclaró la garganta.

Tembloroso, el joven dejó que la puerta se cerrara tras ella y se volvió hacia el capitán, que volvía a tener los brazos cruzados.

«Esos antebrazos son más grandes que sus muslos», pensó Taylor de forma distraída.

—Woodskin.

—Sí, señor.

Kaplan frunció el ceño.

—No mencione todas las formas en que puede perder la memoria. ¿Entendido? No quiero que se rinda sin al menos unos meses de productividad. Ya sabe lo atrasados que vamos con las cuotas. También sabe lo débiles de mente que son los humanos.

—Señor... —comenzó a decir Taylor. Aquello no estaba bien.

—Es una orden, Woodskin. —El labio de Kaplan se curvó—. Sabe acatar órdenes, ¿verdad?

Taylor tragó saliva. Sin confiar en su voz, asintió y salió para alcanzar a la humana.



FUERA lo que fuera lo que Taylor y Kaplan habían estado cuchicheando mientras Julie esperaba fuera del despacho, no podía ser nada bueno. El rostro del elfo era hermético, pero se frotó la palma de la mano derecha sobre el dorso de la izquierda, un gesto nervioso, en cuanto se reunió con ella en el espacio más amplio. La miró fijamente.

Ella le devolvió la mirada hasta que se hizo evidente que él no iba a romper el silencio.

—Eh..., ¿hola? ¿No se supone que deberías estar orientándome?

—¡Bien! —Taylor saltó en el sitio—. Sí. Ejem. Primero el papeleo.

—Déjame adivinar —prosiguió Julie al entrar en el amplio despacho. Era una configuración estándar con escritorios y archivadores, con la única excepción de que todos los escritorios estaban ocupados por paranormales—. ¿Pergaminos mágicos? ¿Lápices que escriben con mi sangre?

—Has leído demasiado *Harry Potter*. —Él se rio y pareció relajarse un poco.

Resultó que el papeleo era bastante común y corriente, salvo que la persona sentada detrás del mostrador, con un bonito y veraniego vestido rosa, tenía dos cuernitos que sobresalían de su pelo rizado.

Julie firmó un montón de papeles sin leer la letra pequeña, que estaba segura de que incluiría algo sobre la muerte por decapitación. Seguro de salud, salario potencial y tarjeta de identificación. Esta última se la enganchó a la parte delantera de su blusa sin mucha pompa. Ponía «Reclutadora EMAS».

—Eso es. —Taylor asintió—. Ahora, a entrenar.

—¿Entrenar? —Julie enarcó las cejas—. ¿Cuánto tiempo lleva eso? Estoy deseando llegar a esos objetivos, si me entiendes.

—Tú también eres nueva en este mundo. —Sonrió y la piel de alrededor de los ojos se volvió a encoger de esa forma tan encantadora.

Julie desvió la mirada.

—Bueno, pero ¿cuántas semanas?

—¿Semanas? —Taylor se rio—. Dura unos diez minutos.

—¿Qué?

La condujo a un ascensor y ambos subieron uno o dos pisos antes de salir a un pasillo tranquilo con moqueta color crema. Era más práctico que el pomposo despacho de Kaplan.

—Taylor, ¿qué querías decir con diez minutos? —preguntó Julie. Tuvo que trotar para mantener el mismo ritmo que él.

—Aquí es. —Taylor empujó una puerta abierta—. ¡Contempla el Orbe!

Miró de él a la habitación y viceversa. Era una estancia blanca, sin ventanas, de cuyas paredes emanaba luz. En el centro había un pequeño pedestal sobre el que descansaba una esfera azul brillante de unos treinta centímetros de diámetro, llena de hendiduras oscuras.

—¿El Orbe? —Julie resopló—. Muy original.

Taylor se deshinchó.

—No te impresionas fácilmente para ser humana.

—Inténtalo.

Sacudió la cabeza.

—Siéntate en la silla y pon las manos donde te encajen.

—¿Dónde encajan? ¿Qué significa eso?

—Pruébalo.

Sus zapatillas chirriaron en la superficie lisa del suelo cuando cruzó la habitación y se sentó en la silla. Miró más de cerca la esfera y vio que las hendiduras eran huellas de manos. Bueno, huellas al menos. Algunas tenían tres o seis dedos. Otras no tenían ninguno.

Dos parecían humanas y, al poner la mano izquierda en una de esas huellas, encajó. Miró a Taylor, que esperaba en la puerta.

—¿Va a ponerme en trance o algo así?

—Es difícil de explicar. —Taylor señaló el Orbe—. Pon las dos manos encima.

Julie dudó, pero la mano que apoyaba en la esfera no se había derretido, explotado ni ennegrecido, así que hizo lo mismo con la otra. No ocurrió nada.

—Taylor, ¿es una broma? —preguntó—. Si lo es, no es muy...

Taylor desapareció. La habitación desapareció. Todo desapareció y, por un momento aterrador, el mundo se convirtió en una masa negra. Entonces, Julie se paró frente a la criatura más inmensa que jamás había visto. Se alzaba sobre ella, sus escamas brillaban en tonos zafiro. De sus fosas nasales salían dos columnas de humo. Se movía de forma sinuosa, arrastrando su cola puntiaguda por la piedra. Su cabeza tenía el tamaño de un autobús y sus ojos brillaban con un azul eléctrico al mirarla. Abrió una boca lo bastante grande como para tragarse su apartamento, y vio magma hirviendo en el fondo de su garganta.

Julie gritó y levantó las manos para protegerse. Oyó música cuando esperaba el chisporroteo de su piel al quemarse. Se atrevió a levantar la vista: estaba rodeada de risas y figuras que bailaban. Una de ellas se parecía a Taylor. Alargó la mano hacia él, quería preguntarle qué estaba ocurriendo, pero ya no estaba, y se encontró frente a las fauces abiertas de una mina, de la que salían camiones cargados de mineral. Un joven de pelo cobrizo conducía el vehículo más cercano. No la miró mientras pasaba a toda velocidad.

Las escenas cambiaban demasiado rápido para que recordarlas. Batallas, banquetes, negocios. Un caballo encabritado relinchaba en el aire. Las caras, los acontecimientos y los nombres pasaban tan deprisa que era incapaz de captarlos.

Silencio; una luz resplandeciente. Cuando Julie alzó la mirada, la luna derramaba una luz plateada sobre ella. Extendió la mano y sus ojos se abrieron de golpe. Estaba sentada en la habitación blanca, con las manos sobre la esfera, y respiraba con dificultad.

—¿Todavía nada? —bromeó Taylor.

Julie lo miró. Estaba sonriendo.

—Vale, no voy a mentir. Ha sido genial. —Dejó que sus manos se deslizaran en su regazo y frunció el ceño—. He visto un montón de cosas, pero no puedo recordar ninguna. Creo que he visto la luna. ¿En qué me ayuda eso?

—El orbe carga datos directamente a tu cerebro. —Taylor le dio un golpecito en la cabeza—. No recordarás lo que te ha hecho porque sucede demasiado rápido. Ahora sabes cosas que antes no sabías.

—No me siento diferente.

—No estoy tan seguro. —Taylor sonrió—. Apuesto a que puedes decirme algo sobre los Señores de las Profundidades.

—Claro. Son un clan de dragones y viven miles de años. No les gusta el sistema de gobierno dinástico porque no ven el sentido de dirigir a las razas más jóvenes... —Parpadeó y miró el orbe con asombro—. Tío.

—Lo sé. Es increíble. —Taylor se rio entre dientes—. Como Wikipedia, pero instantáneo y sin conexión a Internet. Además, no hay forma de que los humanos accedan a esto, y... Lo siento. No pretendía ofenderte.

Julie enarcó una ceja.

—Solo me has ofendido un poco, pero te perdono.

—Bien. —Se pasó una mano por la nuca—. Bueno, no hay forma de que los humanos lean nada de esto, así que es más seguro. Por suerte, aún no han descubierto cómo leer las mentes.

—¿Tú puedes?

—¿Puedo qué?

—¿Puedes leer la mente? —insistió Julie

Taylor echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Se levantó con los brazos en alto y ella lo miró con fijeza hasta que él le secó las lágrimas.

—¿Que si puedo leer la mente? Me estás matando, Julie. —Él negó con la cabeza, aún riendo—. Un elfo del Éter que lee la mente. Qué tontería.

—Bueno, discúlpame si todavía no controlo del todo mi nueva Wiki cerebral —le espetó Julie.

—Lo siento. Tarda un poco en hacer efecto. —Taylor sonrió—. No puedo leer la mente, pero conozco a algunos paras que sí.

—¿Paras?

—Paranormales. —Taylor se encogió de hombros—. He oído que hay uno llamado comecerebro. Si hablas con él, tendrás una conversación más bien unilateral, si entiendes a qué me refiero. Sin embargo, me han dicho que, cuando ingiere el cerebro, aprende mucho de lo que ha comido. Al menos durante un tiempo, porque, al final, lo olvida.

—Eso es... —Julie hizo una pausa—. En realidad, es genial. No tan genial para la víctima del comecerebro, pero imagina: si una persona muere de forma natural, e ingieres el cerebro antes de que expire, podrías preservar sus conocimientos y recuerdos.

—¿Por qué? No serían ellos.

—No, pero imagínate si fuera un científico o alguien que está a punto de hacer un descubrimiento. —Julie se encogió de hombros—. Podrías ayudar a la sociedad.

—Supongo. —La cara de Taylor estaba gris otra vez. Parecía enfermo.

—¿Te estoy dando asco? —se burló Julie.

Él se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

—Eres una humana muy extraña, ¿sabes?

—¿Por qué? Es práctico. No sugiero que matemos a una persona para probarlo.

—¿Seguro que no eres medio drow?

—¿Drow? —Parpadeó, la información volaba por su mente más rápido de lo que podía comprender—. Un grupo de elfos solitario y mortífero, conocido por su artesanía, pero, por lo demás, misterioso. Rara vez se relacionan con otras razas. ¡Vaya! Todavía no me he acostumbrado.

—Al menos funciona —se animó Taylor.

—Son algo así como elfos oscuros.

Taylor se estremeció.

—Sí, pero no es políticamente correcto llamarlos así.

—Lo siento. Iba a decir que es muy D&D por tu parte llamarlos drow. —Julie extendió las manos.

—Solo decía que tienes su vena sarcástica. —Taylor sonrió.

—Eso sí —confirmó Julie—. Pero no tengo sangre de elfo oscuro.

Suspiró.

—Genial, pero es drow.

El teléfono de Julie sonó. Se sobresaltó. Había supuesto que se lo habían quitado, pero Taylor no reaccionó cuando lo sacó del bolsillo y miró un mensaje de su querido viejo Sam.

Oye, me lo pasé bien la otra noche. ¿Repetimos pronto?

—¿Serás capullo? —murmuró.

—¿Qué? —Taylor se enderezó.

—Tú no. —Julie metió su teléfono en el bolsillo—. ¿Y ahora qué? ¿Vamos a almorzar?

—Bueno, tu orientación ha terminado. —Taylor dio un paso atrás y sostuvo la puerta abierta—. Ya puedes irte a casa. Vuelve a trabajar mañana a las nueve.

—Ah, mierda. —Julie suspiró y salió de la habitación—. Voy a necesitar un apartamento que

esté más cerca.

—Sabes que todo por aquí es supercaro, ¿verdad? —Resopló—. Soy un príncipe y no puedo permitirme la mitad de estos sitios.

Julie lo miró.

—Bueno, no sé de príncipes, pero yo no tengo un fondo fiduciario, así que tenemos que conseguir reclutas para que pueda conseguir esos bonos de los que no nos ha hablado el capitán Jack Sparrow. —Había leído algo de las bonificaciones en el papeleo.

—¡Kaplan! —siseó Taylor con los ojos muy abiertos—. Te tirará un autobús encima si oye que lo llamas pirata.

—Bien. —Volvieron al ascensor. Entraron y Taylor pulsó el botón de la planta baja—. Nada de cabrear al jefe sombrío y malhumorado. Entendido.

—¿De verdad que no tienes ni siquiera una gotita de sangre drow? —Taylor negó con la cabeza—. Creo que tienes ganas de morir.

Ella tragó saliva, pensando en lo que pasaría si le decía a cualquier humano que existían los paranormales. Solo podía suponer que, dado que su madre y Lillie no habían sido reclutadas, solo habría una opción para ellas: la eliminación. El recuerdo de la sonrisa de Kaplan la hizo estremecerse.

—No deseo morir. —Sonrió en un intento por disimular su nerviosismo—. Pero tengo una vena sarcástica de un kilómetro de largo.

—No me digas. —Taylor enarcó una ceja.

Las puertas del ascensor se abrieron y volvieron al gigantesco y lujoso vestíbulo. Taylor abrió una de las cajas de seguridad de la pared y sacó la mochila de Julie, que esta le arrebató de las manos.

—¡Ay, gracias! —Jadeó—. Pensaba que mis cosas habían desaparecido.

—Por supuesto que no. —Taylor enarcó las cejas—. No soy un ladrón.

Las mejillas de Julie se sonrojaron.

—Te veré mañana por la mañana, supongo.

—Nos vemos.

Julie dio unos pasos y volvió a dirigirse a él.

—Antes, cuando has dicho que Kaplan me tiraría un autobús encima, no lo decías de forma literal, ¿verdad? No te referías a un autobús de verdad.

Taylor asintió. No sonreía.

Julie removió la cuchara en el ramen para enfriar los fideos mientras el aroma del pollo artificial le llegaba a la cara. Pronto podría comprar pollo de verdad. Eso si sobrevivía el tiempo suficiente para cobrar su sueldo.

—Sí, mamá, es un trabajo de verdad. —Sopló hacia el cuenco.

—¡Ay, cariño, estoy muy feliz por ti! —gritó Rosa a través del teléfono—. ¿Y pagan bien?

—Muy bien. —Julie se permitió una sonrisa privada de satisfacción—. He conseguido una gratificación de tres mil dólares.

—¡¿Qué?! —chilló ella—. ¡Es fantástico para una chica con tan poca experiencia!

Julie negó con la cabeza. Solo su madre podía ser condescendiente en un momento así.

—Lo que tú digas, mamá.

—Entonces, ¿cuál es el trabajo? —Rosa parecía burbujear de puro entusiasmo—. ¿Te has decidido por el *striptease*, después de todo? Apuesto a que cualquier dueño de club nocturno pagaría esa gratificación por tu cuerpo.

—¡Mamá! —Julie gimió—. No voy a ser *stripper*. Estaré... reclutando gente. —Se aclaró la garganta—. Para una compañía de seguros.

—Cariño, es maravilloso. Escucha, ahora vas a estar muy ocupada, así que creo que deberías doblar tu dosis de aloe vera. Aumentará tu buen humor, tu energía y tu concentración, y...

—Tengo que dejarte, mamá. Necesito hablar con Lillie porque tengo que mudarme a un lugar más cerca del trabajo.

—¡Qué bien oírte decir eso! —trinó su madre—. Ya era hora de que salieras de esa pocilga. Muy bien, cariño. ¡Que tengas un maravilloso primer día mañana!

—Lo dudo —murmuró Julie una vez que hubo colgado.

Se comió sus fideos muy despacio, preguntándose si había hecho lo correcto al contarle algo a su madre. Pero tenía que explicarle su nueva rutina de alguna manera. Era la mejor manera de evitar que Rosa hiciera preguntas que la metieran en los mismos problemas que se había metido ella.

Echó un vistazo a su teléfono. Eran más de las tres de la tarde y aún tenía mucho que hacer. Tenía que coger el autobús de las siete si quería llegar a tiempo al trabajo al día siguiente. Bueno, «trabajo». Servidumbre con contrato. Esclavitud pagada. Trabajo bajo coacción. ¿Como se suponía que debía llamarlo?

Suspiró. Su madre tenía razón, ese lugar era una pocilga, pero le había cogido cariño. Dejó el tazón en el fregadero, bajó las escaleras y escuchó la televisión de Lillie en el salón. Llamó a la puerta.

—¿Señora Griswall? ¿Está usted en casa?

—Adelante —gritó Lillie por encima de la juez del programa, que estaba dando un veredicto mordaz.

Julie empujó la puerta y entró con timidez en el salón. Lillie se había cambiado la bata por un mullido pijama. Apretaba un cigarrillo con los dedos manchados de nicotina y seguía con los ojos clavados en la televisión. Acariciaba de forma distraída a su gato peludo con la mano libre, el gato ronroneó y se puso boca arriba al ver a Julie.

—Hum, señora Griswall, esperaba que pudiéramos hablar.

Lillie señaló el sitio libre en el sofá con su cigarrillo.

—Siéntate, querida. ¿Qué es eso de llamarme señora Griswall de repente? Ya te he dicho que me llamo Lillie. La señora Griswall era mi madre.

—Vale, Lillie.

Julie se deslizó en el mugriento espacio a su lado, tratando de no mirar demasiado el desorden que las rodeaba. El papel de la pared estaba desconchado en las esquinas. Frascos vacíos de pastillas y envases de comida rápida se encontraban esparcidos por la mesita, junto a revistas viejas y sobres de comida para gatos. El pelo de Lillie le colgaba sobre los hombros, despeinado y blanco, y dio otra larga calada a su cigarrillo, con los ojos todavía en el televisor.

—¿Pasa algo? —Una nube de humo barato salió con las palabras—. ¿Otra vez ratones en el techo?

—Oh, no. Nada de eso. Es solo... —suspiró Julie—. Creo que voy a tener que cambiar de apartamento.

Lillie silenció el televisor. Se volvió hacia Julie y enarcó las cejas.

—Siento oír eso, cariño. Ha sido agradable oír los pasos de alguien más por aquí.

—Lo siento. —Julie se mordió el labio—. A mí también me ha gustado quedarme aquí, pero tengo un nuevo trabajo.

Lillie esbozó una sonrisa.

—Son buenas noticias.

—Sí, pero está lejos. Tardo casi dos horas en autobús, ya que debo coger varias líneas.

—Ya veo. —Lillie golpeó su cigarrillo y la ceniza cayó al suelo—. Bueno, siempre puedes usar a Genevieve.

—¿Tu coche? —Julie parpadeó—. ¿Todavía funciona?

—La arranco de vez en cuando. Va bien. Pero ya no puedo conducir. —Lillie se tocó el borde de sus gruesas gafas—. Ciega como un murciélago.

—Bueno, mi nuevo compañero de trabajo mencionó que necesitaría encontrar un vehículo. Para el trabajo. —Julie intentó no pensar en lo que se escondía bajo la tela del garaje. Lo más probable era que fuera un compacto destartado.

—Si me haces algunos recados, diremos que usar a Genevieve está incluido en tu alquiler. —Lillie sonrió—. Sería bueno volver a tener a alguien que cuide de ella. No está hecha para quedarse en el garaje sin hacer nada.

—Me gusta quedarme aquí. —«Además, me siento mal dejándote sola», añadió Julie en silencio, echando otra mirada al caos que la rodeaba—. Eres muy amable. Gracias, Lillie. Me encantaría.

Ella se apoyó en el sofá, sin dejar de acariciar a su gato.

—Ya es hora de que otra rebelde moleste a la policía por la carretera.

Julie ahogó una sonrisa.

—No estoy tan segura de eso.

—Reconozco a una rebelde cuando la veo, querida —cacareó Lillie—. Que no pueda ver si

estoy comprando seis latas de cerveza o cuatro, y mucho menos conducir, no significa que no sea capaz de ver lo que tengo delante. Si fuera más joven, te llevaría y te enseñaría a desmelenarte. —Esta vez, su sonrisa era amplia y firme.

Julie no consiguió contener una carcajada de sorpresa.

—Seguro que sí. —Ese era un lado de Lillie que nunca había visto.

La mujer palmeó a Julie en el hombro.

—Hay un mecánico al final de la calle. ¿Por qué no la llevas a dar una vuelta y ver si necesita algún arreglo?

—Lo haré. Me han dado una gratificación, así que puedo pagarlo. —Julie sonrió—. Gracias, Lillie. Estás siendo de mucha ayuda.

—Yo también fui joven una vez. —Los ojos de Lillie se desviaron hacia la pared y se posaron en un retrato en el que Julie no había reparado. Mostraba a dos mujeres jóvenes apoyadas en la barandilla de un puente, riendo. Se parecían tanto que Julie no sabía cuál de las dos era Lillie.

No supo qué decir. Apretó el brazo de Lillie.

—Me alegro de no tener que irme.

—Yo también, querida. —Lillie suspiró—. Ahora, vete. Las llaves están en el contacto.

Julie sintió una chispa de excitación. Volvió a dar las gracias y se apresuró a entrar en el garaje. Cerró con cuidado la puerta trasera tras de sí. La misteriosa forma bajo la tela había estado en el mismo lugar durante los seis meses que Julie había estado allí. Lillie debía haber arrancado el coche los días que ella no estaba. En cualquier caso, ella nunca lo había visto.

«Así que una rebelde, ¿eh? Quién lo diría». Se acercó despacio a la enorme figura escondida. De repente, sus sospechas sobre que era un compacto parecían improbables. Agarró la funda con ambas manos y, tirando con fuerza, dio un paso atrás.

Con un movimiento de la tela, la cubierta cayó al suelo y levantó una nube de polvo. Julie contempló el poema de metal y velocidad que había ante ella.

—Guau. —El jadeo se le escapó de golpe.

El coche era largo y bajo, de un color entre plateado y dorado, como el champán fino, brillante a pesar de las motas de polvo sobre la pintura. Sus líneas eran aerodinámicas, desde la parte trasera plana hasta el largo capó. Tenía detalles negros en el capó y el alerón trasero, y una franja negra recorría el lateral.

Genevieve no era un compacto. Julie no sabía mucho de coches, pero sabía que, fuera lo que fuera, era antiguo, rápido y precioso. Un deportivo norteamericano clásico y potente. Acarició el capó y miró por la ventanilla delantera. En el interior había asientos individuales forrados en cuero de color tostado. Los asientos del conductor y del acompañante parecían desgastados. El volante estaba adornado con una placa de plata grabada con un caballo al galope.

—Un Mustang. —Julie no pudo evitar reírse al retroceder y admirar el coche—. Genevieve es un *Mustang*.

Intentó imaginarse a Lillie dentro de esa bestia y no lo consiguió. Rio de nuevo, abrió la puerta del garaje y se apresuró hacia el lado del conductor. Cuando se deslizó en el asiento, este la envolvió como un abrazo. Le costó un poco deslizarlo hacia atrás para acomodar sus largas piernas. Giró la llave y, durante un segundo, el motor se quejó.

Y luego rugió como un león hambriento.

—Eres una belleza. —Julie sonrió, pasando las manos por el volante—. Genevieve, eres preciosa.

A pesar de las amenazas de muerte, al menos había algo que le había salido bien.

Un recuerdo punzante la recorrió al dar la marcha atrás. «Papá». Sentado a su lado, su voz lenta y suave.

«Déjalo salir muy despacio, cariño. Sigue mirando por los retrovisores. Ya está. Eso es, eso es».

Sacudió la cabeza para deshacerse del recuerdo. Quería recordar todo lo que papá le había enseñado sobre conducir, pero no era el momento adecuado.

Genevieve salió del garaje con un ronroneo y, una vez que Julie apuntó con el morro hacia la calle, pisó con suavidad el acelerador un par de veces. Fue recompensada con un intenso rugido del motor que le recorrió todo el cuerpo.

Era un poco intimidante.

—Tranquila, Genevieve —le dijo al coche—. Vamos a ser amigas, ¿de acuerdo?

Con cuidado, salió del camino de entrada y condujo calle abajo.



Los ojos del mecánico eran del tamaño de platos. Julie se sintió incómoda al ser consciente de que todos los jóvenes habían dejado de hacer lo que estaban haciendo y la miraban. Se pasó una mano por el pelo para evitar sus ojos, y sonrió al mecánico.

—Entonces, ¿podrá hacer un cambio de aceite y cambiarle los neumáticos?

El mecánico la ignoró, era como si no existiera. En su lugar, se acercó a Genevieve, parecía estar a un segundo de empezar a babear.

—Un Mustang Mach 1 429 del 71 —casi gimoteó—. Nunca había visto uno. ¿Dónde lo has conseguido?

—Es de mi casera. —Julie se aclaró la garganta—. *Es de mi casera.* —Le lanzó una mirada furiosa al tipo más cercano para decirle que no apreciaba sus miraditas y cogió el espray de pimienta que llevaba en el bolsillo.

El tipo pasó junto a ella y metió la mano en el lado del conductor para abrir el capó. El mecánico lo abrió, y un suspiro colectivo surgió de los hombres que lo rodeaban.

«Aaah». Julie contuvo una sonrisa. No la miraban a ella. Era Genevieve la que atraía todas las miradas.

Al mismo tiempo, los hombres se agruparon alrededor para echar un vistazo al motor.

—429 V8 Cobra jet. —El mecánico sonreía—. Este bebé tiene casi cuatrocientos caballos. Ford puso un motor más grande en los Mustang en el 71 debido a las regulaciones de la Agencia de Protección Ambiental.

—Peltre. —Uno de los chicos pasó una mano por el capó. Julie adivinó que se refería al color—. Tiene la pintura original.

—Es una preciosidad, sin duda. —El mecánico se acordó de la existencia de Julie y se volvió hacia ella—. ¿Qué querías hacer con él?

—No sé mucho de coches, pero lo que necesite. —Julie se encogió de hombros—. Ruedas nuevas y una revisión, ¿no?

Los chicos soltaron un gemido al unísono. Julie sonrió feliz. Genevieve era suya, les gustara o no.

—Claro que puedo hacerlo. —El mecánico sonrió—. Le pondré los mejores neumáticos que tengo. Solían pensar que el 429 era más lento que su hermano pequeño, el 351, pero la verdad es que la tecnología de neumáticos de la época no podía seguir el ritmo de este motor. —Golpeó el capó—. Haré una pequeña puesta a punto o dos, o las que necesite. ¡Este 429 va a cantar!



UN PAR de horas más tarde —que Julie pasó comprando en la pequeña tienda de comestibles de la esquina— el 429 cantaba. Aunque no tenía ni idea, Julie notó la diferencia en cuanto sacó a Genevieve del garaje. El coche retumbó, profundo y furioso, y lanzó un grito de guerra al darle un pequeño golpe al acelerador.

El público que se había reunido para verla marchar profirió silbidos y gritos. Julie se sintió aliviada al saber que no era por ella. Le dio otra vuelta a Genevieve para complacer a los *fans*, y todos la vitorearon mientras se alejaba, sintiendo la nueva energía que emanaba del coche.

—Ha sido un día raro, nena —le dijo a Genevieve, palmeando el volante.

Julie cerró con cuidado el garaje y vio que la televisión seguía encendida. Cargó con las bolsas de la compra y se metió en el salón de Lillie.

—Siento no haber llamado —le dijo a la figura desplomada en el sofá.

Lillie levantó la vista con una sonrisa burlona.

—Entonces, ¿qué piensas de Genevieve?

—Creo que es lo mejor que me ha pasado en todo el día. —Julie lo decía en serio. Tiró las bolsas de la compra sobre la única superficie disponible de la mesa de la cocina—. Ven a verla.

—Gracias por la compra. —Lillie se levantó, rígida, y arrastró los pies hacia la puerta—. No tenías que hacerlo.

—Por supuesto que sí. Ese era el trato.

Lillie cruzó la puerta del garaje y se tapó la boca con una mano durante un segundo. Julie pensó que iba llorar, pero estaba radiante cuando bajó la mano.

—¡Genevieve! —Lillie suspiró, cojeando hacia el coche—. Mi bebé ha vuelto.

Julie dejó escapar un suspiro. Lillie se llevó una mano a la mejilla, apartó una lágrima y se volvió hacia Julie.

—Le has puesto ruedas nuevas.

—¿Están bien?

—Son perfectas, querida. Descuéntalas del alquiler ya que las has pagado tú.

Julie vio cómo Lillie pasaba las manos por encima de Genevieve, y su sonrisa creció. No estaba segura de haber visto nunca verdadera alegría en el rostro de la anciana.

Después de todo, tal vez saliera algo bueno de todo aquello.



LO SENTIMOS. Parece que no hay resultados para su búsqueda. Por favor, inténtelo de nuevo.

Julie resopló, apenas sorprendida de que no hubiera ningún resultado en ese sitio de redes sociales para «Taylor Woodskin». ¿Tendría un alias humano? ¿Los paranormales tenían redes sociales mágicas especiales?

¿Por qué le importaba tanto?

Lanzó el teléfono bajo la almohada y se tumbó boca abajo, en dirección a la ventana. Había intentado acostarse a las nueve como una adulta responsable, pero el sueño no llegaba. Dudaba que lo hiciera. ¿Cómo se dormía la noche anterior al primer día en un trabajo en el que o das el callo o mueres?

—¿En qué te has metido, Julie? —gimió, pasándose las manos por el pelo corto y apretándoselo contra el cráneo.

La leve punzada de dolor pareció aclararle el cerebro. Si no iba a dormir, más le valía disfrutar de lo único bueno del día hasta el momento: Genevieve. Lillie le había dicho que la condujese cuando quisiera, así que supuso que estaría bien dar una vuelta.

Se puso unos pantalones de chándal y una sudadera con capucha. Mientras bajaba las escaleras de puntillas, se dio cuenta de que la televisión de Lillie estaba apagada. Esperaba que el motor de Genevieve no despertara a la anciana. Trató de silenciar sin éxito el potente coche, pero su rugido retumbó por todo el garaje. Dio marcha atrás y cerró la puerta.

De todas formas, era buena idea buscar una ruta para ir al trabajo. Supuso que llegar tarde era motivo de decapitación en el mundo de Kaplan. Sentada en el Mustang, al ralenti, tecleó la dirección de la Agencia ParaMilitar en su GPS y lo apoyó en el salpicadero. La tranquilizadora voz le dijo que tomara la siguiente calle a la izquierda.

Genevieve ronroneó por las calles, que no estaban ni mucho menos abandonadas a esas horas de la noche. En las esquinas había todo tipo de gente. Las discotecas emitían una música ensordecedora y una luz parpadeante. Los adolescentes, ebrios de vida, se tambaleaban por los pasos de peatones, con minifaldas y blusas vaporosas o camisetas que presumían de bíceps, mientras reían y tropezaban unos con otros.

La multitud disminuía a medida que el GPS guiaba a Julie hacia la Agencia. Las calles estaban casi vacías al cruzar el puente Verrazzano-Narrows, y el agua se extendía en silenciosa oscuridad a su alrededor. No era un viaje largo, ahora que Julie viajaba a la velocidad de Genevieve en vez de a la del autobús y podía saltarse las esperas en las paradas. Llevaba media hora conduciendo cuando miró la pantalla de su teléfono y vio que solo le quedaban unos minutos para llegar a su nuevo lugar de trabajo/prisión.

A su alrededor, grandes edificios se alzaban a ambos lados. Le sorprendió ver que algunos no eran oficinas, sino viviendas.

—¿Quién necesita una casa de ese tamaño? —murmuró.

De repente, una figura oscura cruzó la carretera delante de ella.

—¡Mierda! —Julie pisó el freno con todas sus fuerzas.

Genevieve chirrió hasta detenerse y el cuerpo de Julie se golpeó contra el cinturón de seguridad. Una figura oscura y tenebrosa se asomó delante del coche y ella contuvo la respiración. Aquello no era humano. Era una bestia enorme, negra y peluda, con unos colmillos amarillos que le salían de la mandíbula inferior.

Antes de que Julie pudiera coger su espray de pimienta, la cosa cruzó la carretera y saltó sin esfuerzo un muro. Muy despacio, Julie despegó sus temblorosas manos del volante y miró a derecha e izquierda. ¿Esa cosa tenía amigos?

¿Con cuántos seres paranormales se había topado a lo largo de su vida antes de comer las tortitas mágicas que le habían abierto los ojos?

La idea la heló casi más que el encuentro. Estaba a punto de dar media vuelta y largarse de allí cuando algo se agitó a su derecha. Algo —alguien— yacía en la acera, a pocos metros delante de ella, con un líquido oscuro a su alrededor. La figura intentó levantarse, pero solo consiguió ponerse de rodillas antes de caer al suelo de nuevo.

—Ay, mierda. —Julie se detuvo con manos temblorosas. Los faros enfocaron a un hombre joven, que yacía acurrucado de lado, con una mano aferrada sobre el hombro izquierdo. La sangre resbalaba entre sus dedos blancos.

Dejó la llave en el contacto y salió de inmediato del coche.

—¡¿Hola?! —gritó—. ¿Estás bien?

—¿Te parece que estoy bien? —exclamó el chico. Intentó incorporarse de nuevo, pero cayó

con un gemido.

Julie corrió hacia él, tratando de recordar algo de la clase de primeros auxilios que había dado en el instituto. La sangre manaba despacio, no era un chorro intermitente. Eso era bueno, ¿no?

—¿Qué te ha pasado? —Se desató la capucha de la cintura.

—Me han atracado —gruñó el joven.

—Toma. —Julie hizo una bola con su sudadera y la apretó contra el hombro del joven. Presión. Esa era la cosa para el sangrado, ¿no?—. Presiónalo fuerte.

—Gracias.

—Voy a llamar al 911. —Julie buscó a tientas su móvil.

—No. No, no lo harás. —El joven la miró, y sus ojos estaban rojos. No inyectados en sangre: el iris era escarlata por fuera. Se oscurecían hasta el carmesí más profundo y luego se confundían con el negro de la pupila—. No vas a llamar al 911. —Su voz era lenta y relajante ahora, aunque todavía tensa por el dolor—. Vas a cogerme del brazo y ayudarme a levantarme. Luego me guiarás hasta tu coche.

Julie se relajó. No era tan grave. No había razón para llamar al 911. Podía hacer lo que le decía la voz suave y tranquilizadora.

—Está bien —se oyó decir—. Voy a tomar tu brazo y ayudarte a levantarte.

—Así es. —El joven sonrió, y entonces Julie vio los colmillos. Pequeños, blancos y elegantes, se extendían desde su mandíbula superior y terminaban en puntas de navaja que brillaban bajo los faros de Genevieve.

Un breve grito se le escapó y sacudió la hipnótica voz de su mente. ¿Qué estaba haciendo? Ese no era momento para tonterías. Se dio cuenta de que el chico trataba de hipnotizarla y lo golpeó con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —chilló él, encogiéndose y llevándose la mano libre a la cara—. ¡Me has *abofeteado*!

«Vampiro», le dijo el entrenamiento de Julie un poco más tarde de lo que le habría gustado. Antigua especie de no-Muertos. Capaz de utilizar el mesmerismo para obligar a otros a hacer su voluntad.

—¡Deja de hacer eso! —Julie agitó un dedo en su cara—. ¡Detén tu *cosa* de control mental ahora mismo!

Los ojos rojos del vampiro se abrieron de par en par.

—¿Cómo lo has sabido?

—Sé que eres un vampiro —ladró Julie—. ¡Te juro que si vuelves a usar ese vudú raro conmigo, te dejaré desangrarte y morir!

El vampiro se quedó aún más boquiabierto.

—Hueles a humana.

—Soy humana. Soy reclutadora de la Agencia ParaMilitar, que lo sepas. Y no voy a reclutarte ni de coña, chico —le espetó.

Los labios del vampiro se torcieron. Resopló.

—¿Una reclutadora humana? Interesante. El viejo Kaplan debe estar desesperado.

—No me gusta tu tono —espetó Julie—, y tengo ganas de dejarte aquí para que te bebas tu propia sangre o lo que sea.

—¿Beber mi propia sangre? Soy un vampiro, no un bárbaro, especista. —El vampiro resopló, luchando por sentarse de nuevo. Esa vez casi lo consiguió antes de que el dolor se extendiera por su pálida tez.

Julie se cruzó de brazos.

—¿Qué te ha pasado?

—Te lo he dicho. Me han asaltado. Tu preciosa agencia haría bien en hacer algo con el problema del yeti.

—No son mi... —Julie se detuvo—. No importa.

El vampiro estaba tumbado boca arriba, con el pecho agitado.

—Entonces —graznó—, ¿qué te impide dejarme aquí?

Julie suspiró y se acercó a él, agarrándolo del brazo.

—Podrías haber preguntado. ¿Dónde quieres que te lleve?

—A la casa de mi sire. —Gimoteó mientras ella lo arrastraba a sus pies—. Está solo a un par de manzanas de distancia.

Pesaba menos de lo que parecía, y Julie lo apoyó en el coche con relativa facilidad. Abrió de un tirón la puerta del pasajero.

—Si intentas algo raro, te rociaré con gas pimienta.

—Creéme —el vampiro rio débilmente—, no tengo muchas ganas de pelear ahora mismo.

Julie no podía decir si la pérdida de sangre lo estaba poniendo pálido y sudoroso o si eso era cosa de vampiros, así que mantuvo una mano cerca de su bote de gas pimienta por si acaso.

—¿Quién es ese sire tuyo, de todos modos? ¿Tu padre? ¿Tu rey?

—Más o menos, las dos cosas. —Sin dejar de apretarle el jersey contra el hombro, el vampiro echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido desgarrado—. Ayudará, de todos modos.

—Vale, pero te advierto que, si tu padre o lo que sea, intenta algo de eso del control mental conmigo, también lo abofetearé.

—No lo hará. —El vampiro hizo una mueca—. De hecho, voy a tener un problema por haberlo intentado contigo.

Se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta con llave por si aparecían más yetis.

—Bien. ¿Cómo te llamas?

—Malcolm Nox. —Dejó caer el apellido como si significara algo.

Julie se encogió de hombros.

—Julie Meadows. ¿Hacia dónde voy?

Resultó que la dirección estaba de verdad a dos manzanas de distancia, poco trabajo para Genevieve. Julie no perdió de vista a su colmilludo pasajero mientras conducía, pero no hubo más vudú raro.

—Aquí está —bufó Malcolm.

Julie esperaba una mansión espeluznante con luces rojas en las ventanas, telarañas en el porche y murciélagos revoloteando alrededor de torretas puntiagudas. En lugar de eso, se detuvo frente a los muros más altos que jamás había visto. Solo dejaban entrever una casa imponente, con ventanas del suelo al techo que reflejaban las luces de la calle.

Miró los ventanales.

—¿Los vampiros no se fríen al sol?

—Eres tan especista... —Malcolm apretó los dientes—. Pulsa el botón del interfono. Te comunicarás con el mayordomo.

Julie bajó la ventanilla y lo pulsó.

—Residencia Nox —ronroneó una voz suave.

—Oye, tengo a Malcolm conmigo. Está herido.

—¿Qué? —interrumpió una voz aguda a la primera—. ¿*Malcolm*?

Malcolm se estremeció y alzó la voz.

—Hola, sire.

—Voy para allá. Será mejor que no hayas hecho ninguna estupidez —ladró la voz.

El intercomunicador se apagó y Malcolm suspiró.

—No va a estar contento con esto.

—Qué va, no va a ser para tanto —lo tranquilizó Julie—. Quiero decir, no es tu culpa que te asaltaran, ¿verdad?

—No es por eso, no. —Malcolm hizo una mueca.

Antes de que Julie pudiera preguntar, la sólida verja metálica que había frente a Genevieve se abrió y Malcolm le hizo un gesto para que condujera. El coche cruzó el portón con un suave rugido y entró en un enorme patio bordeado de rosales. La mansión se cernía sobre ellos, medio oculta por el muro y los viejos y enormes abetos.

Una figura alta caminaba en su dirección, con un traje que parecía hecho a medida, ya que acentuaba su figura. Sus ojos eran iguales a los de Malcolm: rojos por fuera, se difuminaban hacia el negro. En ese momento, estaban entrecerrados.

—¡Malcolm! —gritó.

Él abrió la puerta.

—Me han asaltado. Un yeti. Me ha dado un buen golpe. —Se estremeció e indicó su hombro sangrante.

—¡Yeti! —El vampiro le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿De qué estás hablando?

Malcolm miró a Julie.

—No se moleste, señor. Sabe lo nuestro. Es de la Agencia.

—¡Una humana! —Las cejas del vampiro más viejo desaparecieron en su generosa cabellera negra. La miró y luego se volvió y llamó—: ¡Perkins! Llévalo adentro.

—Sí, señor.

Julie dio un respingo. No se había dado cuenta de la sombra que acechaba detrás de uno de los abetos. Avanzó tan suavemente como si corriera sobre un raíl engrasado en lugar de caminar como un ser humano —bueno, un ser vampírico— y cogió el brazo de Malcolm para ayudarlo a bajar del coche.

El vampiro mayor se adelantó y lo evaluó con una mirada aguda bajo el resplandor de los faros de Genevieve. Sus ojos se suavizaron y alargó la mano para tocar apenas el moratón enrojecido de la mejilla de Malcolm.

—¿Has insultado a alguien? —gruñó.

—Uh, no. —Malcolm se aclaró la garganta—. Ha sido ella, en realidad. —Sacudió la cabeza en dirección a Julie.

El vampiro mayor se giró para mirarla.

—¡Eh! —Julie levantó las manos—. No te enfades *conmigo*. Ha intentado usar algún extraño vudú mental conmigo.

—¡Malcolm! —El vampiro miró a su hijo—. ¿Intentaste hipnotizarla cuando te estaba ayudando?

—¡Tenía miedo! —protestó él.

El mayor resopló.

—Que sea la última vez que haces algo así. Jamás olvides tus modales.

—Sí, señor.

El mayordomo se marchó con Malcolm, y el vampiro mayor se volvió hacia Julie con una elegante reverencia.

—Estamos en deuda con usted, señora. Me disculpo por la falta de decoro de mi hijo.

—Gracias —consiguió decir Julie.

Se frotó la piel de los brazos y retrocedió hacia el coche. Una parte de ella casi esperaba que la detuviera, pero él permaneció inmóvil mientras ella entraba en Genevieve y salía marcha atrás de la mansión. Él seguía allí cuando apretó el acelerador y se alejó.

Llegó a casa pasada la medianoche y subió a trompicones las desvencijadas escaleras para irse a la cama. Se metió bajo las sábanas y el sueño la envolvió en su cálido abrazo hasta que sonó el despertador a primera hora de la mañana siguiente.

A Julie le pesaban los párpados como si fueran plomo. Bostezó mientras llenaba de agua caliente el cubo de la fregona y añadía un generoso chorro de limpiador.

—Míralo por el lado bueno —se dijo a sí misma—. Puede que sean las siete de la mañana y que Lillie te mate si dejas una mancha en el asiento del copiloto de Genevieve, pero al menos eres una mujer y estás acostumbrada a limpiar las manchas de sangre una vez al mes.

Bajó las escaleras arrastrando el cubo y algunos trapos, y deseó haber tenido fuerzas para haber limpiado la sangre de Malcolm al llegar a casa la noche anterior. Pero había sido un día largo y ya se había secado cuando llegó.

—Buenos días, Genevieve.

No tuvo necesidad de encender las luces del garaje. Por la gran ventana de la pared este entraba un generoso rayo de sol. Julie bajó el cubo y miró por la ventanilla del acompañante la fea mancha seca que cubría un lado del asiento del copiloto.

—Uf. —Abrió la puerta—. Tal vez debería reclutar a Malc...

Tartamudeó hasta detenerse. La luz del sol entró a raudales en el coche y la sangre cambió en cuanto la alcanzaron los rayos dorados. Se volvió marrón y luego gris. Se desprendió del cuero y flotó silenciosamente hasta el fondo del asiento.

—Oh, vaya. —Julie extendió la mano y golpeó con suavidad la sustancia en el asiento. La sangre se había convertido en polvo. Ella lo miró, esperando que la invadiera algún tipo de asombro o extrañeza.

«Bueno, tampoco es lo más raro que me ha pasado en las últimas veinticuatro horas».

Al menos eso facilitaba la limpieza, así que fue a buscar la aspiradora.



EL HECHO de que la sangre de vampiro se convirtiera en polvo a la luz del sol era un poco espeluznante, pero significaba que Julie tenía tiempo de pasar por un Starbucks y pedir un café y un bollo para tomárselos de camino al trabajo.

Sorbió el café despacio mientras Genevieve se arrastraba por el puente Verrazzano-Narrows, tan obstruida por el tráfico como una arteria enferma, pero apenas le importaba. Era increíble saborear un café de verdad, caliente y recién hecho. Cerró los ojos un segundo cuando otro sorbo se deslizó por su garganta. Tal vez el nuevo trabajo la matara, pero al menos moriría con el estómago lleno de comida de verdad.

Detuvo a Genevieve frente a las puertas de hierro forjado de la Agencia ParaMilitar y no se

sorprendió en absoluto al ver que el pelirrojo bajito del día anterior resultaba ser un enano, que se acercó cojeando a la ventanilla. Su barba pelirroja colgaba casi hasta el ombligo en una gruesa trenza.

—¿Has vuelto? —preguntó.

—Sí. —Julie buscó en la guantera la identificación que Taylor le había dado—. Ya soy oficialmente una reclutadora de la Agencia.

El enano escaneó, impasible, su tarjeta, igual que había hecho el día anterior con su carta.

—Necesita un permiso para meter el coche.

Le hizo un gesto con el dedo cuando se volvió para entrar en el portal, y se sintió un poco mejor. El día de antes podría haberle dicho que huyera. Si lo hubiera hecho, ella no estaría en ese lío.

Volvió con un pase que ella pegó en el interior del parabrisas de Genevieve. Llevaba el complejo símbolo de la agencia, todo alas, espadas y garras.

—A los humanos les parece el logotipo de una compañía de seguros —explicó el enano—. Bueno, a la mayoría de los humanos.

A las 8:59, Julie aparcó a Genevieve y se dirigió al gran vestíbulo de entrada. Taylor la estaba esperando. Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, sus ojos se abrieron de par en par cuando ella entró.

—Has venido.

—No me digas. —Julie levantó las cejas—. Es trabajar o morir, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —Taylor se frotó la nuca—. Lo recuerdo.

Entraron en el ascensor y Taylor pulsó el botón de la planta número tres. Por primera vez se dio cuenta de que los botones tenían poco sentido. Parecía haber varios símbolos del alfabeto griego, números del -1 al -12, uno con un caballo encabritado y otro con la etiqueta de «Suiza».

Antes de que Julie pudiera preguntar por «Suiza» el ascensor se detuvo y Taylor y ella salieron a la amplia sala común. La condujo a un rincón frente al ascensor, cerca del despacho de Kaplan. Había dos mesas enfrentadas, cada una con su archivador.

—¿Archivadores? —Julie dejó su mochila sobre el escritorio vacío. El de Taylor estaba cubierto por un caos de papeles y un par de figuras de acción. Figuras de acción de aspecto muy humano—. ¿En qué año estamos, en el 95?

—No hay registros informáticos que los humanos puedan leer, ¿recuerdas? —dijo Taylor—. Ah, y aquí están tus uniformes. —Los dejó sobre su escritorio, envueltos en plástico. Ambos eran verdes, como el suyo—. Este es tu uniforme de gala para ocasiones especiales, y este es el de diario.

—¿Debo cambiarme? —Julie cogió el uniforme normal.

—No si quieres salir a conseguir reclutas hoy. —Taylor se encogió de hombros—. No hay reglas de vestimenta para el trabajo de campo. La prerrogativa es conseguir reclutas, no importa cómo tengas que hacerlo. La única regla es no causar problemas.

—Además, ¿no te decapiten? —sugirió Julie.

—Supongo. —Taylor se rio con torpeza.

Julie se alisó la parte delantera de su camisa negra, que había combinado con un jersey gris apagado y unos vaqueros. Elegante pero competente.

«Al menos en el mundo humano. Puede que en este vaya vestida como un payaso».

—Venga. —Taylor se giró—. Vamos a hablar con Kaplan.

—¿No hay otra opción? —se quejó Julie.

Él hizo una mueca.

—Órdenes del capitán.

En cuanto entraron en el despacho, Julie se preguntó qué podía ser él. Hizo una irónica comparación mental entre su denso pelo corporal y el del yeti de la noche anterior, pero luego la descartó. Era peludo, pero no *tanto*. Además, esa sonrisa... Era casi voraz —no depredadora, exactamente— cuando la vio entrar.

«¿Existen los hombres lobo?». En palabras de Malcolm, a lo mejor esa era una pregunta «especista» y no quería arriesgarse.

—Woodskin. Meadows. —Kaplan les hizo un gesto con la cabeza y ellos se colocaron frente al escritorio. Julie resistió el impulso de ponerse las manos en las caderas, así que para distraerse miró el retrato militar que colgaba detrás del escritorio.

—Buenos días, señor. —Taylor se puso de inmediato en posición de firmes.

—Buenos días, señor. —Julie no consiguió borrar el sarcasmo de su voz.

Kaplan la recorrió con la mirada y luego bajó la vista hacia los papeles de su escritorio.

—Ayer recibió usted su formación.

Julie asintió. Cuando Kaplan la miró sin hablar, ella añadió:

—Sí, señor.

—Bien. —Se aclaró la garganta—. Bueno, vaya y muéstreme de qué está hecha. No tiene ninguna autoridad, así que puede prometerles lo que quiera a los potenciales reclutas. No tenemos nada que proporcionarles.

—¿Quiere que les haga promesas y luego no cumplirlas? Eso está muy feo. —Taylor se encogió—. Señor —agregó Julie.

—No puedo controlar lo que les dice, pero, si luego no leen el contrato, es cosa suya. —La sonrisa de Kaplan reapareció—. Eso se llama una lección de vida. Con el tiempo, a lo mejor llegan a apreciarla.

—Sí, señor. —Taylor habló antes de que Julie abriera la boca.

—Retírense. —Kaplan les hizo un gesto con la mano.

—Genial —murmuró Julie cuando se giraron—. Al final he acabado en un escenario, bailando alrededor de una barra, solo que con la ropa puesta. —Le pareció verlo sonreír con el rabillo del ojo, pero era imposible. No podía haberla oído, ¿no?

«Hombres lobo». Se estremeció.

«Al igual que los lobos, los licántropos pueden oír sonidos con una frecuencia de hasta ochenta kilohercios», le susurró su entrenamiento.

—Mierda —murmuró Julie.

—¿Qué? —Taylor la miró.

—¿Qué? Nada. —Julie se hundió en la silla junto a su escritorio—. Bien, tengo dos preguntas para ti, socio.

—Dispara. —Taylor se sentó y se balanceó con las patas de atrás.

—En primer lugar, ¿por qué me han reclutado? No era su intención, ¿verdad?

Taylor se encogió de hombros.

—Fue un fallo informático.

Se quedó mirándolo. Esperaba que añadiera algo más, pero eso fue todo.

—¿Mi vida pende de un hilo por un *fallo informático*?

—Te llevaré a Informática más tarde. —Hizo un gesto con la mano—. Además, tu vida no pende de un hilo. Solo necesitas un recluta, eso es todo. Hay una buena prima de fichaje por conseguir uno.

—Bueno, sí, ¿como que no te maten? —se burló Julie.

—Como unos cuantos miles de dólares. —Taylor enarcó las cejas—. ¿Te sigue pareciendo bien?

Julie suspiró.

—No es que el hambre vaya a ser un problema si fracaso, pero tienes razón. Estaría bien tener algo de dinero en el banco. De todos modos, eso me lleva a mi siguiente pregunta. —Abrió un cajón del escritorio y sacó un bloc de notas y un bolígrafo—. ¿Tenéis una lista de los diez perfiles más buscados, como en el Ejército estadounidense? ¿Buscan a personas, o seres, que encajen en determinados puestos?

Taylor se rio.

—Eres ambiciosa, ¿verdad?

—Ambiciosa o muerta.

—Bien. —Taylor echó un vistazo a su bloc de notas—. Aquí reclutamos por paratipo.

—¿Paratipo?

—Especies —tradujo él—. Cambiaformas, brujos, elfos, enanos, nigromantes, vampiros, drow..., es una larga lista.

—Sí, lo entiendo. —Julie trató de no sentirse abrumada por la oleada de información que corría por su mente—. ¿Cuál es el mejor? Supongo que algunos son más difíciles que otros.

—Sí, pero no tienes que preocuparte por eso. Límitate a elegir algo factible para empezar.

Julie golpeó la mesa con una mano.

—¡Maldita sea, Taylor, sigues olvidando que, si no actúo, muero! —gritó—. No necesito lo factible. Necesito lo *mejor*.

Él se echó hacia atrás, parpadeando.

—Vale, vale. Solo quiero ayudarte.

—No, no lo haces. Me tratas con condescendencia, y me estás cabreando.

Levantó las manos.

—Lo siento.

Ella se relajó y dejó que sus manos se deslizaran hacia su regazo.

—Ahora, ¿vas a responder a mi pregunta?

—Claro. —Taylor dudó—. Los tres mejores fichajes son drow, brujos y vampiros.

Pensó en Malcolm. «Al menos sé que puedo manejarlos».

—Genial. —Se crujió los nudillos—. Ahora, ¿dónde consigo una lista de personas específicas para reclutar?

—Hora de ir a visitar a los informáticos. —Taylor sonrió—. Además, creo que tienes un asunto pendiente con esos trolls. Están en el cuarto piso.

Julie se levantó y se dirigió al ascensor. Estaba a medio camino de la oficina cuando se detuvo para volverse.

—Espera, ¿has dicho *trolls*?



TROLLS.

Julie intentó dejar de mirar, pero le resultaba muy difícil no contemplar a la joven ¿mujer? ¿Hembra? Lo que fuese lo que tenía delante. Su figura era delgada y esbelta bajo su bata blanca, y medía un metro ochenta. Llevaba el pelo rubio y liso recogido en una coleta, que contrastaba con su piel verdosa, y observaba a Julie a través de unas gafas rectangulares.

—... todavía estamos resolviendo algunos problemas tras el cambio del antiguo sistema —

dijo la troll—. El nuevo es increíble. Pronto lo verás. Va a aumentar la eficiencia hasta un ciento cincuenta por ciento. —Sus ojos brillaban tras las gafas.

—Lo siento. —Julie levantó una mano—. ¿De verdad eres una troll?

La troll parpadeó.

—Sí.

—Sabes lo que es un troll en internet, ¿verdad?

Ella suspiró y miró por encima del hombro a uno de sus compañeros, que estaba sentado en una de las mesas de la sala de servidores.

—Tenías razón, Gnerk —dijo—. La humana conoce los estereotipos.

—Te lo dije. —Gnerk se sirvió un caramelo de menta de un bote que tenía sobre la mesa. En la espalda de su bata blanca había un círculo con la palabra «Informática».

—Mira. —Julie entrecerró los ojos para leer el nombre de la troll en la parte delantera de su bata de laboratorio, que le llegaba hasta la pantorrilla, como si fuera una doctora en Medicina Informática—. Mira, *Qtana*, lo siento. —Julie extendió las manos—. Es que... Bueno, hace dos días no tenía ni idea de que existieran los trolls.

—Se pronuncia Kitana. —La troll se ablandó.

—De acuerdo. —Julie intentó esbozar una sonrisa encantadora—. Entonces, ¿qué me estabas contando sobre este nuevo sistema tuyo?

—¡Ah, sí! Es increíble. —Qtana volvió a sonreír—. ¿Tienes idea de lo complejo que es que ser el cortafuegos para mantener a los humanos fuera? Ese sistema es el resultado de años de programación. Es un triunfo de la informática.

—¿Así que uno o dos pequeños fallos son normales? —Julie adivinó.

—Más o menos. —Qtana se desinfló—. Verás, Kaplan quería que intentáramos alistar nuevos reclutadores, ya que estamos desesperados. Supusimos que los parásitos más desesperados serían los que buscan empleos humanos. Así que hicimos que el sistema buscara a gente que hubiera gastado dinero en llenar la ciudad de solicitudes de empleo.

Julie gimió.

—Pagué treinta dólares por una basura.

—Aquí es donde te llevé. —Qtana extendió las manos—. Se suponía que debía filtrar a los humanos y enviar los avisos de reclutamiento solo a los paras, pero cruzamos nuestra base de datos de reclutamiento con la de los humanos.

—Menos mal que lo has cogido a tiempo —Gnerk sonrió—, ¡o los humanos estarían muriendo a diestro y siniestro!

«Todavía hay una posibilidad de que esta humana muera». Julie decidió no decirlo en voz alta.

—El ASRI 4000 va a revolucionar la programación —exclamó Qtana.

—Espera. ¿ASRI 4000? —Julie enarcó una ceja.

—Adquisición de Soldados de Recursos Internos —le aclaró ella.

—Me preguntaba más sobre el 4000. ¿No has dicho que era un sistema nuevo?

—Bueno, sí. Tuvimos que reemplazar el viejo. Estaba senil. Por no decir que tiene un humor de mil demonios. —Qtana sonrió—. Al nuevo le pusimos el 4000 para que sonara más... futurista.

—De acuerdo. —Julie suspiró, pasándose una mano por los ojos—. Mi compañero me ha dicho que podrías ayudarme con una lista de individuos específicos para reclutar.

Qtana asintió.

—Claro que podemos hacerlo. Solo que nos llevará un tiempo.

—¿Cuánto? —Julie la miró fijamente.

—Sí. Lo tendrás mañana como muy tarde. —Esbozó una amplia y apaciguadora sonrisa.

Julie gimió en su fuero interno. «No tengo tanto tiempo». Bueno, o sí. No sabía cuánto tiempo tenía. No era como si Kaplan le hubiera dado un objetivo específico.

—¿No puedes hacerlo más rápido?

—Hola. —Qtana se cruzó de brazos—. El sistema antiguo habría tardado casi una semana.

Julie se encogió de hombros y se dio la vuelta para irse, luego hizo una pausa.

—¿Dijiste que había un sistema antiguo y que estaba, bueno, *senil*?

Qtana gimió.

—Muy senil. Y tiene muy mal humor.

«Senil y malhumorado». Julie se dirigió al ascensor, algo tal vez un poco más útil que la ASRI.

Taylor entrecerró los ojos ante el ordenador, la mente le daba mil vueltas. ¿Cuál de los dos? Movié el cursor a la izquierda, luego a la derecha. Uno de estos cuadraditos escondía la victoria. El otro escondía el desastre.

—¡Los trolls controlan el departamento de informática! —Julie se rio—. No puedo con mi vida.

—¡Mierda! —Taylor dio un respingo, hizo clic al azar y la pantalla se puso roja. Sus mejillas se encendieron de color gris al levantar la vista—. ¡Meadows!

—Te he asustado, ¿verdad? —Julie le sonrió. El hoyuelo de la izquierda era un poco más profundo que el de la derecha.

—Estaba ocupado —le espetó Taylor.

Ella se inclinó sobre su escritorio.

—Sí, con el Buscaminas.

Sus mejillas se calentaron aún más y se apresuró a cerrar la ventana.

—¿Qué quieres?

—¿Qué es lo que quiero? Quiero que mi socio experimentado me ayude. Eso es lo que quiero. Tu ASRI mágica no puede conseguirme una lista de reclutamiento hasta mañana. —Julie frunció el ceño.

Taylor se sentó en su silla y se cruzó de brazos.

—¿Compañero experimentado? ¿Así me ha llamado Kaplan?

—Bueno, más o menos. —Julie entrecerró los ojos—. ¿No es así?

—Vale. —Taylor suspiró—. Veo que hay algo que tengo que explicarte.

Se sentó con un resoplido.

—Algo me dice que esto no me va a gustar.

—No soy solo un reclutador. —Taylor señaló la oficina a su alrededor con una mano lánguida—. Soy un príncipe elfo del éter.

—Eso me dijiste. —Ella se encogió de hombros—. ¿Y qué?

«¿No se supone que los humanos son más fáciles de impresionar?». Taylor apartó ese pensamiento.

—Así que no estoy aquí para batir ningún récord ni salvar ningún mundo. Solo estoy en la Agencia porque aquí no puedo estropear nada importante.

Se rio.

—Parece un lugar extraño para un príncipe.

—Bien. Quieres la verdad. Aquí está la verdad. —Taylor levantó las manos, con las palmas hacia arriba—. Soy el sexto en la línea de sucesión al trono. No soy útil para la familia real ni

para nadie. Después de algunos... contratiempos, me enviaron aquí porque quieren que me mantenga al margen y así evitar que la familia caiga en desgracia. Y es lo que estoy haciendo: permanecer fuera de su camino. Ese es el objetivo de mi vida.

Taylor esperaba que Julie se enfadara, pero, en lugar de eso, le dirigió una larga, lenta y crítica mirada. Él intentó que no le gustara verse tan observado, pero no tuvo demasiado éxito.

—Esto es lo que pienso. —Julie se sentó—. Estás a la altura de sus bajas expectativas. Podrías hacerlo mejor, pero no lo haces porque nadie ha esperado nunca algo mejor de ti.

—Anda, ¿ahora también eres psiquiatra? —le escupió él

—No te pongas a la defensiva conmigo. Taylor, escucha, tal vez tú estés aquí solo para no estropear las cosas, pero yo estoy aquí para *sobrevivir*. —Apoyó un puño sobre la mesa—. Y tú tienes que ayudarme.

La miró fijamente. Ella lo observaba como si fuera su última esperanza, y nadie lo había hecho nunca.

—No esperes milagros. —Bajó la mirada.

—Bueno, empieza por hablarme de Malcolm Nox.

—¿Nox? —Taylor levantó la vista de golpe—. ¿Cómo sabes de los Nox?

—Lo dices como si fueran importantes o algo así. —El tono de Julie era demasiado neutro como para ser un comentario sarcástico.

—¿¡Importantes?! Son de la realeza vampírica, Meadows. No deberías jugártela con ellos.

—No me la he jugado con nadie. Solo le di una bofetada.

A Taylor se le revolvió el estómago.

—¿Tú... has abofeteado a un vampiro?

—Él trataba de hacerme ese vudú suyo tan raro.

—¿¡Lo *abofeteaste*?! —chilló Taylor

Julie levantó las manos.

—¿Qué parte de vudú no has entendido?

—Se llama mesmerismo. —Taylor se pasó una mano por los ojos—. ¿Qué hiciste para que intentara hipnotizarte?

—Nada. —Julie levantó la barbilla—. Lo estaba ayudando. Un yeti lo había asaltado en la calle y me detuve a auxiliarlo. Estaba herido, y su padre no parecía contento.

—¿Su *padre*? ¿Quieres decir su sire? —graznó Taylor.

—Sí, lo que sea.

—Bueno, se considera de mala educación, sobre todo porque le estabas ayudando. —Taylor gimió—. Julie, Malcolm Nox es de la realeza. Le diste *una bofetada*.

—Si no dejas de decir que le di una bofetada como si fuera el fin del mundo, te voy a abofetear a ti también. —Julie entrecerró los ojos.

Taylor sonrió.

—Ya te gustaría.

Había que reconocerlo, se movió muy rápido para ser una simple humana. Aun así, vio el golpe en sus ojos mucho antes de que se levantara y enviara su mano volando hacia él en un arco brusco. Su antebrazo detuvo la palma de la chica y él cerró los dedos en torno a su muñeca.

—¡Oh! —Sus ojos se abrieron de golpe—. ¡Eres muy rápido!

Taylor se permitió un momento para disfrutar de su asombro.

Pero la sorpresa de Julie se disolvió en un ceño fruncido. Miró su mano, a pocos centímetros de la cara de Taylor.

—¿Cómo te has movido así?

—Soy un elfo y, aunque sea el sexto en la línea de sucesión al trono, me han entrenado para el combate toda mi vida. —Le soltó el brazo.

La frase se quedó en el aire por un momento y sus ojos se dirigieron a su mejilla, pero se lo pensó mejor y dejó que su brazo se posara en el escritorio.

—¿Puedes entrenar a gente que no tiene ni idea de defensa personal?

—¿Quieres que te entrene?

—Bueno, aquí no hay nadie más.

—¿Siempre eres tan sarcástica?

—Solo cuando me estreso. —Hizo una pausa—. Y es probable que siga así hasta que tenga los conocimientos que necesito para no morir.

—Ah. —Taylor suspiró—. Estupendo.

Julie se sentó de nuevo.

—Y parece que nos va a llevar un tiempo. No puedo esperar a que la ASRI regurgite la lista, Taylor. ¿Qué más tarda una eternidad? ¿Cómo voy a encontrar las direcciones de la gente?

—Los trolls aún están trabajando en los fallos informáticos.

—Todo el mundo sigue diciendo eso, pero yo no quiero morir. —Julie se cruzó de brazos—. Necesito un sistema diferente.

—No hay ninguno.

—Sé que no es verdad. —Le dirigió una mirada fulminante—. Teníamos un sistema antes de la ASRI.

—Oh, ¿te refieres al viejo DumbleDork?

Enarcó una ceja.

—¿Como el de *Harry Potter*?

—Sí. A los trolls de informática no les gustó la película, así que cambiaron el nombre del antiguo sistema, y se le quedó.

Se mordió el labio.

—¿Puedes enseñármelo?

—¿Por qué? —Taylor levantó las cejas—. No estarás pensando en usarlo, ¿verdad?

—Si quiero alcanzar mi cuota, necesitaré ayuda. Si este viejo sistema sigue activo, creo que puede ser nuestra mejor oportunidad.

—¿Nuestra?

—¿Hola? —Ella sonrió—. Somos un equipo. Si consigo una persona a bordo, los dos recibimos una prima, ¿no?

Taylor la estudió, intentando no reírse.

—Sí, pero yo tengo un «fondo fiduciario», como tú dijiste.

—Bien. ¿Y tus padres saben en qué gastas tu dinero?

—Obviamente. —Taylor se encogió de hombros—. Todo está en una tarjeta de crédito. No tenemos problema en gastar efectivo humano.

—Bueno... —Su sonrisa se ensanchó—. A lo mejor consigo abrirte una cuenta nueva para que nadie sepa lo que compras. —Julie guiñó un ojo.

Taylor trató de ignorar el temblor que sintió en la parte baja de su espalda. Consideró sus palabras y sus implicaciones. Dinero *propio*. Nunca se le había ocurrido la idea, pero era atractiva, aunque estaba seguro de que no se lo decía por pura bondad del corazón: lo estaba manipulando.

—De acuerdo, entonces. —Taylor suspiró y se levantó como si fuera una obligación—. Vamos a ver a DumbleDork.



JULIE SE PERMITIÓ un pequeño respiro de alivio al entrar en el ascensor. Aunque tuviera que sobornar a Taylor, al menos la ayudaría.

Pulsó el botón marcado con -12 y el ascensor empezó a moverse con una sacudida.

—Tienes tu identificación, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí. —Julie palmeó la tarjeta que colgaba de su camisa—. ¿Por qué?

—Tenemos que pasar por seguridad cuando lleguemos al Museo.

—¿Tenemos un museo aquí?

—Bueno, en realidad es el Santuario de Tecnología y Magia del Pasado, pero nosotros lo llamamos el Museo.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron de par en par. En el interior se arremolinaba un viento helado que empujaba a Julie y le tiraba del pelo. Los copos de nieve se esparcieron por su cara, y ella se tambaleó hacia atrás con un gruñido, luchando por comprender lo que veía. Nieve. Un cielo azul. La cima de una montaña, con algunas figuras apagadas vestidas con ropas gruesas, en cuclillas, cerca del ascensor.

—¡Qué demonios! —chilló Julie.

Taylor volvió a pulsar tranquilamente el botón -12 y las puertas se cerraron, dejando solo unos copos de nieve esparcidos por el suelo.

—Lo siento. A veces los espacios se confunden debido a la confluencia mágica de dimensiones espaciales.

—¿Por la *qué*? —Julie lo miró y señaló hacia las puertas—. ¿Dónde estábamos?

—Suiza.

Ella miró el botón con el mismo nombre.

—¿Por qué? —gritó.

—Ah, los científicos están rastreando los movimientos del yeti. Podría estar relacionado con la actividad de las bandas yeti aquí, en Nueva York.

Julie intentó alisarse el pelo.

—Bueno, esto es estupendo.

Esta vez, para su gran alivio, el ascensor se abrió a una habitación pequeña y desnuda. Dos robustos elfos permanecían de pie, con las manos cruzadas, frente a una gran puerta corredera de metal. Cada uno llevaba una funda negra colgada de las caderas. Julie no sabía lo que llevaban, pero estaba segura de que contenían espadas y proyectiles envueltos.

Taylor la condujo hasta los dos elfos y le hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro.

—Solo le enseño a la novata algunos artefactos.

El elfo más alto le dirigió una mirada.

—¿Así que hay un humano en la Agencia? ¿De verdad?

El otro reprendió a su colega con una mirada y luego se volvió hacia Julie.

—¿Estás metiendo algo en el Museo?

Deslizó una mano por su cuerpo.

—Solo lo que ves aquí.

Taylor desvió la mirada. Los labios del elfo más alto se crisparon. El más bajo la miró.

—Entonces, no mucho.

Antes de que pudiera pensar en una réplica, el elfo pulsó un botón y las puertas emitieron un zumbido y se abrieron. Taylor y Julie entraron en un almacén de proporciones tan enormes que la mente de Julie se cortocircuitó al intentar comprenderlo. Debía ser más grande de lo que

parecía todo el edificio de la Agencia desde fuera. Las luces amarillas de baja potencia apenas iluminaban siluetas de cajas y estanterías y de otras figuras nudosas y retorcidas. A Julie se le puso la piel de gallina.

—¿Asustada? —Taylor sonrió, presuntuoso.

—No. —Julie se cruzó de brazos.

Entonces algo llamó desde lo más profundo del Museo, una voz que crujió y traqueteó como una hoja seca al viento:

—¡Acercaos..., niños!

Julie trató de no saltar de manera tan obvia, pero Taylor se rio de ella.

—Vamos. Es por aquí.

Los condujo a un estrecho pasadizo entre las polvorientas cajas, y Julie se quedó cerca, mirando a su alrededor. La luz ambarina reflejó en una cosa escarlata. Cuando Julie miró más de cerca, vio que se trataba de un objeto plano y duro del tamaño de su mano extendida. La luz hacía que su superficie bailara como el fuego.

—¿Qué es esto? —preguntó, pinchándolo con el dedo.

—Es una escama de dragón. —Taylor frunció el ceño—. No la toques.

—¿Y esto? —Julie cogió un molde de una huella enorme.

—Es la firma del licántropo que crio a Rómulo y Remo.

—Niños... —La voz resolló, espeluznante—. Venid a mí.

—¡¿Qué?! —chilló Julie—. ¿Quieres decir que es verdad? ¿Un lobo crio a los fundadores de Roma? —Se quedó boquiabierta ante la escayola—. Debe ser supervieja.

—Hombre lobo, en realidad. Y tiene más de doce siglos. Devuélvelo.

Julie lo hizo, pero solo para correr detrás de Taylor y contemplar una vitrina. Contenía un trozo brillante de algo que parecía hielo pero brillaba como un diamante. Cuando leyó la placa en el fondo de la caja, se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¿De verdad existió Merlín? ¿Esta es su varita?

Taylor se detuvo y la miró.

—Si no recuerdo mal, es su *tercera* varita. Las dos primeras estallaron, no consiguió equilibrar la luz de la luna y el cristal de agua. Decidió dejar de hacer magia y convertirse en pez tras la caída de Camelot.

—¿En pez? —Julie parpadeó.

Taylor se encogió de hombros.

—Debió parecerle más tranquilo después de todo ese drama de Lancelot y Ginebra. Lo último que descubrí es que creen que lo atraparon y se lo comieron.

—Se lo comieron. —La cara de Julie palideció. Solo podía esperar que Merlín no se hubiera convertido en una langosta.

—¡Eh! —La voz de las profundidades de repente parecía mucho menos seca—. Dejad de mirar todas esas cosas viejas sin sentido. ¡Venid aquí y hablad *conmigo*!

Julie enarcó las cejas.

—Los trolls informáticos dijeron que el antiguo sistema era... irritable.

—Es una forma de decirlo. —Taylor la condujo alrededor de una curva e hizo un gesto—. Contempla... —su tono desprendía sarcasmo— a DumbleDork.

Julie jadeó a su pesar. Sobre una pila de cajas con una lámpara amarilla, había un gigantesco sombrero puntiagudo. Era azul real y estaba cubierto de insignias de oro y plata.

—Guau —murmuró—. ¿Es ese el sombrero de Merlín?

Sonó un débil ¡puf!, y el sombrero de Merlín desapareció. En su lugar había un elegante

sombrero de fieltro negro. La voz emanaba, a todas luces, del sombrero, que rebotaba arriba y abajo.

—¡No me relaciones con ese cerdo engreído y charlatán!

Julie lo miró fijamente.

—Entonces, eres... ¿DumbleDork?

—Soy el Dispositivo Utilizado por Magos Bachilleres.

—Así que —bromeó Julie— ¿DUMB? ¿Eso no es tonto en inglés?

—No me he puesto nombre. —El sombrero dejó de rebotar.

—¿No es muy sexista? —añadió Julie.

—¿Qué? —El sombrero sonaba agitado.

Julie supuso que no esperaba ingenio después de haber estado atrapado allí abajo durante tanto tiempo.

—Magos Bachilleres —aclaró—. ¿Y las mujeres?

—¿Magas bachilleres? —desdeñó el sombrero—. ¿Qué tal si digo que la B es de ser más Bruta que un arado?

—¿Qué tal si te meto dentro de esta doncella de hierro y cierro la puerta? —sugirió Julie—. Técnicamente, todavía estarías aquí y no me metería en problemas.

El fieltro se volvió hacia Taylor.

—Entonces, elfo, ¿por qué has venido hasta aquí con esta bruja tan sádica?

Taylor se echó a reír.

—Disculpa. Soy yo la que he venido a buscarte. —Julie plantó sus manos en las caderas—. Estoy aquí para hacerte una oferta.

—¿Una oferta? —El sombrero se volvió hacia ella—. ¿Qué podrías ofrecer *tú*, una patética criaturita, a un artefacto mágico milenario?

Julie sonrió con deleite.

—Libertad.

El sombrero se quedó muy quieto.

—Te escucho.

—Necesito ayuda. Soy reclutadora de la agencia, necesito reclutas rápido, y el nuevo sistema... no me facilita la información que necesito.

—Oh, así que su preciosa ASRI no es demasiado útil, ¿verdad? —Él se rio.

—No mucho. —Julie suspiró—. Así que te necesito.

—¿Me sacarás de este Museo y me permitirás usar mi gran número de habilidades e intelecto? —insistió el sombrero.

—Eres muy humilde, ¿no? —Julie levantó las cejas.

—Si uno dice la verdad, no es fanfarronería. Y no tengo ganas de pretender ser humilde —replicó él.

—Bueno, entonces no puedo llamarte Tonto. —Ella suspiró—. Podría llamarte Dick. Es pene en inglés.

—¿Qué escándalo!

—También es el diminutivo de Richard; ya sabes, un rey.

—¿Volvemos a los conceptos de *Merlín el Encantador*? —El sombrero resopló—. Puedo transformarme en espada, pero hace más de cien años me dijeron que no era de buen gusto llevar una espada.

—No mucho, no. —Julie sonrió.

Taylor consultó su reloj.

—¿Vais a intercambiar bromas todo el día, o podemos hacer algo de trabajo?
—Bien. —El sombrero hizo una pausa—. Acepto. ¿Cómo vas a sacarme de aquí?
—Eso depende. —Julie estudió el sombrero—. ¿Cuántos estilos diferentes puedes adoptar?
—¿Por qué? —El fieltro se inclinó hacia atrás—. ¿Tienes un buen fondo de armario? Para ser una simple humana, tu sentido de la moda no está tan mal.
—Algo así. —Julie sonrió—. Volveré mañana.



DURANTE EL DÍA, las cortinas de la mansión Nox estaban echadas. Julie las miró con interés mientras detenía a Genevieve delante de la sólida verja metálica. Pulsó el botón del interfono.

Tuvo que pulsarlo dos veces más antes de que el mayordomo respondiera.

—Residencia Nox. —Su voz era ronca.

«Debe ser de madrugada para los vampiros».

—Hola, señor mayordomo. Soy yo, Julie. Traje a Malcolm aquí anoche. Solo quería saber cómo está.

—El joven maestro Nox estará bien. Me aseguraré de transmitirle su preocupación. —La voz del mayordomo desapareció con un chasquido.

Vamos, que debía irse. Julie volvió a mirar hacia la mansión, se encogió de hombros y dio la vuelta a Genevieve para volver a la calle.



PARA SU SORPRESA, cuando llegó a casa, Lillie aceptó ir a comer hamburguesas. Julie bajó las escaleras después de ducharse y ponerse unos cómodos *leggings* y su camisa de flores favorita. La anciana esperaba junto a la puerta trasera, con un pequeño bolso rojo colgado del brazo. Se había recogido el pelo en un moño y se había pintado los labios.

Lillie se deslizó con facilidad en el asiento del copiloto de Genevieve. Julie arrancó el motor y la anciana se inclinó hacia delante y pasó una mano por el salpicadero del coche. Una sonrisa se dibujó en sus labios y sus ojos lechosos se llenaron de lágrimas.

—¿Lillie? —Julie habló en voz baja—. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien. —Lillie se sentó—. Es hora de cenar.

Julie condujo con cuidado en dirección a su hamburguesería favorita, situada a unas manzanas de distancia. Al pisar el acelerador, Genevieve respondió con un rugido gutural. Lillie soltó un pequeño grito y le dio una palmada al salpicadero del coche.

—¡Aún tienes mucho que dar, vieja!

Julie se rio, observando a Lillie. No conocía a su casera tan bien como pensaba.

Se detuvieron ante un semáforo en rojo. A su lado, un elegante BMW plateado hizo rugir el motor y Julie miró al conductor, sorprendida. Él les sonrió y el motor volvió a revolucionar.

—Quiere correr, querida —le informó Lillie.

—¿Quiere hacer una carrera? —Julie graznó—. ¿En la ciudad? ¿Está loco?

—No, solo está hasta arriba de testosterona. —Lillie sonrió con gusto—. ¡En mis tiempos, se hubiera tragado el humo de Genevieve!

Julie negó con la cabeza. El semáforo se puso en verde y Lillie le hizo un gesto con el dedo corazón al conductor del BMW, que se alejó con un chirrido de neumáticos.

—¡Lillie! —chilló Julie.

—¿Qué? —Lillie carcajeó—. Yo también fui joven, una vez.

Julie se rio. Pisó el acelerador y Genevieve avanzó con un embriagador rugido de potencia. Empezaba a entender por qué Lillie se entusiasmaba tanto con ese coche.



SE LE HABÍAN SOLTADO algunas canas del moño, pero, cuando entraron en el garaje aquella noche, los ojos de la anciana estaban más brillantes que nunca. Se había comido dos hamburguesas y un montón de patatas fritas, como si no hubiera probado bocado en semanas.

—Gracias, querida. —Lillie le sonrió mientras Julie le abría la puerta del pasajero.

—No es nada. —Le tendió una mano para ayudarla a salir del coche—. Es lo menos que puedo hacer después de que me hayas dejado usar a Genevieve.

El rostro de Lillie estaba tenso cuando se volvió hacia el coche y apoyó una mano en el techo.

—Me alegro de volver a ver a mi niña en marcha. Pasamos tan buenos momentos juntas hasta que... —Tragó saliva.

Julie le apretó la mano.

—¿Estás bien?

—¿Qué? Estoy bien, querida. —La sonrisa de Lillie se relajó—. Gracias por esta velada. Ha sido encantadora.

—Yo también la he disfrutado. —Julie acompañó a Lillie hasta la puerta trasera—. Eh, ¿Lillie?

—¿Sí, querida?

—Llamarás si necesitas algo, ¿verdad?

Lillie sonrió.

—Gracias, querida.

Julie cerró con suavidad la puerta tras su casera y subió los escalones hasta la cama. Permaneció tumbada largo rato, mirando al techo, mientras un plan se gestaba en el fondo de su mente.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, al salir de la ducha, y envuelta en una toalla, Julie se frotó los ojos, que le picaban. El sueño había llegado muy tarde, y le había parecido que solo había dormido unos minutos cuando sonó el despertador.

—Vamos, Julie. —Se tambaleó hasta su armario—. Es hora del espectáculo.

Rebuscó en los cajones y eligió el conjunto que le daría más confianza: botas negras de tacón, vaqueros con tachuelas, camisa negra y cazadora de cuero. Se echó la chaqueta al hombro, se sacudió el pelo húmedo y miró el puñado de sombreros que colgaban en el fondo del armario. Necesitaba algo memorable. Algo que llamara la atención. Levantó la mano, agarró el sombrero por el centro, se lo puso y se volvió hacia el espejo.

Julie no llevaba sombrero a menudo. Con su banda rojo sangre, era una declaración audaz. Ella sonrió, agarró el ala y se lo colocó a un lado de la cabeza.

Ese sombrero era inolvidable y contaba con ello.

Ya era hora de conseguir algunos reclutas.

El guardia arrastró los pies desde su garita cuando Genevieve se detuvo ronroneando antes de las nueve. Julie bajó la ventanilla para que se la viera mejor.

—¡Buenos días, Fred!

Las velludas cejas del enano se hundieron en su cabello pelirrojo.

—Qué madrugadora eres —refunfuñó, ocultando una sonrisa bajo la barba.

—Eso me han dicho. —Julie tocó el ala de su extravagante sombrero—. Nos vemos.

Fred estudió el permiso de circulación, se encogió de hombros y pulsó el botón de la puerta. Julie pasó y saludó con alegría. Le había preguntado a Taylor el día interior cómo se llamaba el guardia y había tardado más de un minuto en recordar su nombre. Julie había tenido que explicarle que se sentía mal por haberlo insultado a sus espaldas. Tal vez el pobre estaba en el mismo barco que ella: o trabajaba o moría.

«Trabajar», se dijo a sí misma, apretando el volante, mientras dirigía a Genevieve hacia el gran aparcamiento interior. «Elijo trabajar».

El solar estaba en penumbra y Julie trató de concentrarse en la carretera y no en los vehículos aparcados aquí y allá. Pasó junto a un coche fúnebre. Un carruaje estaba en una esquina, desenganchado, pero el arnés que colgaba era obscenamente grande. Alrededor de un trineo tirado por perros, una manada de *huskies* dormía la siesta. Junto a ellos, una hilera de palos de escoba estaba apoyada contra la pared.

Julie aparcó entre un Volkswagen Escarabajo de aspecto normal y un enorme caballo gris de ocho patas y llameantes ojos rojos que había enganchado a un poste.

«Sleipnir», le informó su entrenamiento, su voz hablaba con calma mecánica. «La montura de ocho patas de la realeza asgardiana».

—Hola, Sleipnir. —Julie extendió una mano—. ¿Eres afable?

El caballo echó las orejas hacia atrás. Ella decidió no perder los dedos y se alejó del semental.

Taylor la esperaba en el gran vestíbulo, inquieto. En cuanto la vio, sus ojos se clavaron en el sombrero de fieltro.

—¿Hablas en serio? —siseó, echando un vistazo furtivo a la sala.

—¡Taylor! —Julie lo agarró por el codo y lo arrastró hasta el ascensor más cercano. Evitó el botón que ponía «Suiza» y pulsó el número tres—. ¿Podrías ser un poco más obvio? ¿Por qué no gritas a los cuatro vientos que vamos a romper las reglas?

—Así que *tienes* algo planeado. —Los ojos de Taylor se entrecerraron cuando el ascensor se disparó hacia arriba.

—Te dije que tengo que hacer algo. El ASRI 4000 no funciona lo bastante rápido. —Le

empezaron a sudar las palmas de las manos—. Es mi segundo día, y ni siquiera tengo un nombre para cotejar ni nadie a quien reclutar.

—Julie, creo que no lo entiendes. —Taylor se pasó una mano por el pelo—. Quieres robar un artefacto mágico de miles de años de antigüedad. No creo que puedas medir el valor de DumbleDork en moneda humana. Es solo... —Sin palabras, levantó las manos.

El ascensor chirrió y las puertas se abrieron. Julie se apresuró a cruzar la oficina común.

—¿Qué más quieres que haga? —preguntó en voz baja.

—No sé. ¿Lo que sea para que no te maten?

—Eso sería *conseguir reclutas* —gruñó Julie. Dejó el bolso sobre la mesa y se dejó caer en la silla—. Mi vida está en juego, ¿recuerdas?

—No creo que lo entiendas. —Taylor se sentó frente a ella y se inclinó sobre el escritorio—. Si sigues adelante con esta locura, Kaplan te desmentalizará.

—Me desmentalizará. —Julie se sentó en su asiento con un resoplido—. Déjame adivinar: seguimos hablando de mi horrible y muy evitable muerte, ¿verdad?

Taylor apretó los dientes.

—No puedes hacer esto.

—Tengo que hacerlo. Si lo hago, tal vez me maten. Si no lo hago, no conseguiré reclutas y *me matarán*. —Julie echó hacia atrás su silla y se enderezó el sombrero.

Él se pasó una mano por la cara.

—Julie, si haces esto, el despido será la menor de tus preocupaciones.

—¿Qué otra cosa se supone que debo hacer?, ¿eh? —escupió ella.

Taylor la escudriñó.

—No lo sé.

—Entonces, parece que seguiremos con mi plan. Es el único camino que veo. —Julie se levantó y se dio cuenta de que le temblaban las manos. Se cruzó de brazos para ocultarlo. La puerta del capitán llamó su atención, y su miedo se convirtió en ira. Se dirigió hacia ella, vagamente consciente de que Taylor protestaba detrás.

—¡Capitán Kaplan! —Julie aporreó la puerta.

—¡Julie! —siseó Taylor

—Entre —gruñó Kaplan.

El timbre de su voz tenía una profundidad que hizo temblar más las manos de Julie. Las ignoró, empujó la puerta y se acercó al escritorio, donde Kaplan miraba una pantalla de ordenador tan vieja como la de Taylor. Julie supuso que ni siquiera tenía Internet.

Kaplan la miró a ella y luego a la pantalla.

—No me interesan las excusas, Meadows. Sé de sobra que aún no me ha traído un recluta. ¿Se ha olvidado de nuestro... trato?

—No estoy aquí para poner excusas. —Julie levantó la barbilla.

Kaplan se sentó y la miró, entrecerrando los ojos. Eran tan ambarinos y penetrantes que la mirada de Julie se desvió hasta posarse en un diminuto modelo de guillotina que había sobre el escritorio. La luz de la mañana se reflejaba en sus bordes, lo que sugería que era útil para su tamaño. Tragó saliva.

—¿Y bien? —espetó Kaplan.

Miró a Taylor, que se quedó callado. Tenía los ojos redondos y muy abiertos por el miedo. «Eres muy bueno, Woodskin». Volvió la mirada a Kaplan y soltó:

—Quiero saber qué no puedo hacer para conseguir reclutas.

Frunció el ceño.

—Ha pasado por el entrenamiento.

—Sí, lo sé; pero quiero saber si hay reglas que podamos romper para conseguir reclutas. — Julie sonrió con satisfacción—. He oído de los trolls que está usted un poco desesperado.

Kaplan hizo un ruido sordo con la garganta al oír la palabra «Desesperado», pero volvió a sentarse en su silla envuelto en un silencio desconcertante.

La boca de Julie sabía a papel de lija.

—Puedo vestirme como quiera, ¿verdad? ¿Hay otras cosas que pueda hacer? ¿Usar vudú vampírico? ¿Reclutar gente enviándoles la misma carta que me enviaste a mí? ¿Puedo...?

Kaplan levantó una mano enorme.

—Que respiren.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Quiero paranormales que respiren. —Kaplan enarcó una ceja—. Demuestre que puedes conseguir uno para el viernes...

El corazón de Julie tartamudeó.

—¿*El viernes*? —Hizo una pausa—. Quiere decir el último viernes del mes, ¿verdad? —Se aclaró la garganta—. ¿El viernes de la semana que viene?

—No. —Kaplan la miró—. *Este* viernes. A las cinco.

A Julie le latía la sangre en los oídos. Por eso no había preguntado por su fecha límite. Sonaban huecas en su mente, y había un eco intermitente con la palabra «límite».

La sonrisa de Kaplan era amplia y llena de dientes, pero no se reflejaba en los ojos. Julie cerró las manos. No iba a darle la satisfacción de que viera su miedo. De alguna manera, su voz sonó calmada al hablar.

—Bien. ¿Hay alguna regla? ¿Qué no debo hacer para conseguir reclutas?

—¿Apuñalar a alguien? —Kaplan se encogió de hombros—. Tienen que firmar por voluntad propia. Sin magia ni hipnosis. Aparte de eso, no me importa, reclutadora. —Su sonrisa desapareció—. Ahora, salga ahí fuera y consígame un recluta.

Su voz no era fuerte, pero su mano golpeó la mesa y el porrazo hizo temblar los huesos de Julie. Salió de la oficina, consciente de los pasos de Taylor detrás de ella, y caminó hacia el ascensor. Se llevó la mano al sombrero y lo ladeó en un ángulo descuidado.

Taylor resoplaba cuando la alcanzó.

—Joder, Julie —jadeó. Le temblaban las manos—. ¿Cómo vamos a conseguirte a alguien para el viernes?

Ella respiró hondo varias veces y pulsó el botón de la planta -12. Muy despacio, consiguió controlar su corazón.

—Ya es miércoles. ¡Miércoles! —Taylor parecía aterrado—. ¿Qué vamos a *hacer*?

Julie se volvió con una sonrisa.

—Ya has oído a Kaplan.

—Sí. He oído cómo te ha gritado de lo lindo. —Frunció el ceño y resopló—. Sé que puede ser un imbécil, pero se está superando con todo esto.

—No. Eso no. —Julie sonrió un poco más—. Ha dicho que podía hacer *cualquier cosa*, excepto apuñalar o hipnotizar. —Se tocó el sombrero—. Ese «cualquier cosa» incluye usar el sistema antiguo para ayudarme a reclutar si el ASRI 4000 no funciona, ¿no crees?

Taylor se quedó boquiabierto y el ceño fruncido desapareció, sustituido por unos ojos muy abiertos.

—¿Por eso has entrado primero en el despacho? —Julie se encogió de hombros, sin ocultar

su sonrisa—. Eso es... retorcido. —Taylor parpadeó.

—Sí, lo sé. Muy drow por mi parte. —Julie se rio—. Pero no se lo digamos a nadie.

Las puertas del ascensor se abrieron y los mismos guardias del día anterior se apostaron ante las puertas del Museo. El más alto garabateaba en una carpeta mientras miraba su identificación.

—¿Algo de valor que declarar? —gruñó el más bajo.

Julie volvió a señalar su cuerpo.

—Solo esto.

La cara del más bajo estalló en una amplia sonrisa.

—¡Así que aún no tienes nada!

Esta vez, ambos elfos se rieron, y Julie sacudió la cabeza para ocultar su alivio antes de seguir a Taylor al Museo. Era tentador quedarse mirando los artefactos que los rodeaban, pero el plazo de Kaplan le pisaba los talones como un perro de caza, y se apresuró a ir hacia DumbleDork.

El sombrero, una vez más una gorra de mago cubierta de insignias, estaba justo donde lo habían dejado. Su punta caía de manera triste, y parecía cualquier sombrero viejo y polvoriento.

—Hum, ¿DumbleDork? —susurró Julie.

La punta se enderezó de inmediato.

—¡Julie! —gorjeó el sombrero—. Así que has vuelto.

—Por supuesto que sí. —Julie se tragó el resto de la frase: «Te necesito».

—Tú también, elfo. —El fieltro se volvió hacia él.

—Me llamo Taylor. —El chico miró a su alrededor, cambiando su peso de un pie a otro.

—Ya lo sé, idiota. ¿De qué serviría si no supiera el nombre de un joven príncipe elfo que tengo delante de mí?

—No tenemos mucho tiempo. —Julie dio un paso adelante—. Tengo un plan para sacarte de aquí, pero, primero, necesito saber si eres capaz de ayudarme a conseguir reclutas. Y rápido. —Hizo una pausa—. Necesito fichar a alguien antes de que acabe el viernes, o estoy muerta.

El sombrero se echó hacia atrás.

—Te dije que reclutar era mi trabajo antes de que me metieran en este polvoriento Museo.

—Entonces, ¿me ayudarás? —preguntó Julie

Siguió un momento de silencio.

—¿Has dicho el viernes?

—Sí. *Este* viernes —recalcó Taylor.

—No es mucho tiempo, ¿no? —El sombrero se arrugó sobre sí mismo—. Quiero volver a ver el mundo exterior, pero no solo durante dos días.

—Dos días es mejor que nada. —Julie puso las manos en las caderas—. Es mejor que dejarme *morir*, ¿no?

El sombrero se enderezó.

—Está bien, Julia.

—Julie. Solo mi madre me llama Julia. —Dio un paso adelante—. ¿Me ayudarás?

—Supongo. El cielo no quiera que el mundo se quede sin una insignificante y minúscula humana más, ¿verdad?

Julie se burló para ocultar el alivio que sentía. Se quitó el sombrero y se lo mostró, girándolo de un lado a otro.

—¿Puedes convertirte en esto?

El sombrero se transformó en un parpadeo, con un leve puf, en una réplica exacta.

—«¿Puedes convertirte en esto?» —se burló con su voz.

Julie sonrió y miró a Taylor, que tenía los ojos muy abiertos. Luego miró hacia las puertas, pero seguían cerradas a cal y canto.

—Vamos, entonces. —Julie dejó su sombrero, extendió la mano y cogió a DumbleDork. Pesaba un poco más que el suyo, y una pequeña descarga de calor mordisqueó las yemas de sus dedos cuando lo tocó. O tal vez solo fuera su imaginación.

Se puso el sombrero en la cabeza y esta vez sintió un ligero cosquilleo en el pelo que duró unos segundos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

«Solo yo conectándome directamente a tus neuronas».

—¡Mierda! —Julie saltó, se arrancó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo.

Era como si alguien hablara dentro de su cabeza. Taylor echó la cabeza hacia atrás y se rio, un sonido musical que no alivió por la creciente vergüenza de Julie.

Sostuvo el sombrero frente a ella, mirándolo sin parpadear.

—¿Qué ha sido eso?

El sombrero se crispó.

—No voy a poder hablarte en voz alta todo el tiempo si quieres que este truco tuyo funcione. ¿Cómo pensabas que íbamos a comunicarnos?

Julie sintió que sus mejillas se calentaban mientras Taylor seguía riendo. Forzó una sonrisa.

—Bueno, podrías mandarme un mensaje.

El sombrero la contempló.

—¿Mandarte un mensaje? No me conecto a dispositivos *humanos*. —Resopló.

—Claro, claro. —Julie se puso el sombrero en la cabeza con cautela. Esta vez, la sensación de picazón no parecía tan mala, y cuando el sombrero habló en su mente, lo hizo con una suavidad inesperada.

«Aquí me tienes. Intenta no asustarte esta vez».

—De acuerdo. —Julie se rio—. Puedo acostumbrarme a esto.

«No hables en voz alta —le dijo el sombrero—. Háblame mentalmente».

«Esto es muy incómodo —pensó Julie de nuevo—. ¿Puedes ver todo lo que hay en mi cabeza?».

«Todo. —El tono del sombrero desprendía petulancia—. Sobre todo, lo mucho que le gusta la forma en que los ojos de Taylor se encogen cuando sonrío».

«¡Cállate!», chilló Julie para sus adentros.

Taylor la miraba, desconcertado.

—¿Va todo bien?

—Sí. Estoy hablando con el sombrero. En mi cabeza. —Julie le dio un golpecito.

—¿Ya estás menos asustada? —Él sonrió.

—Oye, yo no he crecido con unicornios arcoíris, a diferencia de *otros* —replicó Julie.

«Vámonos de aquí», insistió el sombrero.

Julie sintió un nudo en el estómago cuando llegaron a las puertas del Museo, pero los elfos solo le dirigieron una mirada superficial.

—¿Sacas algo? —gruñó el más bajo.

Julie sofocó el «No» en sus labios y se forzó a sonreír en su lugar. Pasó una mano por el costado de su cuerpo.

—*Todo* esto.

—Todavía nada —corearon los dos guardias y Taylor, y la sala resonó con risas mientras llegaban sanos y salvos al ascensor.

—Dumbles —sugirió Julie mientras el ascensor traqueteaba hacia arriba—. Dummie. Dumb-Dumb.

«¿En serio?», gimió el sombrero.

—Es que todo suena a «tonto» en inglés —le dijo Julie a Taylor.

Se apoyó en la parte trasera del ascensor, con los brazos cruzados. La arruga de su entrecejo se relajó un poco.

—Siempre puedes seguir llamando a esa cosa el sombrero.

—No soy un objeto. Me identifico como varón —dijo el sombrero en voz alta. Estaban solos en el ascensor.

—Bien. Siempre puedes seguir *llamándolo* Sombrero. —Taylor se encogió de hombros—. Ya que no le gusta *DumbleDork*.

—No puedo hacer eso. —Julie pasó una mano por el ala del sombrero—. Es mezquino. Necesita un apodo.

—Necesito un apodo —aceptó el sombrero.

—¿Y Dorkas? Es un nombre de chica. —Julie suspiró.

—Lámalo Sombrero —repitió Taylor.

El sombrero hizo una pausa.

—En realidad... —Alzó la voz—. Me gusta. Pero, como te gusta tanto el inglés, vamos a dejarlo en Hat.

Julie hizo un mohín.

—No eres un sombrero, técnicamente.

—No —se contoneó—, pero es simple y directo, y me gusta.

—Shhh. —Taylor se enderezó—. Ya hemos llegado.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta Delta y les inundó una luz tan intensa que Julie levantó una mano y parpadeó. Cuando su visión se aclaró, estaba frente a un enorme balcón de piedra del tamaño de su apartamento, salpicado de escritorios con ordenadores y archivos. Más allá se alzaban rocosos riscos rojizos y dorados a ambos lados, y había una extensión de cielo azul. Personas con batas blancas se apresuraban a pasar de una mesa a otra.

—¿Qué es *esto*? —jadeó Julie. Algo enorme se abalanzó desde abajo. Sus alas taparon el sol. Las garras chasquearon y la criatura se posó en la barandilla del balcón. Un águila tan grande como un todoterreno se alzó sobre ellos. Giró la cabeza hacia un lado y los miró con sus agudos ojos dorados.

«Roc. Ave rapaz gigante de Oriente Próximo. Conocida por su sigilo y resistencia». El conocimiento surgió de cualquier lugar de su cerebro donde el orbe lo hubiera escondido.

—¿Rocs? ¿Qué haces con rocs? —preguntó Julie.

Taylor se encogió de hombros.

«Estudiándolos —le dijo Hat—. Trata de averiguar por qué no llevaban a los *hobbits* a Mordor».

Julie trató de averiguar si hablaba en serio o no cuando una figura verdosa familiar apareció en la puerta.

—¿Hay sitio para nosotros? —preguntó Qtana. Detrás de ella, el siempre fiel Gnerk sujetaba un portafolio.

—Claro. —Taylor se acercó y los trolls entraron.

—¿Te diriges a la tercera planta? —Qtana pulsó el botón—. Teníamos que obtener algunos datos de los investigadores roc, y justo íbamos hacia allí para hablar contigo, Meadows.

«Cállate, traidora», gruñó Hat.

Julie sonrió y lo ignoró.

—¿Eh? ¿Tienes mi informe?

—Por supuesto. —Qtana sonrió—. Dáselo, Gnerk.

Gnerk sacó un papel del portapapeles y se lo entregó a Julie con una floritura. Ella le echó un vistazo. Diez nombres.

«¡Ja! —Hat resopló—. Yo tengo treinta esperándote».

«Está claro que sacarte del Museo ha sido la decisión correcta», respondió Julie.

—Gracias —le dijo con una sonrisa a Qtana.

—Los datos aún están desordenados. ¿Te imaginas las posibilidades cuando lo consigamos? —A la troll le brillaron los ojos—. Seguro que es todo lo que necesitas.

El ascensor se detuvo y Julie se apresuró a salir, agitando el papel hacia ella.

—Gracias otra vez.

—¿Gracias? —siseó Taylor, que la siguió a su escritorio—. ¿Gracias? ¿Por qué les das las gracias? Solo hay nombres. No hay direcciones. Nada.

«No necesitas direcciones —dijo Hat—. Te las conseguiré. Podemos usar esto como punto de partida».

Julie miró alrededor de la oficina, con la esperanza de que nadie los estuviera escuchando, luego se inclinó hacia adelante.

—El sombrero dice...

—No pasa nada. —Taylor sonrió—. Puedo oírlo.

Julie enarcó las cejas.

—¿Puedes?

«Claro que puedo. No soy el ASRI 4000. —Hat resopló—. Sería lógico pensar que puedo comunicarme por telepatía con un elfo sentado justo enfrente de mí».

«Vale, vale. —Julie se rio para sus adentros—. Háblame de esto. Oye, ¿Taylor puede oírme?».

«No, solo yo —contestó—. Pero puede oírme. Enséñame la lista».

Taylor la levantó, y Julie sintió que Hat la escaneaba a través de sus ojos. Sintió una intensa actividad vibrando en su cráneo.

Hat se rio.

«¿Qué está pasando? Esta gente no debería estar en la lista».

«¿A qué te refieres?»., preguntó Julie.

«Bueno, Honeydew Gardiner. —Hat señaló un nombre—. Es una conejita. ¿Qué crees que les hará a sus enemigos? ¿Matarlos con dulzura? ¡Por el báculo de Morgana!, si es dueña de una

cafetería...».

Julie y Taylor intercambiaron miradas, y él hizo una mueca.

—Los otros tienen que ser mejores.

«Ni por asomo. —Hat resopló—. Mira este. Frederick Dankworth. Es un hechicero».

«¿Hechicero?», Julie se animó.

«Sí, con epilepsia».

Julie suspiró; apoyó la barbilla en la mano.

—Supongo que eso lo incapacita para servir en la Agencia, entonces.

—Sí, lo descartamos. —Taylor negó con la cabeza—. ¿Por qué la ASRI lo pondría en la lista?

«Porque es patética», rebufó Hat.

—Es casi como si intentara hacerte fracasar. —Taylor se pasó una mano por la cara—. Aquí está la siguiente. Kara Gutenberg.

«No. No va a pasar. Es una duende. No mide ni quince centímetros».

—Kaplan dijo que quería paranormales que respiraran. —Taylor se encogió de hombros—. Tal vez deberíamos salir y probarlos a todos. No es tu problema si son malos agentes mientras consigas que firmen, ¿verdad?

—No. —Julie frunció el ceño—. Eso no me cuadra con lo que tengo que hacer.

—Julie, recuerdas lo que está en juego aquí, ¿verdad? —Taylor levantó las cejas.

—Sí, lo sé, pero también voy a enseñarle a Kaplan lo que puedo hacer, no solo lo que necesito hacer. —Julie cogió un bolígrafo y tachó los tres primeros nombres de la lista.

«Vamos, Hat —suplicó—. Consígueme uno bueno».

«Bien. Repasaremos el resto de la lista, pero ya te digo que este ASRI ha elegido a los peores».

Julie sintió una opresión en el pecho cuando terminaron de repasar la lista. Rodeó el último nombre y le dio unos golpecitos con el bolígrafo.

—¿Qué tal este Christos Papadopoulos?

«En primer lugar, vive en Grecia».

—Sí, ¿y qué? Existe el correo electrónico y esas cosas —espetó ella—. ¿Por qué no lo intentamos?

—Julie... —Taylor comenzó.

«Es un sátiro. Les gusta mucho el alcohol. —Hat se rio—. Demasiado».

—¿Y? Todavía podría ser un buen agente, ¿no? —Julie hizo una pausa—. Cuando esté sobrio.

—Los sátiros nunca están sobrios. —Taylor hizo una mueca—. Fui a la universidad con uno. Fue, bueno, interesante.

«Sería una pérdida de tiempo —insistió Hat—. Y no tenemos mucho».

—No. —Julie miró la hora en la pantalla de su ordenador—. No tenemos. Solo nos quedan dos días y medio.

—¡Oh! —Taylor levantó la vista con impaciencia—. ¿Ya es hora de comer?

—Sí. —Julie suspiró—. Es la hora del almuerzo, y no tenemos una buena opción de recluta todavía. —Se levantó y se frotó las sienes doloridas.

Taylor se levantó.

—Bueno, no vamos a encontrar uno si tenemos hambre. Vamos.

—No tenemos tiempo para almorzar, Taylor. —Julie le dirigió una mirada penetrante—. Algunos de nosotros nos jugamos algo aquí.

—Lo sé. —Sonrió, la agarró del brazo y la puso en pie—. Podemos seguir con la lluvia de ideas, pero irá mucho mejor con un plato de carne delante, ¿no crees?

—Tenías razón. —Julie se metió otro bocado de puré de patatas en la boca.

Taylor sonrió.

—Te lo dije. —Cogió una botella de ketchup y echó un chorrito sobre sus patatas fritas—. Es imposible concentrarte si tienes hambre.

—Disculpa, pero yo apenas tenía hambre. No me has visto hambrienta de verdad. No te gustaría.

Taylor enarcó una ceja y sacó una patata frita empapada de rojo.

—Sí, ya.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Julie, que cortó su filete. Le impresionaba ver que la Agencia proporcionaba comida deliciosa como esa todos los días. Algún tipo de magia guay. La voz del Orbe en la mente le dijo que no estaba equivocada.

—Significa que estás de mal humor casi siempre. —Taylor se comió la patata frita.

—No se equivoca —murmuró Hat.

«Se supone que tienes que buscarnos nuevos reclutas mientras comemos. —Julie frunció el ceño. Le dio un bocado de la carne: mantequilla suave, medio hecha, tal como le gustaba—. No espiando nuestra conversación».

—Estoy dentro de tu cerebro, Julie. No es como si pudiera meterme los dedos en los oídos —replicó Hat—. No te preocupes. Estoy en ello.

Ella suspiró, miró a su alrededor en busca de una distracción y enseguida encontró una al ver que Taylor comía feliz.

—Tío, ¿en serio vas a poner ketchup en un filete en perfecto estado?

—¿Por qué no? —Taylor estrujó la botella—. El ketchup está buenísimo.

—¿No se supone que los príncipes tienen un paladar exquisito? —se burló Julie.

Taylor sonrió.

—Espera a probar mi salsa favorita: mayonesa con chile.

—Qué asco. —Julie fingió una arcada.

—Bien, escuchad, niños —ladró Hat—. He encontrado una buena selección para vosotros.

«Por fin». Julie se enderezó y se olvidó de su filete.

—En primer lugar, te he encontrado una cambiaformas que trabaja en el negocio de la demolición por una miseria. Es una empleada responsable y, por supuesto, tiene mucha fuerza y resistencia.

—Suenas bien —murmuró Taylor.

—Luego hay un orco en Brooklyn. Tiene una carnicería, pero no gana mucho. Gasta la mayor parte en apuestas. También practica boxeo *amateur* y, al parecer, es imbatible. Su

terapeuta cree que podría cambiar su vida si utilizara sus puntos fuertes para algo más productivo.

—Unirse a la Agencia podría ser justo lo que necesita. —Julie dio un sorbo a su refresco. «¿Algo más?».

Hat vaciló.

—Bueno, sí, pero dudo que merezca la pena intentarlo.

«¿Por qué?» preguntó Julie.

—Porque es un kelpie que vive en el puerto. Va a ser difícil convencerlo...

—¿Un kelpie? —siseó Taylor—. De ninguna manera.

Julie frunció el ceño, molesta porque aún no tenía información de ese ser. Maldito Orbe, a ver si cargaba la información de una vez.

—¿Cuál de los tres sería más impresionante que reclutara?

Taylor se mordió el labio.

—Bueno, el kelpie —admitió—, pero el orco y la cambiaformas también son muy buenas opciones.

—No. —Julie se comió el último bocado de su filete y dejó los cubiertos—. Vamos tras ese kelpie, sea lo que sea.

—Julie, piénsalo —farfulló Hat—. Necesitas un recluta para el viernes. Cualquier recluta. ¿No es más inteligente ir tras el más fácil que puedas encontrar?

—Tiene razón. —Taylor se sentó—. Tenemos que conseguir un recluta. Kaplan quiere cualquiera que esté vivo, ¿verdad?

Julie apretó los puños.

—No. Voy a demostrarle lo que sé hacer. Puedo hacerlo mejor. Empujó hacia atrás su silla—. Vamos a buscar a ese kelpie.



TAYLOR SEGUÍA PROTESTANDO y Julie lo ignoró mientras le conducía al aparcamiento.

—Julie, no lo entiendes. Los kelpies...

—Nada de pensamientos negativos, Taylor. —Sacó las llaves del coche y abrió las puertas del Mustang.

Taylor observó el vehículo.

—¿Cuántos años tiene esta cosa?

—Genevieve es todo un clásico, y la respetarás como tal. —Julie abrió su puerta—. Venga, vámonos.

—¿Sabes cómo conducir este cacharro? —Taylor revoloteaba junto a la puerta del pasajero—. Tal vez debería...

—No. —Julie encendió el motor y se le puso la piel de gallina al oír el rugido de los ocho cilindros—. Genevieve es la hija de mi casera. Nadie la toca, excepto yo.

Taylor abrió la puerta y miró a Julie.

—Sabes que eres imposible, ¿verdad?

—Claro que lo sabe —respondió Hat.

—Lo sé —admitió—. Ahora, vamos.

Taylor se hundió en el asiento y se abrochó el cinturón con gestos nerviosos mientras Julie salía por el portón. Saludó a Fred. El GPS le indicó que girara a la derecha al final del camino.

—¿Cuántos años tiene esta cosa? —se burló ella, mirando a Taylor—. ¿Cómo puedes no

reconocer un Mustang clásico?

Taylor se encogió de hombros.

—No me interesan tanto los coches.

—¿Qué conduces, entonces? ¿Un Prius? —Julie soltó una risita.

—En realidad... —Taylor se volvió de un gris enfermizo, la versión del rubor de un príncipe de éter—. Yo no conduzco.

—¿No conduces? —Julie se quedó boquiabierta—. ¿Cómo llegas a los sitios?

—Bueno, alguien me lleva si lo necesito. —Miró su regazo—. Una ventaja de ser de la realeza.

—¿Ventaja? Suena restrictivo —comentó Hat.

Julie estaba de acuerdo.

—Entonces, ¿tienes chófer y te lleva al trabajo todos los días?

—Ah, no. Tengo una casa cerca. Voy andando al trabajo. —La sonrisa de Taylor era tímida.

Julie se rio.

—Bueno, privilegio principesco o no, no te ayuda a convertirte en un hombre.

Él se incorporó.

—¡Discúlpame! Soy *todo un hombre*, para que lo sepas.

—Que utilices lo que te cuelga o no de las piernas no te convierte en hombre —dijo Julie—. Solo dice que has madurado. Debes tener más cuidado en cómo usas tus herramientas.

Taylor se cruzó de brazos.

—Soy extremadamente cuidadoso con todas mis herramientas, te lo aseguro.

Hat soltó una risita. Julie trató de ahogar su sonrisa pisando a fondo el acelerador. Genevieve rugió a lo largo de la carretera, Taylor palideció un poco más y se agarró al cinturón de seguridad.

Unos minutos más tarde, daban tumbos por una estrecha carretera, a pocos metros de donde los barcos se balanceaban junto a los muelles.

—Guau. —Julie miró el GPS de su teléfono—. No bromeabas cuando has dicho que este kelpie vive junto al puerto.

—No junto al puerto. —Taylor la miró—. *En* el puerto.

—¿Qué? —Julie frunció el ceño.

—Ha llegado a su destino —anunció la voz enlatada del móvil.

Julie aparcó a Genevieve en un pequeño aparcamiento lleno de camiones y remolques de barcos. Cuando salió, una fresca brisa marina le revolvió del pelo y las gaviotas graznaron sobre ellos. El puerto era gris y bullicioso, y los barcos se movían con las olas, haciendo crujir sus amarras.

—¿Vive en un barco o algo así? —preguntó Julie con un portazo.

—No exactamente. —Hat suspiró.

—Vamos. —Taylor se dirigió a lo largo de un muelle vacío—. Tenemos que encontrar a tu kelpie.

—¡Espera! —Julie trotó tras él—. ¿Adónde vas?

Lo alcanzó cuando él llegaba a la madera húmeda del fondo. Julie jadeaba tras él, maldiciendo sus botas de tacón alto. Taylor se tapó los ojos y miró hacia el puerto.

—No hay nadie aquí. —El corazón de Julie se hundió—. ¿No está en casa o algo así?

—Esta es su casa —le dijo Hat—. El puerto. El agua.

—¿Qué? —graznó Julie. Maldito sea su entrenamiento por no darle nada útil. Cuanto antes se integrara su mente con la información del Orbe, mejor.

—Si nos hubieras escuchado, sabrías que el kelpie no se mueve en tierra. —A pesar de su tono de reprimenda, la sonrisa de Taylor tenía un toque de disculpa—. Por eso tienen una prima de contratación tan alta. Son difíciles de encontrar, y mucho más hablar con ellos.

—Pero, tranquilo, Taylor —se burló Hat—. Si se muestra, Julie utilizará todos los trucos que tiene bajo la manga para reclutarlo.

El corazón de Julie martilleaba y ella respiraba hondo.

—Voy a mostrarle a Kaplan de qué estoy hecha.

—Shhh —susurró Taylor.

Se quedaron junto al mar durante unos instantes que se prolongaron una eternidad. Julie no vio nada más que unas focas jugando a lo lejos, sus formas casi negras contra el mar gris. Desaparecieron, y las piernas de Julie se agarrotaron de estar quietas.

«Esto no sirve de nada —le dijo a Hat—. Tal vez deberíamos...».

—¡Shhh! —jadeó él—. ¡Allí! Estás de suerte.

Julie entornó los ojos. Una estela se extendía por el agua gris, dirigiéndose hacia ella. El corazón le dio un vuelco. Era gigante.

—Está aquí —susurró Taylor.

¿Qué era un kelpie? El rastro era enorme. ¿Era agresivo?

Abrió la boca para preguntar, y el agua bajo sus pies se agitó y rompió contra el muelle. Sus palabras murieron en sus labios y miró a través del agua al ojo más grande y azul que jamás había visto. Era del tamaño de su puño y su color era neón contra el agua oscura, amplio e inteligente. La observaba con curiosidad.

A Julie se le cortó la respiración.

—Bueno, adelante, reclutadora —comentó Hat con sequedad—. Haz tu trabajo.

«¿Qué le digo?». Tragó saliva.

—Intenta adularlo para empezar. Son muy vanidosos.

Las rodillas de Julie temblaron de asombro cuando el agua se calmó y ella vislumbró a la criatura. Debía ser más grande que un autobús: a una cabeza gigantesca, tan larga como ella, de piel plateada como la de un delfín le seguían un cuello largo y un cuerpo aerodinámico. Distinguió unas aletas bajo las olas. Adularlo sería fácil.

Muy despacio, se agachó sobre una rodilla.

—Nunca he visto nada tan bonito en mi vida —soltó.

—Intenta ser profesional, Julie —murmuró Taylor.

Pero el comentario pareció funcionar. La cabeza del kelpie salió a la superficie y echó agua por la nariz. Se quedó agachado en el mar, mirándola con esos ojos tan increíbles. Su cabeza tenía forma equina.

«Kelpie. También conocido como caballo de agua», le susurró la voz del Orbe. Más información chocó con su cerebro, pero la apartó. Tenía que concentrarse en su discurso.

El kelpie levantó la nariz por encima de la superficie. Julie había esperado dientes afilados, pero eran planos y cuadrados como los de un caballo.

—¿Qué es esto? —Su voz era ensordecedora—. ¿Un humano osa hablarme?

—Hola. —Julie no pudo reprimir una sonrisa, pero se contuvo de tocar su aterciopelada nariz—. Soy de la Agencia ParaMilitar.

El kelpie resopló y los roció con agua de mar.

—¿Qué quiere la Agencia de mí? No quiero oír nada de su política. Los kelpies somos muy reservados.

«Quiero tocarlo», gimió Julie para sus adentros.

—Ni se te ocurra —ladró Hat.

—Ah, no estoy aquí para hablarte de política —le dijo Julie al kelpie—. Quiero hacerte una oferta que no podrás rechazar.

El kelpie se volvió hacia un lado para mirarla con el otro ojo. El agua salpicó los escalones de madera y empapó sus botas.

—Te escucho.

—Vengo a ofrecerte un trabajo mejor pagado que el que encontrarás en cualquier agencia humana. —Julie repitió el discurso que había escrito y memorizado el día anterior—. Tiene grandes beneficios y requiere de una formación mínima.

El kelpie emitió un profundo sonido atronador. Julie tardó un segundo en darse cuenta de que la criatura se estaba riendo.

—¡Un trabajo! —Su voz sonaba más profunda—. ¿Dónde propones que guarde el dinero que ganaría con ese trabajo? ¿En mis bolsillos? —Rodó y le mostró su blanco vientre.

Julie sintió que se le calentaban las mejillas.

—Eh..., también está la ventaja de hacer algo que valga la pena por el bien de la sociedad —tartamudeó.

—Ya te lo he dicho, humana —gruñó el kelpie—. Solo me interesa la sociedad de los míos, me dan igual los problemas que tengáis los terrestres.

—Tal vez... —comenzó a decir Julie.

—¡Oh, mira! —Una voz a sus espaldas los sobresaltó a todos. Venía de la carretera.

Cuando Julie se giró, vio que un todoterreno se había detenido cerca de las escaleras. Las ventanillas estaban bajadas y una madre con un moño desordenado señalaba al kelpie mientras los niños se asomaban por la ventanilla.

—¿Qué? —jadeó Julie—. Hat, ¿cómo pueden ver al kelpie?

Antes de que Hat respondiera, la madre se volvió hacia sus hijos, sonriendo.

—¡Mirad, niños, es una foca!

—¡Una foca! —El kelpie resopló con una nube de agua salda—. ¡¿Una foca?!

Julie giró hacia él.

—No te preocupes por ellos. Son...

—Todos los humanos sois iguales. Podrían verme como una majestuosa ballena o un delfín, pero ¡como una *foca*! —chilló el kelpie. Dio una palmada en el agua y provocó las risitas de los niños.

Taylor corrió hacia el todoterreno. Agitó los brazos y les gritó estupideces sobre que era una especie en peligro de extinción.

Julie se arrodilló en el muelle, desesperada.

—No les hagas caso. Yo no te veo como una foca.

—Está claro que sí —resolló el kelpie—. ¡Intentando reclutarme como si fuera una vulgar sirena o algo así! ¿De verdad creías que una criatura como yo se uniría a tu agencia?

—Por favor... —comenzó a decir Julie.

Con un último resoplido de disgusto, el kelpie rodó sobre un costado, mostrando su vientre, que relució durante un instante, y luego desapareció en una cortina de burbujas.

—Se han ido —jadeó Taylor, trotando hacia ella—. Lo siento. Espera, ¿dónde está el kelpie?

—También se ha marchado —dijo Hat en voz alta—. Esos humanos no han ayudado demasiado.

—No lo entiendo. —Julie se sentó—. Seguro que ha visto humanos que lo han llamado foca antes. ¿Ha sido mi discurso?

—No lo creo, Julie. —Taylor le puso una mano en el hombro—. A los kelpies no les gusta relacionarse con otros seres vivos. Apenas hablan con otros miembros de su propia especie.

—Sí, y total, no pueden salir del agua. —Hat suspiró—. Eso los hace logísticamente difíciles de contratar.

—Lo siento. —Taylor se mordió el labio.

Julie se pasó una mano por el pelo, con los ojos ardiendo por las lágrimas.

—Habéis intentado decírmelo. Yo solo... Pensaba que mi suerte mejoraría después de conseguir a DumbleDork, ¿sabes?

—Todavía tenemos dos días. —Taylor le dio un apretón en el hombro—. Más un par de horas que quedan de este. Vamos. Volvamos y consigamos toda la información posible sobre nuestros otros dos candidatos para reclutarlos mañana temprano.

—Yo puedo ayudar en eso —añadió Hat.

Julie se levantó y cuadró los hombros.

—Vamos a hacerlo. No es que rendirse sea una opción.

Se dirigió hacia Genevieve, con Taylor pisándole los talones, decidida a no volver a cometer el mismo error.



LE LLEVÓ TODA LA TARDE, pero esa noche Julie llevaba dos carpetas bajo el brazo mientras Taylor y ella se dirigían al aparcamiento. Los archivos eran finos, pero reales y sólidos. No volvería ir a ciegas antes de reclutar a alguien.

Taylor miró a izquierda y derecha cuando entraron en el desierto garaje.

—¿Qué vas a hacer con tu sombrero? —preguntó nervioso.

Julie se tocó el borde.

—Vendrá a casa conmigo, por supuesto.

—¿Qué? —siseó Taylor

—Ese era el trato —añadió Hat—. Sacarme del Museo.

—Julie, esto es un robo —susurró él.

—Es más como una fuga de prisión. Hat es muy sensible. No es justo para él estar encerrado en ese almacén. —Julie se encogió de hombros—. Sobre todo, cuando no ha hecho nada malo.

—Eso es discutible —murmuró Taylor.

—¡Te he oído!

—Te vas a meter en serios problemas por esto —suspiró Taylor—. Creo que eres muy terca.

Julie sonrió con satisfacción.

—Estás aprendiendo a tratar conmigo. Entonces, ¿tu carruaje real está aquí para recogerte? Resopló.

—Voy andando a casa, ¿recuerdas?

—Hoy no. —Julie abrió la puerta de Genevieve—. Te llevaré.

—No te queda de camino. —Taylor dudó.

—No me importa, idiota. Ahora, entra.

El trayecto solo duraba cinco minutos, pero, sí, estaba en dirección contraria al apartamento de Julie. Mientras ella conducía, no pudo evitar quedarse boquiabierto. Si había pensado que la mansión Nox era enorme, los edificios de aquel barrio eran gigantescos.

—Es ahí. —Taylor señaló un camino entre altos muros blancos a su derecha.

Julie giró y condujo despacio, observando todo con atención. Se sintió como si viajase a

través de un túnel. Había árboles altísimos, brillantes en su follaje verde pálido, a ambos lados detrás de los muros. Sus hojas crujían en lo alto. Frente a ellos, una empalizada con una puerta los esperaba. Un cartel redondo colgaba en lo alto. Julie entrecerró los ojos, pero era como mirar algo bajo el agua. Los colores y las palabras ondulaban y se desdibujaban.

Cuando se acercaron a la puerta, observó una mansión que se extendía sobre el verde césped. Vio un porche envolvente con columnas, varios pisos y una piscina, pero todo estaba borroso en los bordes.

—Guau. Esto no es una mansión. Esto es una... una...

—Es una urbanización —proporcionó Taylor—. Para elfos del éter.

Julie se frotó la piel de gallina de los brazos.

—Es preciosa. Aunque estoy segura de que no es la misma mansión que yo veo.

Él la miró con atención.

—Tu mutación genética debe ser rara para que puedas ver a través de una ilusión de éter, aunque sea un poco —le dijo—. Somos los elfos del Atardecer Místico, después de todo.

—Atardecer Místico, ¿eh? —Julie sonrió.

—Anda, cállate.

Julie detuvo a Genevieve ante las puertas, custodiadas por dos enormes elfos con traje negro y gafas de sol. Taylor abrió.

—No te molestes en intentar entrar. No son amistosos.

—No pensaba hacerlo. —Julie dudó—. ¿Quedamos antes mañana por la mañana? ¿Podría recogerte a las siete?

—Claro. Iremos a desayunar. —A Taylor se le iluminó la sonrisa—. Yo invito.

Julie enarcó una ceja.

—La última vez que un tío me dijo eso, no fue muy bien.

—Estoy bastante seguro de que ese tipo no era un elfo. —Él se rio y cerró la puerta.

Julie retrocedió con Genevieve por el largo camino.

—Una parada más antes de ir a casa, Hat.

—¿Eh? ¿Adónde vamos?

—A visitar a un amigo —le informó ella.

La mansión Nox estaba envuelta en la oscuridad. Solo los faros de Genevieve brillaban en la sólida verja. Más allá, Julie vio el resplandor de las farolas reflejadas en las altas ventanas. En el interior no había ninguna luz encendida.

—¿Por qué tienen que ser siempre tan tenebrosos? —murmuró.

—Eso es muy especista por tu parte —comentó Hat.

—Lo siento.

Julie bajó la ventanilla y pulsó el botón del interfono.

—Residencia Nox —comunicó la ya familiar voz del mayordomo.

—Hola, soy yo. Julie. La humana.

—Buenas noches, señora —musitó el mayordomo.

—Vengo a ver al señor Nox.

—El señorito Nox no recibe visitas en este momento, ya que aún está... —empezó a comunicarle el mayordomo.

—No, Malcolm no. —Julie sonrió—. Vengo a ver a su padre.

«Sire —corrigió Hat—. Julius Nox».

—A Julius —añadió ella.

El mayordomo hizo una pausa.

—Su alteza la recibirá —resopló el mayordomo—. Puede entrar.

La puerta se abrió y Julie entró en el oscuro patio. Casi chocó con un muro cuando los faros de Genevieve distinguieron al alto mayordomo de pie, en el patio.

—¿Cómo ha llegado tan rápido? —susurró.

«Bueno, es un vampiro», se burló Hat.

Aparcó a Genevieve, y sintió que se quedaba ciega en cuanto se apagaron los faros, así que buscó a tientas su teléfono para encender la linterna y bajar. El mayordomo volvía a estar junto a ella. Julie dio un respingo, pero se las arregló para no chillar.

—Por aquí, señora —le informó él.

Se alejó y Julie corrió tras él, tratando de resistir el impulso de alumbrar en todas direcciones con la linterna del teléfono. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad y, cuando él la condujo a través de la verja del patio, no pudo evitar un grito de sorpresa. Estaban en medio de un precioso jardín de rosas. La intensa fragancia llenaba el aire a su alrededor, cientos de gloriosas flores luminosas a la tenue luz de la luna: blancas y azules, salpicadas de amarillo y rojo; de colores tan profundos que eran casi invisibles en el oscuro jardín. El camino estaba flanqueado por lo que parecían millones de rosas blancas.

«No estoy segura de lo que esperaba, pero no era esto», susurró en su mente.

«Ah, Julius ha ganado muchos premios con sus rosas. —Hat se rio—. Te buscaré fotos».

Julie tuvo que esforzarse para imaginarse a Julius Nox exhibiendo un ramo de rosas en una feria rural. Estuvo a punto de soltar una risita.

Cuando levantó el teléfono, la linterna iluminó la fachada y volvió a jadear. La mansión era aún más asombrosa de cerca. Sus puertas delanteras parecían el doble de altas que cualquier puerta normal, lo bastante anchas como para que Genevieve las atravesara, y había cerraduras y aldabas doradas. Los jazmines y las flores violetas de las glicinias trepaban por la fachada. Julie parpadeó ante su reflejo en una de las vastas ventanas. Debía ser un cristal unidireccional.

—Esto es increíble —susurró.

—El amo está por aquí.

El mayordomo se había alejado de la mansión y seguía el camino bordeado de rosas que la rodeaba. Julie se apresuró a alcanzarlo, ansiosa por vislumbrar el patio trasero de Nox. Tardó un tiempo absurdamente largo en rodear la casa.

Cuando por fin llegaron a la parte trasera, Julie sintió una brisa en la cara y miró alrededor. Los terrenos de Nox eran más grandes por dentro que por fuera. Frente a ella se extendía un amplio césped, bordeado de árboles en ciernes y más rosas. Una pista de tenis y una piscina olímpica brillaban bajo las estrellas. De la piscina llegaban risas y, cuando Julie entrecerró los ojos, vio unas cuantas figuras pequeñas y pálidas, que chillaban de alegría y se empujaban en el borde.

El mayordomo se detuvo y Julie casi chocó con él. Había un invernadero, más grande que la casa de Lillie, atestado de plantas. Él abrió la puerta de cristal.

—La señorita Julie Meadows quiere verlo, sire —llamó.

—Enciende las luces, Perkins —retumbó la voz del mayor de los Nox—. ¿Dónde están tus modales? ¿No sabes que los humanos no ven en la oscuridad?

Perkins murmuró algo inaudible y pulsó un interruptor. El espacio quedó bañado por el cálido resplandor de cientos de bombillas que colgaban del techo y que le daban un aspecto extravagante al invernadero, lleno de plantas de las que Julie solo había oído hablar... o de las que nunca había oído hablar.

El mayordomo se retiró, Julie dio un paso adelante, hacia la voz, pero luego se detuvo para mirar asombrada: una enorme planta floreció justo delante de ella. Sus largas y afiladas hojas crecieron por encima de su cabeza y sus flores, de un amarillo pálido moteado de rojo sangre, se derramaron en su dirección. Alargó la mano y rozó uno de los pétalos con la punta de los dedos.

—Preciosa, ¿verdad?

Julie se dio la vuelta. De alguna manera, Julius Nox había aparecido detrás de ella. Sonreía y enseñaba los colmillos, pero era difícil tomárselo demasiado en serio si tenía en cuenta que llevaba guantes de jardinería con un estampado de flores y una regadera azul brillante.

—*Grammatophyllum speciosum*. —Julie se volvió hacia la planta—. Nunca he visto una en la vida real.

—No me sorprende. Aquí son casi imposibles de cultivar, sobre todo en esta época del año. —Julius pasó junto a ella y regó la planta con cariño—. Me sorprende que sepa cómo se llama.

—Es la orquídea más grande del mundo. La gente la llama «la reina de las orquídeas». —Julie se encogió de hombros—. Mi madre cultivaba a veces. Me gustaba ayudarla cuando era niña. Además, me gusta leer. Mucho.

—Está claro. —Julius dejó la regadera en el suelo—. Ven, esto podría interesarte.

La condujo entre el embrollo de plantas hasta una sección cercana a la parte trasera del invernadero.

—¿Reconoce esto, señorita Meadows?

Julie intentó que no se le cayera la mandíbula, pero se le cayó de todos modos. Una flor extendía pétalos de color rojo intenso de casi un metro de diámetro y crecía en la tierra, sin hojas ni tallo. Era la planta más extraña que había visto nunca, pero no tenía nada de paranormal.

—¿Una flor cadáver o flor monstruosa? —Julie observó al señor Nox—. Se supone que apesta a carne podrida.

Julius sonrió. Cogió un pulverizador que tenía cerca y roció un poco la flor.

—Tiene razón en que se parece a la flor monstruo, señorita, pero esto no es *Rafflesia arnoldii*. Huélala bien.

Julie se acercó y miró dentro de la flor. Unos cuantos insectos muertos flotaban en su interior. Cuando se inclinó e inspiró profundamente, parpadeó sorprendida.

—Huele a frangipani.

—Por supuesto que sí. —Julius parecía feliz de que supiera la respuesta—. La he cruzado con la flor cadáver.

—¿Qué? ¿Cómo? —Julie se quedó boquiabierta.

—Tuve ayuda sobrenatural. —Guiñó un ojo—. Hermosa, ¿no?

—Increíble. —Julie se rio—. Tiene un don para las plantas, sire.

—Bueno, he disfrutado de esta pequeña charla con un humano inesperadamente inteligente —Julius inclinó la cabeza—, pero estoy seguro de que no ha venido a ver mi invernadero, señorita Meadows.

—Bueno, no. —Julie se detuvo, pensando en las palabras adecuadas—. He venido a ver a Malcolm. Quería saber si está bien.

Juliusladeó la cabeza.

—Está interesada en un joven vampiro que intentó hipnotizarla. Y de manera bastante grosera, debo añadir.

Julie se encogió de hombros.

—Todos hacemos locuras cuando estamos heridos, ¿verdad?

Julius soltó una risita.

—Tiene razón.

—De acuerdo, tal vez yo también tenga otra pregunta. —Julie tiró de Hat—. Tal vez una más importante.

Julius dejó el pulverizador.

—La escucho.

—¿Por qué...? Bueno, ¿por qué querría alguien unirse a la Agencia ParaMilitar?

—Una pregunta complicada. —Julius se quitó los guantes. Miró a Hat unos instantes más de lo necesario—. Creo que tengo su respuesta, aunque podría ser más larga de lo que espera. Acompañeme. La conversación será más cómoda en mi biblioteca.

El corazón de Julie latía con fuerza. ¡Biblioteca! Si el invernadero de ese tipo era así, su colección de libros haría que le explotara la cabeza.

«Literalmente, en algunos casos», aclaró Hat.

Siguió al señor Nox hasta la puerta, deteniéndose aquí y allá para inclinarse y oler algunas de las flores junto a las que pasaban. Tenía de todo: grandes rojas de hibisco tropical, fynbos imposiblemente delicados de Sudáfrica, y orquídeas que, con solo mirarlas, la hicieron sentir indigna. Creyó ver a Julius medio volverse cuando se detuvo a oler el fynbos, y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

El la condujo a través de la puerta trasera de la mansión —todavía más grande que las

puertas de las casas más bonitas de Brooklyn— y subió un tramo de escaleras de roble pulido alfombradas en azul real. Encendió las luces mientras avanzaba.

—Los vampiros podemos ver en la oscuridad —explicó—, pero todos tenemos luces en nuestras casas para nuestros invitados.

—¿Acoge a muchos humanos en su casa, entonces? —Julie tragó saliva, de pronto consciente del latido de su pulso en el cuello.

Julius se detuvo y abrió una ornamentada puerta de roble tallada con caballos al galope, ciervos saltando y leones en medio de un rugido.

—No demasiados.

Encendió las luces e hizo un gesto a Julie para que pasara primero. La vista de la biblioteca era tan espléndida que borró su miedo por completo. Si iba a ser devorada por un vampiro, al menos moriría feliz. La estancia era redonda y las paredes estaban cubiertas de estanterías hasta el techo. La mullida alfombra era de color crema y albergaba un escritorio cerca del fondo. En el centro de la habitación, alrededor de una mesa de centro, se arremolinaban unos sofás de cuero con cojines bien ahuecados que se apoyaban en las esquinas.

—Podría vivir aquí —soltó Julie.

El señor Nox se rio.

—Sentémonos en mi escritorio.

Ella seguía con la mirada fija mientras se hundía en un sillón de cuero a un lado del escritorio de Julius. Él se sentó en el sillón del otro lado y apretó los dedos, mirándola por encima de ellos.

—No está acostumbrada a este mundo, ¿verdad?

—No —admitió.

—Me he dado cuenta. Puede que le guste la biblioteca, pero el resto de la casa la incomoda.

—No me crie entre tanto lujo. —Julie echó un vistazo a una de las estanterías—. Creo que esa primera edición de *Historia de dos ciudades* vale más que la casa en la que crecí.

—Es bastante probable. —Julius sonrió—. Por supuesto, ayuda que lo comprara yo mismo cuando salió por primera vez.

Julie se mordió el comentario sarcástico que brotó de sus labios. Era un vampiro. Claro que era mayor de lo que parecía. El ejemplar que había leído en la escuela secundaria estaba pegado con cinta adhesiva, pero las palabras seguían teniendo la misma fuerza.

Julius se reclinó en la silla.

—Así que quiere saber por qué alguien querría unirse a la Agencia.

—Es algo que mi formación no ha cubierto por alguna razón.

«Porque yo no me ocupé de tu entrenamiento, por eso», resopló Hat.

—Quizá por eso estén tan desesperados por reclutar paranormales. —Julius se rio entre dientes—. ¿Sabe lo que hace la Agencia?

—Es como la Policía y el Ejército —adivinó Julie—. Para su Gobierno federal.

—Casi. —Julius entrecerró los ojos—. La Agencia es el brazo militar y legal que, supuestamente, gobierna a todos los paranormales. Aunque no es como el gobierno de los humanos.

—Entonces, ¿es internacional? —preguntó Julie

—Algo sí. El mundo paranormal no funciona con las mismas fronteras —explicó Julius—. En su lugar, estamos divididos en especies y familias. Todo gobernado por el Trono de la Eternidad.

—Suena pretencioso.

—Tal vez —sonrió Julius—. El Trono de la Eternidad existe para mantener la paz entre

paranormales y humanos. Ha estado ocupado por una de las siete familias reales durante los últimos dos mil años. Las hadas de la Luna lo han ocupado durante los últimos trescientos cincuenta.

—Y la Agencia es la forma en que el Trono de la Eternidad mantiene esa paz.

—Exacto. —Julius asintió—. Así que, sabiendo eso, entenderá que la gente se une por dos razones básicas: por ellos mismos o por el bien de nuestra sociedad. —«O porque su otra opción es ser decapitados por Kaplan», pensó Julie—. Algunas personas creen que su propósito en la vida —continuó Julius— es servir al Trono de la Eternidad, por lo que se unen a la Agencia, ya que creen en la familia real y en sus causas. Otros se unirán porque les proporciona formación, experiencia o un trabajo cuando no pueden conseguir otra cosa.

—Como nuestros carteles del Ejército —comentó Julie—. O tal vez la Marina.

—Más bien los marines —admitió el vampiro—. Confío en que podrá convencer a los futuros reclutas con la información que le he dado.

Julie asintió.

—Gracias. Eso ha ayudado mucho.

«Podrías habérmelo pedido a mí», refunfuñó Hat.

«He supuesto que hablar con un paranormal que respiraba, como pedía Kaplan, sería más útil», se burló Julie.

—Me alegro de haber sido de ayuda. —El labio superior de Julius se crispó—. Ahora, estamos en paz después de que salvara al tonto de mi hijo.

—Hablando de eso... —Julie se mordió el labio—. Supongo que no me dejaría ir a ver cómo está, ¿verdad?

—Ah, está bien —suspiró Julius, agitando una mano—. Perkins, llévala con él.

—Sí, señor.

Julie saltó de su silla. El mayordomo estaba justo detrás de ella.

—¿Cuánto tiempo has estado ahí parado? —graznó.

La miró fijamente con sus serenos ojos rojos.

—Unos tres segundos, señora. Por aquí.

Julie miró por encima de su hombro mientras el mayordomo se deslizaba hacia la puerta.

—Gracias de nuevo, sire.

Julius cogió un libro y agitó una mano lánguida.

Esta vez, el mayordomo encendió las luces. Condujo a Julie por otro tramo de escaleras a lo largo de un pasillo repleto de retratos. Julie los miró —habría jurado que un retrato ecuestre de aspecto renacentista era de Julius— cuando se oyó una explosión en el pasillo, seguida de maldiciones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

El mayordomo levantó las cejas, el primer signo de emoción que Julie había visto en su rostro.

—Ese debe ser el señorito Nox.

Un estruendo sacudió las paredes cuando la puerta se abrió, y la voz de Malcolm se elevó sobre el ruido.

—¡Mierda, mierda, *mierda*!

Julie casi se hizo eco de ese sentimiento al ver un rostro gigante al otro lado de la sala, con ojos fijos y mandíbulas ensangrentadas. Dio un paso atrás antes de darse cuenta de que la cara había sido generada por ordenador.

La sala estaba bañada por la luz azulada de una enorme pantalla situada en la pared opuesta. La voz de Malcolm procedía de un sofá situado frente a ella, mezclada con el chasquido del mando de un videojuego. El zombi falso recibió un cuchillazo en la cara que provocó estilizados chorros de sangre escarlata, se desplomó en el suelo y Malcolm habló con más calma.

—¿Dónde estás, Zee? ¿Necesitas primeros auxilios?

«¿Qué es esto?», preguntó Hat.

«Es un videojuego. —Julie buscó al mayordomo, pero había desaparecido—. No hay nada que temer».

«El elevado ritmo cardíaco de tu amigo y su presión sanguínea dirían lo contrario. —Hat se rio—. Qué sistema tan curioso. Es primitivo».

El personaje de Malcolm corrió hacia una figura cercana tendida en el suelo.

—¡Te tengo, *bro*! —gritó. Su personaje se arrodilló junto a la figura tendida, ItzMeZee189, según la etiqueta sobre su cabeza, y se oyó un tintineo en la pantalla. La figura desapareció y volvió a aparecer, esta vez de pie y con una escopeta.

—¡Sí, tío! —animó Malcolm—. ¡Vamos a por esos mamones!

Un tiroteo sacudió la sala. Los avatares se pusieron a cubierto tras una pared derruida.

Con la luz de la pantalla, Julie cruzó la habitación y tocó el brazo de Malcolm.

—Hola.

Él profirió una maldición en lo que parecía griego antiguo. Sus brazos se sacudieron y el mando voló por los aires hasta aterrizar en el sofá. En la pantalla, su avatar se puso en pie de un salto. Las balas le atravesaron el pecho y cayó al suelo.

—¡Mierda! —chilló Julie—. Lo siento.

—¡Zee, cúbreme! —gritó Malcolm, agarrando el mando a distancia—. Sí, perdona. Alguien ha entrado en mi habitación. —Se colocó un auricular detrás de la oreja y sonrió a Julie—. Hola, humana. ¿Cómo te va?

Levantó las manos, dio una palmada y una cálida luz inundó la habitación. Julie se dio cuenta de que era toda una *suite*. El salón era más grande que el de Lillie y bastante más lujoso.

—Podría preguntarte lo mismo. —Julie lo miró fijamente—. Aunque parece que estás mucho

mejor que la última vez que te vi.

Malcolm se rio. Todavía estaba casi translúcido, pero Julius también lo estaba. No llevaba vendas y su hombro herido se movía con libertad.

—Hace falta algo más que un simple yeti para mantener a un vampiro en el suelo mucho tiempo.

—¿Tienes magia curativa o algo así? —preguntó ella

Malcolm señaló un sillón, sus ojos se deslizaron de nuevo al juego. Julie se sentó.

«Debería piratear este sistema y causar algunos estragos —resopló Hat—. Va a convertir su cerebro en papilla».

«Shhh. Estoy tratando de hablar con Malcolm».

Hat soltó una nueva risita y ella trató de ignorarlo.

—Solo tardo unas veinticuatro horas en curarme con la sangre adecuada. —Los dedos de Malcolm volvían a bailar sobre el mando, extrañamente elegantes.

Julie enarcó las cejas.

—¿La sangre correcta?

—Por transfusión. —Malcolm le dirigió una mirada perezosa—. Todavía no soy un bárbaro, ¿sabes? ¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos?

—Quería ver cómo estabas.

—¿Cómo estoy? —Él le prestó toda su atención—. ¿Por qué querías hacer eso?

—¡Porque te recogí la otra noche, imbécil! —gritó—. Lo creas o no, no eras solo un maldito pasajero de Uber.

Arrastró los ojos hacia la pantalla, cambiando de peso.

—Ah, vale.

El silencio se interponía entre ellos como una gruesa manta. Julie buscó algo que decir.

—Entonces, ¿por qué juegas a esto?

Malcolm apretó los dientes y apretó el gatillo del mando. Una ráfaga de disparos retumbó en los altavoces.

«Sí, ¿por qué? —Hat añadió—: No es muy bueno. Yo podría hacerlo mucho mejor».

«Todos lo sabemos, Hat», respondió Julie.

—No lo sé. —Malcolm se tocó los auriculares y apagó el micrófono—. Supongo que es porque todos mis reflejos y fuerza sobrenaturales no significan una mierda en los videojuegos.

—Qué presumido, ¿no? —bromeó Julie.

Malcolm le dirigió una mirada irónica y continuó:

—Claro que puedo mover el gatillo más rápido, pero la velocidad del sistema y el retardo de la red apenas me hacen mejor que los humanos. —Volvió a sonreír—. Puedo pensar más rápido. Esa es mi verdadera ventaja.

La sangre salpicó la pantalla, que se volvió roja. Una calavera apareció en el centro.

¡ESTÁS MUERTO!

—A MENOS QUE haga algo estúpido. —Malcolm volvió a encender los auriculares—. Lo siento, chicos. Me tengo que ir. Vale. Hablaré con vosotros mañana. Adiós.

Después de quitárselos, los tiró a un lado, junto con el mando, y se volvió hacia Julie. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se posaron en ella. La recorrió de arriba abajo antes de apartar la vista y un leve rubor apareció en sus mejillas.

El silencio se prolongó. Julie se cruzó de brazos.

—Bonito sombrero —graznó Malcolm. Volvió a mirarla, se mordisqueó el interior del labio inferior y desvió la mirada.

—No te relacionas con muchos humanos, ¿verdad? —Julie sonrió con ironía.

—Bueno, no hay muchos humanos como tú. —Malcolm se las arregló para sonreír—. ¿Cómo has conseguido entrar, de todos modos?

—Oh, tu padre me ha dado permiso. Es superamable. Hemos estado hablando de sus plantas. Malcolm se quedó boquiabierto.

—¿Le gustas al sire?

—¿A quién no le gustaría todo esto? —bromeó Julie, señalándose a sí misma, y Malcolm se rio. Fue un sonido extrañamente terrenal y genuino, que lo hizo parecer, durante unos segundos, cualquier otro universitario guapo.

—¿Quién es *esa*?

El reproche femenino llegó desde detrás. Los dedos de Julie se clavaron en su sillón, y fue todo lo que pudo hacer para no saltar. Se levantó, forzándose a hacerlo muy despacio, y se giró.

La chica llevaba un vestido negro ceñido a la figura que apenas cubría lo necesario y revelaba interminables kilómetros de piernas tan blancas y esbeltas que parecían de porcelana. Julie casi esperaba que se resquebrajaran al cruzar la habitación. El rojo deslumbrante de sus labios contrastaba con su rostro blanco como la luna, y una cascada de pelo negro se mecía sobre sus elegantes caderas. Llevaba unos tacones rojo sangre con una gracia que Julie envidió.

—Julie. Julie Meadows. —Extendió una mano.

La chica le dedicó una encantadora mueca que dejaba al descubierto unos delicados colmillos y mantuvo las manos en el bolso, que debía costar más de lo que Julie ganaba en un año. La rodeó y se dirigió a Malcolm en su lugar.

—¿Es un *humana*? —siseó.

—Hola, Cassidy. —Malcolm lanzó una mirada de disculpa a Julie—. Es la que me recogió de la acera cuando me hirieron.

La chica se tumbó en el sofá, a su lado, entre él y Julie, y le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Cómo te encuentras, mi amor? —ronroneó. Recorrió el hombro herido con la punta de los dedos.

Malcolm se movió, sus ojos se dirigieron a Julie de nuevo.

—Eh..., estoy igual que cuando me has preguntado esta mañana.

—Me alegro de que estés mejor. —Cassidy se echó sobre el pecho de Malcolm y le besó la mejilla, dejando una mancha de carmín—. Estaba tan preocupada por mi tesoro...

«Bueno, somos un poquito posesivos, ¿verdad?», se rio Hat.

«Solo un poco». Julie cruzó las piernas y entrelazó los dedos sobre una rodilla, haciendo rebotar el pie.

—Sí, me alegro de haberlo encontrado a tiempo. —Le dedicó una gran sonrisa a la chica.

Malcolm intentó zafarse de su abrazo, pero ella era como un pulpo, siempre con otro tentáculo que lanzar a su alrededor.

—Julie, esta es Cassidy Consta. Es... —Se detuvo.

—Soy de una de las familias vampíricas nobles. —Se echó su gloriosa melena por encima del hombro y lanzó una mirada a Julie—. ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a ver cómo estaba —protestó Malcolm.

—Oh, qué dulce. —La sonrisa de Cassidy reveló sus colmillos—. Tu pequeña mascota humana es bastante leal.

—Julie me salvó la vida, ¿sabes? —La voz de Malcolm perdió firmeza a medida que hablaba. Cassidy agarró una de sus manos, entrelazó sus dedos con ella y apretó. El poco color de la mano de Malcolm se desvaneció hasta volverse blanca.

—¿No ha sido atento por su parte? —cuchicheó Cassidy—. Estoy segura de que puede ver que ya estás bien.

—Estoy aquí, ¿sabes? —Julie se rio.

Los ojos de Cassidy se entrecerraron.

—¿De qué te ríes?

«De lo absolutamente ridícula que eres». Julie se lo pensó mejor antes de decirlo en voz alta. Se levantó.

—Creo que será mejor que me vaya. Es bueno ver que estás bien, Malcolm.

—Sí, creo que será mejor que lo hagas —siseó Cassidy.

Malcolm bajó la voz.

—Gracias por venir.

Julie no se sorprendió lo más mínimo al ver que, en cuanto llegó a la puerta, el mayordomo ya se la estaba abriendo. Creyó detectar un brillo salvaje en sus ojos al ver a Cassidy. Luego cerró con una violencia innecesaria.

Volvieron sobre sus pasos hasta el silencioso patio. Al abrir a Genevieve, el mayordomo habló.

—Es una noche triste —susurró—, cuando una humana demuestra lo *mala pécora* que puede ser una vampira.

Julie no pudo evitar reírse al oír la palabra *zorra* en boca del recatado mayordomo. Sacudió la cabeza como si hubiera dicho demasiado.

«No eres la única que piensa que Cassidy apesta», observó Hat.

El mayordomo se dio la vuelta para irse, pero Julie levantó una mano y lo detuvo.

—Por favor, ¿me dices tu nombre?

La miró fijamente.

—Perkins.

Sonrió.

—De donde yo vengo, no llamamos a la gente por su apellido.

El labio superior del mayordomo se crispó.

—Bueno, en ese caso, señora, puede llamarme Gerald.

La visita de Julie a la mansión Nox le había servido para saltarse el tráfico al menos. Las calles estaban concurridas, pero fluían bien mientras Genevieve se dirigía a casa. Sintió un asombro y admiración latentes en su cerebro, y sospechó que no era ella.

«Hace tiempo que no ves el mundo exterior, ¿eh?».

«Mucho —admitió Hat—. Incluso antes de quedarme obsoleto, pasaba la mayor parte del tiempo en el cuarto piso con esos malditos trolls. ¡Mira qué coches!», jadeó.

Julie se rio en voz alta.

«No todo el mundo puede conducir un clásico». Dio una palmadita amistosa al volante.

Se detuvieron en un semáforo en rojo, y Julie pisó el acelerador unas cuantas veces. Genevieve rugió, lista para saltarse la línea en cuanto el semáforo se pusiera en verde.

—¡No! A tu izquierda —siseó Hat.

Julie vio el capó del coche de policía que asomaba desde una calle lateral y observaba el tráfico. Ella soltó muy despacio el acelerador.

—Gracias, Hat. —Palmeó el salpicadero—. ¡Mira el lío en el que casi me metes, Genevieve!

Eran más de las nueve cuando Julie detuvo a Genevieve en el garaje. Ahogó un bostezo. Cogió a Hat y se lo plantó en la cabeza.

—¡Ey, cuidado! —ladró él.

—Shhh. Despertarás a mi casera. Siempre está dormida a esta hora. —Julie sacó su mochila, cerró la puerta del coche y atravesó el garaje.

—¿Casera? ¿Ni siquiera eres la dueña de este vertedero?

—Cuidado con lo que dices, que estás hablando de mi casa; y no, no es mía. Esto es Nueva York. ¿Te parezco trillonaria?

—Eso tiene que ser una exageración —murmuró Hat.

Cuando llegó al final de la escalera, Julie encendió las luces.

—Hogar, dulce hogar.

Hat se quedó en silencio y ella sintió que la miraba. Parecía no tener palabras y se refugió en su mente.

—¿Vives aquí?

Julie se quitó el sombrero, lo dejó sobre la mesa y rebuscó pan en un armario.

«Sí, vivo aquí, y me gusta bastante».

«No hay... mucho que ver». Hat intentó decirlo de manera diplomática.

«Es todo lo que quiero. Mi propio espacio, ¿sabes?». Fue un alivio tener a alguien con quien hablar mientras preparaba un sándwich de jamón de York.

Hat se giró en la mesa.

«Me gustan las estanterías. Lástima de la vista. Y la cocina. Y el espacio. Y...».

«Ya lo sé, lo sé. Solo necesitaba un lugar solo para mí», le explicó Julie. Añadió un poco de lechuga. Podría morirse si no comía algo verde en algún momento.

«¿Un lugar solo para ti? ¿Por qué?», preguntó Hat.

«Bueno, ya sabes. Necesitaba mudarme. Desplegar mis alas. —Julie resopló al cortar su sándwich por la mitad—. Y alejarme de mi madre».

«¿Tu madre te trata mal?». La voz de Hat se tornó tensa.

«¡No! Nada de eso. Es solo que... —Julie agitó una mano—. A veces me vuelve un poquito loca. Quería ver si había algo más en la vida que los suburbios».

Hat saltó hacia ella cuando se sentó a la mesa.

«¿Y qué has descubierto?».

«Hasta hace bien poco, no mucho, la verdad. —Las mejillas de Julie se sonrojaron—. Leía más que otra cosa, como en el instituto».

«Me fijé en tus notas. Me preguntaba por qué no intentaste ir a la universidad si tenías una

media de sobresaliente».

«¡Eh! ¿Has estado husmeando en mi archivo personal?». Julie enarcó una ceja.

El ala del sombrero se curvó, como si se encogiera de hombros.

«Es mi trabajo. Así que ¿por qué no lo hiciste?».

«No lo sé. Supongo que no había nada que me interesara estudiar. Mi madre dijo que no me dejaría endeudarme como estudiante solo para que aprendiera por aprender. —Julie sonrió—. Aunque esa es una de mis cosas favoritas».

«Me he dado cuenta en el invernadero. —Hat se inclinó a un lado—. Detecto un mensaje de alguien llamado Sam en tu dispositivo móvil».

Julie casi se había olvidado del idiota de Sam.

«Uf. Ni siquiera preguntes. Una de mis pocas e infructuosas incursiones en las citas. Debería haberme quedado en casa, leyendo. Me encanta aprender, y hacer amistad con la gente es difícil».

«¿De verdad? —bromeó Hat—. Eso no es lo que muestran los datos».

«¿Qué datos?». Julie mordió su sándwich.

«Bueno, tienes un príncipe del Éter».

«Sexto al trono —argumentó Julie—. No es para tanto. Ni siquiera Taylor piensa que sea tan especial».

«Es especial. —El sombrero se apoyó en su ala—. Mañana vas a recogerlo para una cita».

«¡Hat, no! —gimió Julie—. ¡Eso no es una cita!».

«Has fijado la hora y el día en que os vais a encontrar. Es una cita».

«No. No lo es. Estás haciendo el ridículo. —Julie se rio—. Me alegro de que seas un antiguo artefacto mágico y no un *life coach*».

«Si la vida fuera un deporte, yo sería un entrenador fantástico —bufó Hat—. Y tú vas a tener una cita con Taylor».

«¡Recoger a alguien del trabajo no es una cita!».

«Entonces, ¿qué define exactamente una cita?».

Julie se frotó la barbilla.

«Es cuando quieres ver a alguien con quien tienes una relación sentimental».

«¿Como tú y Sam?».

«¡No! —Julie hizo otro intento—: Vale, es cuando quedas con alguien a quien quieres conocer mejor para hacer algo divertido».

«Así que... Mañana tienes una cita —dijo Hat—. Reclutar es divertido, y quieres conocer mejor a Taylor, ¿verdad?».

«Así no, Hat. —Julie negó con la cabeza—. Además, apuesto a que va en contra de la política de la Agencia o algo así».

«¿Es esa la única razón por la que no lo admites?».

«¿Y a ti qué te importa?», replicó Julie.

«Vamos, Julia. He estado atrapado en el almacén durante años. Perdóname si quiero cotillear un poco».

«Te he dicho que no me llames Julia. —Hizo una mueca—. Es un nombre de vieja».

«Algún día serás una anciana», señaló él.

«Da igual. —Julie terminó su sándwich y se levantó—. Me ducho y me voy a la cama. Ha sido un día largo».

«Vale, pero esta discusión la gano yo. —Hat sonrió. Julie le dio la espalda mientras se dirigía al baño—. ¡Las blasfemias son un signo seguro de derrota!».

Cuando volvió de la ducha, Hat estaba en su mesilla de noche y se había puesto cómodo.

«¿Tú duermes?». Julie se sentó en el borde de la cama y se estiró.

Hat se volvió hacia ella.

«Soy un artefacto mágico que existe desde hace varios miles de años. ¿Tú qué crees?».

«No lo sé. —Julie se encogió de hombros—. Intento no hacer suposiciones. Cuando lo hago, la gente me llama especista, y no me gusta».

«¿Así que intentas evitar prejuicios y estereotipos?».

«Exacto. —Se sacudió una pelusa del camisón—. Todo esto es nuevo para mí. La enorme casa Nox, todo el lujo que he visto en la Agencia... no es algo a lo que esté acostumbrada».

«Desde luego», resopló Hat.

«Oye, yo no tuve un montón de cosas cuando era pequeña, pero eso no significa que tuviera una mala infancia». Julie bostezó, se tumbó de lado y metió una almohada bajo su cabeza.

«Estoy seguro de que Malcolm Nox diría que los lujos contribuyen en gran medida a que la vida sea divertida. O, al menos, soportable».

«Tal vez lo haría. O tal vez le iría mejor si se enfrentara a la mala pécora de su novia e hiciera algo con su vida. —Julie se rio—. Puede que mi vida sea un completo caos, pero al menos lo intento».

«La primera parte es cierta».

Julie negó con la cabeza.

«Eh, que yo no pedí que me reclutaran y me obligaran a cumplir las órdenes de Kaplan si no quería morir, ¿sabes? —Suspiró—. Aunque no es que mi vida estuviera resuelta antes de entrar en la Agencia».

«Admítelo —Hat se rio con ella— estás disfrutando de tu nuevo mundo».

«Quizá lo haría si no fuera porque hay una guillotina que pende sobre mi cabeza. —Desplegó las sábanas—. Es agotador, ¿sabes?».

Él no dijo nada.

«Buenas noches, Hat». Julie se metió en la cama y se subió las mantas hasta los hombros.

«Buenas noches, Julie».

Cerró los ojos, se dio la vuelta y se quedó dormida casi al instante. No vio que Hat se transformaba en un anticuado casco de policía y la observaba a la luz de la luna.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, el motor de Genevieve rugió mientras Julie aceleraba por la carretera, con los nudillos blancos en el volante. Sus ojos se clavaron en el velocímetro, donde la aguja marcaba que iba a setenta kilómetros por hora.

—¿Por qué me has dejado dormir hasta tan tarde? —graznó.

La bonita boina morada del asiento del copiloto se crispó.

«Estabas cansada».

«Sí, ¡y ahora llego tarde al trabajo, que podría matarme si no rindo!».

«No llegas tarde —señaló Hat—. Solo llegas un poco menos temprano de lo que querías».

Julie redujo la velocidad, pisó el freno en una señal de *stop*, giró con brusquedad y pisó el acelerador. Genevieve avanzó a toda velocidad, con los neumáticos chirriando.

«Oh. —Hat habló un segundo antes de que se escuchara el sonido de una sirena—. Tenemos compañía».

Julie entornó los ojos por el retrovisor y vio unas luces azules que giraban. Apretó los dientes

y redujo la velocidad.

«Te he dicho que esta era una zona de máximo cincuenta», refunfuñó él.

—¡También has apagado mi teléfono y no me he despertado a las seis! —ladró Julie en voz alta.

Un motor más pequeño silbó a su lado y ella dio un grito ahogado, agarrándose al volante mientras un sedán negro y liso se deslizaba por la carretera. La sirena que tenía detrás aulló cuando el policía la adelantó y persiguió al sedán negro.

Julie sintió que sus hombros se relajaban, aunque soltó el acelerador.

«Mierda. Ha estado cerca».

«Tal vez deberías conducir con un poco más de cuidado», sugirió Hat.

«No me digas. —Julie frunció el ceño—. ¿Soy solo yo, o ese coche está recibiendo mucha atención de la policía?».

«Chica, llevo años metido en un almacén. ¿Cómo quieres que lo sepa?».

«Cierto. —Julie se encogió de hombros—. Tendré que preguntarle a Lillie. Ella dijo algo acerca de ser una rebelde».

Llegaron al largo camino de la urbanización de Taylor de una pieza y, para sorpresa de Julie, cuando llegó a la puerta, se abrió de golpe. Condujo hacia delante, entrecerrando los ojos para ver la mansión, que aún tenía ese aspecto falso y borroso. Una barrera y la caseta del guarda estaban al otro lado de la verja. Se detuvieron y un corpulento elfo del éter, con un sospechoso bulto en la cadera derecha, se acercó al coche y golpeó la ventanilla.

Julie la bajó.

—Hola. Soy la compañera de trabajo de Taylor. Vengo a recogerlo.

—Es ella, Víctor. —Taylor pasó rozando al voluminoso elfo y se dirigió a la puerta del pasajero, pero él lo agarró por el brazo.

Y no lo soltó.

—Protocolo de seguridad, su alteza.

—¿En serio? —Julie levantó las cejas. Cogió la boina morada y se la puso en la cabeza.

«Los elfos del Éter son un poco paranoicos», le dijo Hat.

«Ya veo».

El elfo la miró de arriba abajo y luego caminó alrededor de Genevieve, inspeccionándola.

—¿Qué se supone que haces? —exigió Julie

Víctor la miró con odio.

—Control de seguridad, señora. —Ella esperó alguna otra explicación, pero no obtuvo más que un—: Salga del coche, por favor. —Víctor retrocedió.

—¿Qué vas a hacer, desnudarme? —Julie abrió la puerta.

—Solo tengo que hacerle algunas preguntas, señora.

—¿Cuáles son mis intenciones para con su hija? —Julie levantó una ceja.

«Muy buena», se rio Hat.

—Nombre completo y apellido. Nombre verdadero, por favor. —Víctor había sacado una carpeta de alguna parte.

—Te diré el mío si tú me dices el tuyo.

Víctor la miró fijamente.

—Víctor Barkhands.

—Bien. Julie Meadows. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué pasa con Taylor?

—Julie —gimió él.

—Soy su guardia de seguridad, señora. Quiero mantenerlo a salvo. —Víctor garabateó en su

portapapeles—. ¿Destino?

—Desayuno. Y luego nos vamos a reclutar paranormales. —Julie levantó la barbilla—. Entonces, ¿de dónde eres, Víctor?

—De las catacumbas Éter, en Eslovenia, señora.

—Eslovenia, ¿eh? Me parece sospechoso.

«La verdad es que no. Los elfos etéreos suelen vivir bajo tierra, y Eslovenia tiene un extenso sistema de cuevas que alberga toda una colonia de elfos», le dijo Hat.

—Ah, ¿sí? —Víctor enarcó una ceja.

—Oye, denúnciame. —Julie extendió las manos—. Solo trato de asegurarme de que no eres un espía de otra familia. Podrías estar tendiéndome una trampa para hacerle algo malo a un príncipe.

Víctor suspiró, bajando su portapapeles.

—Mi familia ha servido a los Woodskins durante dieciséis generaciones.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros—. Si solo intentas proteger a Taylor, estaré encantada de ayudarte.

Él le dirigió otra larga mirada.

—Bienvenido a mi vida, Víctor —resopló Taylor—. ¿Me puedo ir ya?

—Como desee, su alteza. —Víctor se marchó.

Taylor se metió dentro de Genevieve y dio un portazo mientras Julie se le unía.

—¿A qué estabas jugando? —preguntó él.

—Ah, solo quería hacerle pasar un mal rato al viejo de Vic. —Julie dio la vuelta al coche.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Te trata como a un prisionero.

Taylor hizo una mueca.

—No es tan malo como con mis hermanos mayores. El príncipe heredero casi nunca sale del recinto.

—Sigo pensando que no es justo. —Julie aceleró por el camino—. Entonces, ¿dónde quieres ir a desayunar?

—No tengo ni idea. —Taylor se volvió ligeramente gris—. No salgo mucho.

Julie sonrió.

—Pues te llevaré a tomar el mejor desayuno de la ciudad.



TAYLOR SE QUEDÓ MIRANDO el envase de cartón que Julie le puso en las manos.

—¿Qué es esto?

Ella le condujo a un banco de un pequeño y descuidado parque de Brooklyn. El camión de comida estaba en la esquina. Aromas dulces, cremosos y grasientos llenaban gloriosamente el aire que lo rodeaba. Ella levantó su recipiente de cartón hasta la nariz e inspiró hondo.

—Ya te lo he dicho —respondió—. Este es el mejor desayuno de la ciudad.

—Sí, pero ¿qué es? —Taylor cogió su tenedor de plástico cuando se sentaron y pinchó aquella monstruosidad.

—Es un gofre belga con nata, fresas, dulce de leche, sirope, trocitos de caramelo y nueces. No eres alérgico a las nueces, ¿verdad?

—Las nueces son el alimento ancestral de mi pueblo. —Taylor olfateó—. Nunca he tomado... comida callejera.

—Y por eso sé que no has vivido. —Julie le dio un bocado a su gofre y gimió de placer.

«¿Quieres saber cuántas calorías tiene eso?», preguntó Hat.

«No. No quiero saberlo». Julie tomó otro bocado.

«Deberías saberlo. No vas a vivir para siempre, ¿sabes? Eso es una futura diabetes en estado puro», protestó Hat.

«Shhh». Julie se llenó la boca de azúcar.

Taylor cogió un tenedor y lo mordisqueó con desconfianza. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Vaya —gimió con la boca llena.

—¿Verdad? —Julie se rio—. Está bueno, ¿no?

Taylor dio un enorme mordisco y se manchó el labio superior de nata montada. Sus ojos se cerraron en éxtasis.

Julie lo dejó disfrutar de la mayor parte del gofre en silencio antes de ponerse manos a la obra.

—Bueno, vamos a hablar claro. Ayer metí la pata con el kelpie.

Taylor se encogió de hombros, secándose el labio superior con una servilleta de papel.

—Eso no importa. Tenemos que ponernos a trabajar en los otros. ¿A por quién quieres ir primero, a por la cambiaformas o a por el orco?

—¿Quién te parece la apuesta más segura? —preguntó Julie. Suspiró, su apetito disminuía mientras las náuseas se agolpaban en su vientre—. Solo tengo hasta mañana. Espera... —Se tensó—. ¿Cómo funciona el papeleo? ¿Lleva mucho tiempo?

—No lo sé —admitió Taylor—. Yo... nunca he fichado a nadie.

Su piel se volvió ceniza otra vez.

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo llevas reclutando para la Agencia?

Taylor se encogió de hombros.

—¿Un año?

Julie se frotó la nuca con una mano.

—Yo no puedo darme ese lujo.

—Lo sé. —Taylor apartó la mirada—. Hat debe saber cómo va el papeleo.

«No te preocupes —la tranquilizó Hat—. No lleva mucho tiempo. Solo tienen que firmar el formulario de los archivos que tienes ahí, Julie. Es un formulario mágico que no pueden tocar si están bajo la influencia de magia que controla la mente, como la hipnosis. Deben firmarlo ellos mismos o, si son demasiado jóvenes, tienen que hacerlo sus tutores. Luego hay que cargarlo en la base de datos de la Agencia».

—De acuerdo. —Los hombros de Julie se encorvaron y dejó su gofre a un lado—. Espera, ¿por qué iba a fichar a un menor? ¿Qué va a hacer un crío en la Agencia?

—La mayoría de edad legal varía de una especie a otra —explicó Taylor—. Por ejemplo, tu amigo Malcolm Nox. Aún no es mayor de edad, aunque tenga cuarenta y cinco años.

—¡Cuarenta y cinco! —Julie parpadeó—. No parece tener más de diecinueve.

Taylor se encogió de hombros.

—Pues no preguntes cuántos años tengo.

Julie no quería saberlo.

—Entonces, si quisiera que Malcolm firmase, ¿tendría que hacerlo Julius en su nombre?

«Es un buen resumen —admitió Hat—. Resulta que hasta usas el cerebro».

—Gracias. Creo.

—Ha sido un cumplido que nunca pensé que oiría —añadió Taylor.

«Hablabas con la señora. —El sombrero olfateó—. El jurado sigue deliberando en lo que a ti respecta».

Taylor sacó la lengua, se levantó y tiró el recipiente vacío a un cubo de basura cercano.

—Volviendo a tu pregunta, Julie, creo que es mejor que empecemos por la cambiaformas. El orco podría ser más difícil de convencer. Parece que es un tipo duro.

—Ah, genial. —Julie resopló y tiró su gofre a medio comer. Se apresuró hacia Genevieve—. Me van a superar en fuerza y en belleza.

«Como de costumbre», se burló Hat.

El GPS los condujo al corazón de los suburbios de Staten Island. Mientras Genevieve avanzaba por una calle sombreada por árboles de delicadas hojas verdes primaverales, Julie echó un vistazo a las elegantes casas que había a ambos lados. Estaban rodeadas de césped verde y aceras anchas, con gente que paseaba perros o bebés en cochecitos. En el exterior de una casa había una cama elástica en la que saltaban niños.

—Este lugar es muy bonito.

Taylor miró a su alrededor.

—Mejor que Brooklyn, de todos modos.

—¡Eh, me gusta mi casa!

Él enarcó las cejas.

—¿Vives en *Brooklyn*?

—Lo dices como si fuera un mal barrio o algo así —murmuró. Taylor se encogió de hombros y ella señaló a su alrededor—. Aunque crecí aquí.

—¿Qué? ¿En serio?

—No en esta parte de Staten Island, obviamente. —Se rio—. Crecí en West Brighton. No es como los suburbios, pero tampoco es muy diferente.

—Oh. —Taylor se quedó mirando las casas como si no supiera qué decir.

—Es raro conocer a parte del pueblo llano, ¿eh? —se burló Julie.

Él sonrió con timidez.

—Lo siento. No quiero ser esnob ni nada de eso.

—No lo eres. —Se rio—. Solo un poco raro.

Dejaron atrás los suburbios y pasaron por varias tiendas antes de llegar a un viejo y destartado centro comercial. El edificio estaba rodeado de cinta de peligro, paneles de alambrada y señales de «PROHIBIDO EL PASO: EDIFICIO EN OBRAS». Aparcaron a Genevieve al otro lado de la calle y Taylor y Julie se sentaron a mirarlo.

—¿Por qué lo están demoliendo? —preguntó—. Se ve bien por fuera.

—No lo están haciendo —explicó Hat—. Están derribando las paredes interiores. Lo van a convertir en un aparcamiento para un nuevo centro comercial.

—Ah. —Julie se limpió las palmas húmedas en sus preciosos pantalones púrpura.

—¿Cómo vamos a entrar? —Taylor echó un vistazo a una oficina provisional que habían levantado en la esquina del solar. Un hombre fornido con casco estaba en la puerta, de brazos cruzados, hablando con un par de adolescentes boquiabiertos. Les hizo un gesto brusco para que siguieran su camino.

Julie se frotó la barbilla.

—Creo que tengo una idea. —Se quitó la boina morada—. Oye, Hat, ¿puedes convertirte en un casco de seguridad?

—¿El qué? —resopló él.

—Un casco como ese. —Señaló al jefe de obra, o lo que fuera.

—Uf. Qué ordinario —suspiró Hat.

—Vamos. ¿Por mí?

—Vale, bien. —¡Puf! Julie sostenía un casco de plástico amarillo exactamente igual a los que llevaban los albañiles que se movían por la obra. Con un segundo puf, más pequeño, apareció un gran corazón rosa en la parte delantera.

—¡Tío! ¿Por qué? —gimió Julie—. Para.

—Ya es bastante malo que tenga que ser un casco. Al menos podría ser uno divertido —replicó Hat.

—Bueno, da igual. —Julie se puso a Hat y empujó la puerta—. Tendremos que encontrarte uno, Taylor.

—Déjame eso a mí. —Taylor sonrió.

Cruzaron la calle y ella echó los hombros hacia atrás, pavoneándose con todo el descaro de que era capaz. Se acercó al jefe de obra cuando estaba a punto de volver a la oficina.

—Disculpe, señor —lo llamó—. Estamos aquí para ver a Sheila Johnson.

El director enarcó una ceja, sus ojos se detuvieron en Hat.

—¿Y usted es...?

—Eso es irrelevante. —Julie levantó la barbilla—. Tenemos que entrar. Ahora. —Por el rabillo del ojo, vio que un casco se levantaba de un montón en la esquina de la oficina y flotaba suavemente hacia la mano extendida de Taylor.

El encargado suspiró.

—Señora, esto es una obra de demolición. No va a entrar nadie.

A Julie le dio un vuelco el corazón. ¿Se iba a repetir la historia del kelpie? ¿También iba a salir derrotada? La presión del tiempo se deslizó más allá de ella. Los segundos se escurrían sobre su piel, y...

—No creo que quiera interponerse en nuestro camino. —La voz grave e importante detrás de ella la hizo sobresaltarse. Se quedó boquiabierta cuando Taylor dio un paso al frente, mostrando su placa de identificación de la Agencia demasiado rápido como para leerla.

Los ojos del jefe se abrieron de par en par.

—¿Quiénes son ustedes?

—Digamos que no quiere cruzarse con nosotros. —Taylor se pasó una mano por la cadera, como si estuviera armado—. Tenemos que hablar con la señorita Johnson ahora mismo.

—¿Por qué? —El director dio un paso atrás—. ¿Qué ha hecho?

—No pasa nada —dijo Julie enseguida—. Pero es importante que la veamos cuanto antes.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó el director.

—Es información clasificada. —Taylor metió su identificación dentro de su chaqueta negra bien cortada—. Ahora, ¿va a seguir obstruyendo nuestra investigación o va a cooperar?

El director estaba sudando.

—No sabía...

—Le sugiero que busque a Sheila Johnson. De inmediato —ordenó Taylor.

—Vale. Vale. Ahora vuelvo. —El director se dio la vuelta y corrió hacia la obra, mirando nerviosamente por encima del hombro mientras avanzaba.

—Gracias. —Los hombros de Julie se desplomaron—. ¿Cómo has hecho eso?

Taylor se encogió de hombros, moviendo la mejilla para reprimir una sonrisa.

—Ser importante es solo actuar. Es todo lo que hace la realeza: actuar.

—Creía que no eras importante —se burló Julie.

—Yo no. —Los hombros de Taylor se hundieron y apartó la mirada.

—Lo siento. —Se mordió el labio—. No quería decir...

La sonrisa despreocupada de Taylor rebotó con facilidad.

—Tranquila, no pasa nada.

«Bueno, esto es incómodo», comentó Hat.

Antes de que pudiera decir algo más, una mujer se dirigió hacia ellos. Era mucho más alta que Julie y vestía un mono sin mangas que dejaba ver unos músculos marcados bajo una piel bronceada. Sus ojos marrones eran grandes y amables, y se movía con una gracia pesada y poderosa. Esos ojos se posaron en Taylor unos instantes más de lo necesario y luego se dirigieron a ella.

—¿Qué es todo esto? —Frunció el ceño hacia Julie.

—¿Es usted Sheila Johnson? —preguntó Taylor

La mujer lo miró, tomándose su tiempo para recorrer de arriba abajo su esbelta figura.

—Sí.

Julie mostró su identificación de la Agencia.

—Solo queremos hablar contigo un momento.

Sheila enarcó las cejas.

—Eres humana.

«Ya estoy cansada de escuchar lo mismo».

—Solo necesito unos momentos de tu tiempo —dijo Julie en voz alta.

Sheila se encogió de hombros de manera amistosa.

—De acuerdo.

—¿Podemos hablar en privado? —sugirió Julie.

—No muy lejos. El jefe no estará contento si desaparezco.

—Podríamos quedarnos junto al coche. —Taylor hizo un gesto—. Nadie nos escuchará allí.

Cruzaron la calle y Taylor se apoyó en Genevieve, observando cómo Julie se giraba hacia Sheila. Sin embargo, antes de que hablase, la fornida cambiaformas la escudriñó con curiosidad.

—En serio. ¿De verdad eres de la Agencia? ¿Y eres humana?

—Sí, lo soy —suspiró Julie—. No es para tanto.

—En realidad, nunca he oído hablar de un ser humano en la Agencia. —Sheila parpadeó—.

¿Es humana de verdad? —Se volvió hacia Taylor.

Él le dedicó una sonrisa radiante.

—Oh, sí. Tan humana como puede llegar a ser. Están probando algo nuevo. —Hizo una mueca.

«Es increíble que piense que conoce tu especie mejor que tú». Hat soltó una risita.

«Shhh. Tengo que concentrarme», siseó Julie.

—¿Probando algo nuevo? —preguntó Sheila—. ¿Qué quieres decir?

Julie interrumpió.

—Me pondré a ello. —«No puedo perder más el tiempo»—. Sheila, somos reclutadores de la Agencia ParaMilitar y pensamos que serías una excelente candidata.

La cambiaformas enarcó las cejas.

—¿Yo? ¿En la Agencia? —Se cruzó de brazos, los bíceps sobresalían—. No estoy segura.

—Creemos que tienes potencial para ser mucho más que una obrera de construcción. —Julie

sonrió—. Tienes puntos fuertes que la Agencia necesita.

Un poco de adulación servía de mucho. Sheila desplegó los brazos.

—Te escucho, pero me gusta mi trabajo.

—Puede que sí, pero ¿cuánto te pagan? —Julie buscó el formulario de contratación y lo extendió, intentando que no le temblara la mano. Tocó la cifra al final de la página—. Estoy segura de que esto te interesa.

Sheila aspiró y se pasó una mano por la nuca.

—Eso *está* mucho mejor, pero, bueno, no soy muy luchadora.

—Te daremos formación, por supuesto. —Julie respiró hondo y se obligó a mantener la sonrisa.

—Sí, ya. No sé si se puede entrenar a alguien para ser un luchador si no lo es. —Sheila cambió su peso de un pie gigante al otro.

«Parece capaz de atravesar un muro de ladrillos, así que se puede comer a los malos con patatas —se rio Hat—. ¿Qué quiere decir con que no es una luchadora?».

—Los agentes de ParaMilatar son más que combatientes —añadió Taylor—. Son guardianes de la paz.

—No estoy segura. —Sheila echó un vistazo al lugar de la demolición—. Sin embargo, no te equivocas. Me siento... estancada.

—Tal vez esto te dé sentido al propósito que has estado buscando —sugirió Julie.

—Tal vez. —Sheila soltó una carcajada corta—. Me sorprende que alguien *me* lo pida. —Volvió a mirar a Taylor y sus mejillas enrojecieron.

«¿Por qué? Debes tener noventa kilos de puro músculo». Julie decidió callárselo.

Taylor sonrió, encogió los ojos y habló.

—Serías un gran activo para la Agencia. Sé que lo serías.

—De acuerdo. Mira, tengo que volver al trabajo y no estoy segura. —Los ojos de Sheila estaban pegados a Taylor—. Quiero pensarlo. ¿Podrías darme una tarjeta?

El corazón de Julie cayó en picado y se palpó los bolsillos. ¡Una tarjeta! ¿Por qué no se le había ocurrido coger una?

Taylor hizo un elaborado movimiento con la muñeca derecha y se materializó una en su palma. Sheila soltó una risita muy aguda al cogerla.

—Sé que eres un hombre con mucho talento.

—No con tanto talento como tú tendrías como agente —ronroneó Taylor.

—Te llamaré —dijo Sheila.

—Cuento con ello. —Taylor guiñó un ojo.

Titubeando de nuevo, Sheila cruzó la calle y Hat estalló en carcajadas en la cabeza de Julie.

«¿Cuento con ello?». Se rio entre dientes.

—Anda, cállate. —Taylor se volvió gris—. Ha funcionado, ¿no?

—Oye, yo no digo nada. —Julie levantó las manos—. El Capitán dijo que prometiéramos lo que hiciera falta.

—¡No soy un pedazo de carne! —argumentó Taylor

Julie abrió la puerta del conductor.

—Eso lo podríamos discutir.

—Además —añadió Hat—, podrías conseguir a alguien mucho peor que una gigante de dos metros con una carita amable.

Taylor los fulminó con la mirada.

—Este príncipe no busca princesa en este momento, gracias.

—¿Por qué no? Necesitas que te rescaten de lo más alto de la más alta torre —se burló Julie. Taylor resopló.

—Corta el rollo y vamos a comer y a buscar a ese orco tuyo. No voy a hacer de cebo para más reclutas, ¿vale?

Julie se sentó en el lado del conductor y tecleó la dirección en el GPS de su móvil.

—Es una pena. Aunque todavía no estoy dispuesta a hacer un *striptease*, estoy dispuesta a dejarte bailar en la barra si eso te ayuda. —Sus mejillas se colorearon y se tapó la boca con la mano—. ¿He dicho eso en voz alta?

Taylor se dobló por la mitad, riéndose a carcajadas.

Taylor sacó un *smartphone* mientras se alejaban de la zona de construcción.

—Esta vez, elijo el restaurante.

—Espera, ¿no te ha gustado el desayuno? —Julie se quedó mirándolo—. ¿Y tienes móvil?

—Claro que tengo teléfono. Estamos en el siglo XXI. —Taylor tecleó con tranquilidad.

—Creía que los paras no podían conectarse a Internet por motivos de seguridad.

—Ah, no nos permiten tener redes sociales como paranormales. —Taylor sonrió—. Mientras mantengamos una conversación estrictamente humana, podemos usar Internet como cualquier otra persona. Lo único que quiero es poner la dirección de un buen sitio para comer a las afueras de Brooklyn.

—Te busqué en Facebook, pero no te encontré por ningún lado.

—¿En serio? ¿Me querías acosar por Facebook? —Taylor levantó la vista de su teléfono.

—No de esa forma. —Julie le dio un empujón juguetón.

—Bueno, no puedo usar mi nombre de elfo del éter, ¿verdad? —Taylor colgó el teléfono—. De todos modos, te va a encantar este lugar.

—*En doscientos metros, gire a la izquierda* —anunció el GPS.

—Bien. —Julie se reclinó, apretando los puños sobre el volante—. No estoy segura de tener mucho apetito, de todos modos.

—Has hecho buenos progresos con Sheila. —Taylor sonrió—. Nunca se sabe. Tal vez firme antes de mañana por la tarde.

—Sí, pero no puedo contar con eso. —Julie giró el cuello y trabajó los nudos apretados de sus hombros—. Desde luego, no pienso jugarme la vida a esa carta.

El GPS guio a Julie por el puente, de vuelta a Brooklyn, y la hizo detenerse en el aparcamiento de un pequeño restaurante con vistas a Lower Bay. Ella miró a su alrededor y apreció las vistas mientras Taylor la acompañaba al interior. Estaba decorado en azules y verdes marinos, y salpicado de anclas oxidadas y viejos cañones, cada uno con una placa histórica al lado. El olor salado del pescado fresco llenaba el aire.

—Bienvenida al Stacy's Seafood —anunció Taylor, que condujo a Julie a un balcón con vistas a la playa.

—Me sorprende que conozcas la escena gastronómica de Brooklyn. —Julie se sentó, tratando de no pensar en lo tarde que era.

«Queda un día y medio».

Taylor sonrió.

—Hay muchas cosas de mí que podrían sorprenderte.

Una mujer corpulenta les llevó la carta y panecillos de ajo. Taylor masticó el suyo con

energía, y Julie bebió un sorbo de agua, mirando el menú sin interés.

—Tomaré lo mismo que tú.

—Vamos, Julie. —Taylor empujó la carta hacia ella—. Todo irá bien. Conseguiremos a alguien.

—Tendremos que hacerlo. —Julie puso el sombrero sobre la mesa y se pasó una mano por el pelo—. Debería haber traído el archivo de ese orco para revisarlo.

—Ya lo has memorizado. —Taylor señaló—. Ya sabes qué decirle.

Ella asintió.

—Pondré el foco en sus habilidades de boxeo. Le diré que hay una manera de usarlas para el bien. Mejor que la de participar en apuestas, de todos modos.

—Exacto. —Taylor se encogió de hombros—. Oye, si todo lo demás falla, podrías reclutar a cualquiera que encuentres por la calle.

—¿Es una opción? —Julie enarcó una ceja.

—Por supuesto que lo es.

—Creía que no se me permitía obligar a nadie. Se supone que firman por voluntad propia.

«Técnicamente, tú también —contribuyó Hat—. Luego resultó que eras humana».

—Eso no tiene sentido. —Julie negó con la cabeza—. ¿Cómo es posible que reclutar a alguien le permita usar su libre albedrío?

—Bueno... —Taylor hizo una mueca—. Como dice Hat, si hubieras sido una elfa o una cambiaformas o un orco o cualquier otra cosa que no fuera humana, Kaplan no podría haberte obligado a convertirte en reclutadora.

Julie lo miró fijamente.

«El anuncio de que estabas reclutada era una treta —explicó Hat—. Querían asustar a la gente para que fuera a desayunar a la Agencia y que así los reclutadores pudieran practicar sus discursos. Kaplan estaba desesperado».

—Eso me dice todo el mundo. —Julie se pasó una mano por la cara—. Así que dices que, si hubiera tirado esa carta a la basura, ¿nada de esto habría pasado?

Taylor compuso un gesto de dolor.

—Sí. Lo siento.

Julie se quedó mirando el mar. Si hubiera tirado la carta, la amenaza de una futura decapitación no pendería sobre su cabeza. Estaría a salvo en su apartamento, leyendo algo. Sin saber que existían los elfos y los orcos, ni tener idea de que Lillie tenía un coche llamado Genevieve o que había sombreros parlantes, vampiros y príncipes elfos en su mundo.

—¿Estás bien? —Taylor la miró.

—Estoy bien. —Julie cuadró los hombros—. Solo pensaba en todo esto.

—Podríamos mecanografiar e imprimir un anuncio como el tuyo, enviarlo esta tarde y reunir a algunas personas para desayunar mañana por la mañana —sugirió Taylor.

«Me llevaría diez minutos —se ofreció Hat—. Podría hacerlo ahora mismo».

Julie sacudió la cabeza antes de que él terminara la frase.

—Esta mierda de redacción no es más que un plan de *marketing* de multipropiedad. ¡No voy a engañar a la gente para que tomen esta decisión como lo hice yo!

«¿Aunque te cueste la vida?».

—Estoy en este aprieto porque los trolls me «reclutaron». —Julie resopló—. Es deshonesto, y está mal. No se lo haré a otra persona.

—Los paras no estarían obligados a ser desmentalizados. —Taylor levantó las manos—. Podrían irse sin más.

—No. —Julie sacudió la cabeza de manera violenta—. No voy a asustar y mentir a la gente. Está mal.

La camarera llegó con los refrescos que habían pedido. Taylor pidió calamares y patatas fritas.

—Lo mismo para mí —murmuró Julie.

Cuando la camarera se hubo marchado, Taylor se inclinó hacia ella.

—¿De verdad quieres que te... liquide? —siseó.

Julie abrió la lata y se sirvió el refresco en el vaso para tener las manos ocupadas.

—Creo que la gente debería unirse a la agencia por las razones adecuadas, ya sea por lealtad a sus ideales o porque quieren aprender o crecer, no porque alguien les coaccione.

«Te has tomado en serio a Julius, ¿verdad?», Hat se rio entre dientes.

—¿Julius? —Taylor frunció el ceño—. ¿De qué está hablando?

—Te lo explico más tarde. —Julie suspiró—. Taylor, no quiero que me despidan, pero lo prefiero a engañar a algún pobre idiota para que se una a la Agencia y que lo asesinen en el cumplimiento del deber o lo que sea. Todo por *mi* mala ética. No me educaron para hacer mierdas así.

«Eso está claro», comentó Hat.

Taylor se sentó, ignorando su refresco. Sintió sus ojos oscuros clavados en ella y bajó la mirada a la mesa.

Pasó mucho tiempo antes de que él hablara.

—Si sirve de algo, es refrescante.

—¿El qué? —refunfuñó Julie

—Tu integridad. —Taylor finalmente se descongeló y se sirvió su propio refresco, dejando la pajita de plástico a un lado—. En la familia real, te enseñan a pensar así desde el día en que naces.

—¿Pensar como qué?

—Como un capullo a quien solo le importa el poder. —Taylor suspiró—. Nos enseñan que tenemos derecho a lo que queramos. Si algo no cae en nuestras manos, se supone que debemos cogerlo por cualquier medio necesario. Mantener el poder de la familia es la prioridad de nuestra existencia.

—¿Por qué no eres un completo idiota, entonces? —contraatacó Julie

Taylor sonrió.

—¿Eso ha sido un cumplido?

«Viniendo de Julie, es probable», se burló Hat.

—Responde a la pregunta —resopló ella.

Taylor se encogió de hombros.

—Sexto al trono, ¿recuerdas? Mis otros hermanos tenían toda la atención. Así que, para cuando mis tutores y mis padres llegaron a mí, estaban contentos de dejarme ver los dibujos animados por la mañana, siempre que no causara problemas.

—Así que te convertiste en un experto en no causar problemas —adivinó Julie.

—La invisibilidad era mi superpoder.

—Espera, ¿entonces no *puedes* volverte invisible? —Julie se puso una mano sobre el corazón, fingiendo asombro.

Taylor resopló.

—No, pero se me daba bien pasar desapercibido hasta que me asignaron a una pequeña humana que me trae de cabeza.

La llegada de unos calamares realmente excelentes puso fin a la conversación.



UNA HORA MÁS TARDE, Julie metió a Genevieve entre dos coches antiguos y destartalados y miró por la ventanilla.

—¿Es aquí?

—Sí. —Taylor echó un vistazo a la lúgubre carnicería—. Por desgracia.

—No es gran cosa —observó Hat.

Julie no pudo evitar darle la razón, aunque se sentía más a gusto en esa parte de Brooklyn que en el Stacy's Seafood. La estrecha calle estaba atestada de edificios. Algunos se alzaban por encima de ellos. Otros, como la hilera de tiendas a su izquierda, se apiñaban como por seguridad. Los grafitis salpicaban el callejón más cercano y eran el único color real de la calle. En una acera llena de basura, un vagabundo estaba acurrucado sobre un trozo de cartón y contemplaba el mundo con ojos ictericos que parecían mirar a otra dimensión.

Julie salió del coche y le dio un dólar. Apenas se dio cuenta.

—Aquí. —Taylor le agarró el brazo de forma protectora—. Aquí está la carnicería.

—Suéltame. —Julie lo sacudió—. No necesito un guardaespaldas.

—Lo siento. —Taylor se puso gris—. Es solo que este lugar es...

—Como mi casa —espetó ella—. Es igual que el barrio en el que vivo.

La cara de Taylor estaba pálida, y bajó los ojos a la acera.

—Lo siento.

«Nuestro principito está fuera de su ambiente», refunfuñó Hat.

«Solo un poquito». Julie miró con dureza a Taylor. No le había dado nada al mendigo.

«Tranquila, Madre Teresa. Está nervioso», le dijo Hat.

«¿Por qué lo defiendes?», exigió Julie.

«No es cierto. Solo digo que no sale mucho. —Hat se rio entre dientes—. No como algunos de nosotros».

«Eres el último que debería hablar. Te has pasado los últimos quién sabe cuántos años en un almacén».

—¿De qué habláis? —siseó Taylor

—De nada. —Julie miró el letrero sobre el mugriento escaparate—. Carnes Rossini —leyó.

—El orco se llama Stan Rossini. —Taylor echó un vistazo al archivo—. Suena a que vamos bien.

—De acuerdo, pues. —Julie cuadró los hombros, y entró.

La carnicería estaba vacía. Los grandes expositores de refrigeración zumbaban a los lados de la diminuta tienda, con carteles escritos a mano que proclamaban los bajos precios. Detrás del mostrador, a través de una puerta abierta de la cámara frigorífica, Julie vislumbró un montón de ganchos para la carne. El local olía a carne cruda, sal y especias.

—¿Hola? —llamó Julie, lo que hizo respingar a Taylor.

Una enorme criatura salió de la cámara frigorífica con un fuerte gruñido. Ninguna película de fantasía podría haber preparado a Julie para la aparición de Stan Rossini. Sus hombros encorvados eran tan anchos que su mugrienta camiseta blanca apenas los cubría. Un delantal ensangrentado le tapaba el ancho vientre y llevaba un trozo de jamón en una mano y un cuchillo de carnicero en la otra. La hoja brillaba bajo la tenue luz del sol que se filtraba por las sucias ventanas.

«¿Asustada?», se burló Hat.

Julie lo ignoró y respiró con lentitud mientras Stan colgaba el jamón, que después se apoyó en la encimera y dejó el enorme cuchillo. Los brazos desnudos del orco estaban cubiertos de tatuajes. El más prominente, en su bíceps izquierdo, mostraba una caricatura de Tolkien con un círculo rojo y un tajo que oscurecía el rostro del autor.

«Qué sacrilegio», pensó Julie.

«Oye, no puedes culpar a los orcos de que no les guste su representación en sus libros», señaló Hat.

«Pero Tolkien no sabía que eran reales». Julie defendería a muerte a su escritor favorito.

Levantó la mirada hacia el rostro del orco, cincelado con altos pómulos. Sus ojos ardían dorados.

—¿En qué puedo ayudarle hoy? —preguntó con un rico y perfecto acento neoyorquino.

Era lo último que Julie esperaba que dijera. Tartamudeó unos instantes antes de que le salieran las palabras.

—Eh, buenas tardes. En realidad, no estamos aquí para comprar. Queremos hablar con usted.

Los ojos de Stan se entrecerraron al posarse en Taylor.

—¿Sois de la Agencia?

—Sí, así es. —Julie sacó su tarjeta y se la enseñó.

—Bueno, no he hecho nada malo, y no he visto nada. —Stan volvió a coger el cuchillo—. Así que, a menos que quieran chuletas de cordero o carne picada, les sugiero que se larguen.

—No somos agentes. —Julie forzó una sonrisa—. Somos reclutadores. Según su expediente, señor Rossini, sería un recluta perfecto.

Stan soltó una carcajada.

—¿Yo? ¿En la Agencia? Pierde el tiempo, señora.

—Usted es uno de los mejores boxeadores de la ciudad —insistió Julie.

—Sí, bueno, no es difícil vencer a los humanos. —Stan enarcó una ceja mientras la miraba. Luego cogió el jamón, lo dejó sobre una losa de mármol y empezó a trinarlo. El cuchillo recorrió la carne fría como si fuera mantequilla.

—Aun así, sus habilidades podrían ser muy útiles para la Agencia y el Trono de la Eternidad. —Julie dio un paso adelante.

—¿Trono de la Eternidad? —resopló Stan—. ¿Qué han hecho las hadas lunares por mí? ¿Qué hicieron por mi abuelo cuando vino del Amazonas, persiguiendo el sueño americano, y unos vampiros lo mataron a tiros en su propia tienda?

—Podría cambiar eso —respondió Julie—. Podría ser un agente que cuida de los suyos.

—No. No podría. —Stan volvió a clavar el cuchillo en el jamón—. Los agentes son solo marionetas de la Agencia. No me interesa la política. Los líderes van y vienen. A la gente de verdad, como yo, solo nos queda mirar por nosotros mismos.

—Crea lo que crea, no puede discutir el salario. —Taylor mostró a Stan la cifra del formulario de firma.

El orco resopló.

—Una cifra muy bonita, sin duda, pero ¿de qué me servirá el día en que su majestad estire la pata y nos veamos inmersos en una guerra dinástica? Prefiero estar aquí, en la tienda, que atrapado en el Ejército cuando eso ocurra, gracias.

—Para eso podrían faltar décadas —replicó Taylor—. Este contrato es solo por tres años.

—Claro. —Stan soltó una carcajada—. Si pasa algo en los próximos tres años, estás atrapado hasta que cambie la dinastía, o estás muerto. Gracias, pero no. Gracias.

El orco se dio la vuelta y empaquetó el jamón troceado en una bolsa de plástico. Julie se adelantó.

—Podría mejorar su formación militar —era un intento desesperado—, cambiar su vida.

—Podría *acabar* con mi vida —espetó Stan. Metió el extremo de la bolsa en una envasadora al vacío y se volvió hacia ellos mientras el zumbido de la máquina sacaba el aire—. Déjelo, señora. Está perdiendo el tiempo.

«Lo que no sabe es que, si no firma, podría acabar con mi vida». Suspiró.

—Vamos, Julie. —Taylor la agarró del codo y la condujo hacia la puerta, lanzando una última mirada al orco—. Este es una causa perdida —añadió en voz alta.

—No —gruñó Julie—. No es su culpa.

Salieron y Taylor miró nervioso a Genevieve, como si esperara que ya no estuviera. Se pasó una mano por el pelo de camino al coche.

—Encontraremos otro candidato.

«Ya estoy haciendo una búsqueda —les dijo Hat—. Podemos volver a la Agencia y reunir algunos expedientes más para mañana».

—Mañana es el último día que tengo. —Julie se deslizó en el asiento del conductor, agarró el volante y apoyó la frente en él con un gemido.

—Pueden pasar muchas cosas en un día. —Taylor entró en el asiento del copiloto—. Conseguiremos a alguien. Tendremos que hacerlo.

—Sí. —Julie suspiró—. Tienes razón.

Parpadeó para disipar el cansancio que le picaba en los ojos y arrancó a Genevieve; luego condujo de vuelta hacia Staten Island en medio de un tráfico cada vez más denso. En la radio sonó Pink y Julie subió el volumen. El coche retumbaba, y nadie dijo una palabra.



LA FRENÉTICA BÚSQUEDA de la tarde solo había dado como resultado un mísero expediente. Cuando miró por el retrovisor, Julie lo vio tirado en el asiento trasero. Era un archivo normal, con la fotografía de una chica rubia guapísima pegada con un clip en la parte delantera, y era difícil de creer que contuviera su última esperanza de sobrevivir.

Julie ahogó un bostezo al detener a Genevieve frente a la puerta de la urbanización élfica. Taylor salió y se detuvo para mirarla.

—Oye, ¿estás bien para conducir a casa?

—Estoy bien. Un poco cansada. —Julie se frotó las sienes—. Tenemos que fichar a alguien mañana, Taylor.

—Lo haremos. Quiero decir, DumbleDork ha descubierto una colmena de hadas en esa agencia tan conocida de modelos. —Taylor sonrió—. Seguro que quiere unirse. Toda su familia sirvió al Trono de la Eternidad. Lo lleva en la sangre.

—No parezcas tan emocionado por visitar una colmena de modelos feéricas. —Julie guiñó un ojo.

Taylor sonrió con timidez.

—Como quieras. ¿Nos vemos mañana a las seis?

—¿A las seis? —Julie levantó las cejas—. Mírate, tomando la iniciativa y todo.

—Sí, lo que sea. —Taylor sacudió la cabeza.

—Bueno, pues a las seis —aceptó Julie—. Nos vemos.

El tráfico se densificó mientras Julie conducía hacia Brooklyn. Se quitó la boina púrpura y la

colocó con cuidado en el asiento del copiloto, donde Hat se revolvió para ponerse cómodo.

—Ha sido un día muy largo. No he estado en una cabeza durante todo el día desde hace tiempo.

—Acostúmbrate —suspiró Julie—. O no lo hagas. Puede que ya no tenga cabeza mañana por la noche.

—No digas eso. —Hat se dio la vuelta para mirarla—. Mañana vas a fichar a alguien. Sé que lo harás.

—Más me vale. —Julie apretó el volante, y deslizó el vehículo por el puente tras una larga caravana de coches. Los bocinazos las rodeaban—. No sé qué hará mi madre si fallo —murmuró.

—Yo no me preocuparía por eso todavía —opinó Hat—. Aún tienes tiempo.

—Sí. Bueno. —Julie cogió la radio y cambió de emisora hasta que encontró una canción de rock con el tono adecuado y la puso al máximo.

«Sabes que eso no va a hacer que me calle, ¿verdad?», le informó él.

«Ahora no, Hat», gimió Julie, y él se calló.

Los altavoces de Genevieve seguían retumbando cuando giró por su calle. Bajó el volumen al entrar en el garaje, pero la puerta trasera estaba abierta y la luz azul del televisor parpadeaba en el salón.

—Vamos a saludar a Lillie —murmuró Julie, tirando de Hat.

Él, prudentemente, guardó silencio mientras ella cerraba la puerta del garaje y subía al salón. Asomó la cabeza al interior y vio a Lillie tirada en el sofá, encendiéndose otro cigarrillo, como de costumbre.

—Hola, Lillie —dijo por encima del volumen de la televisión.

Lillie cogió el mando a distancia, la silenció y miró a Julie. Sonrió.

—Hola, cielo. ¿Has tenido un buen día en el trabajo?

—Sí, ha estado bien —mintió Julie—. ¿Quieres que te prepare algo para cenar?

—No, estoy bien, querida. —La fina piel del ceño de Lillie se arrugó—. ¿Y tú? Pareces pálida.

Julie esbozó una leve sonrisa.

—He tenido un día muy largo, eso es todo.

—Es un ajuste, comenzar un nuevo trabajo —la calmó Lillie—. ¿Irás a casa este fin de semana?

«Puede que ya no viva este fin de semana». Julie apartó el pensamiento.

—Sí, supongo que sí.

—Ah, qué bien. Bueno, ¿por qué no hacemos algo divertido? —Los ojos de Lillie se arrugaron con su sonrisa.

Julie sonrió.

—¿Por qué no? ¿Qué tenías pensado?

—Quizá podríamos tener una buena cena. —Los ojos de Lillie se desviaron hacia la caótica cocina—. Podría limpiarlo todo, poner la mesa y cocinar algo que te guste.

—Te propongo un trato. Te ayudaré a limpiar la cocina, luego pediré algo de cenar, y puedes elegir una película.

A Lillie se le iluminaron los ojos.

—Eso suena maravilloso, querida. ¿El sábado por la noche, entonces?

—El sábado por la noche —aceptó Julie—. Duerme bien, Lillie.

—Dulces sueños, Julie.

Subió a rastras las escaleras hasta su habitación, puso a Hat en la mesa de la cocina mientras

encendía el hervidor y empezó a preparar la pasta para la cena. Gorro permaneció callado durante un tiempo inusualmente largo.

—Oye, ¿sigues vivo? —bromeó Julie

—Sí. —Hat resopló—. Pensaba que querías que me callara.

—Lo siento. Estoy cansada y estresada. —Julie vertió agua sobre la pasta y encendió el fuego—. Me sentiré mejor por la mañana.

—Lillie parece agradable —dijo Hat.

—Oh, sí. Es guay. Más guay de lo que pensaba. —Julie se rio—. Me pregunto qué película elegirá el sábado.

Hat se rio entre dientes.

—Algo me dice que no será *Sonrisas y lágrimas*.

—Sí, a mí también. —Julie bostezó—. Estoy deseando que llegue. Suponiendo que siga viva para entonces.

La idea pendía sobre su cabeza como una guillotina. Partió la pasta con una cuchara de madera. Hat guardó un llamativo silencio y Julie buscó su teléfono.

Hat se removió.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a llamar a mi madre.

—Pensaba que habías venido a la ciudad para *escapar* de tu madre.

Julie le lanzó una mirada asesina a Hat.

—Eso no significa que no la quiera.

Miró su teléfono y se dio cuenta de que había olvidado contestar los últimos mensajes de su madre. Una punzada de culpabilidad le perforó el estómago. Pulsó el contacto de su madre y se acercó el teléfono a la oreja.

Rosa contestó al primer timbrado.

—¡Juliiiaaaaa! ¡Cariño! Qué alegría saber de ti.

Julie apretó los dientes. La voz de Rosa, como siempre, le atravesó el cerebro como un misil.

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va el nuevo trabajo? —Rosa disparó una nueva tanda de preguntas—. ¿Ya has hecho nuevos amigos?

Julie se rio, incómoda.

—Supongo. Mi compañero es agradable.

—¡Cuéntamelo todo, cariño!

—¿Sabes, mamá?, estoy cansada. —Julie se frotó el puente de la nariz—. No quiero hablar de trabajo ahora.

—Ah, vale. Pero ¿va todo bien allí, cariño? —La voz de Rosa se suavizó.

Julie se hundió en la silla de la mesa de la cocina, mirando fijamente a la pared.

«No, no va bien. No sé si volveré a verte porque, si no consigo a alguien mañana, moriré».

—¿Julia? ¿Hola? ¿Estás ahí?

—Sí. Lo siento. Creo que se ha ido la cobertura un momento. —Julie forzó una sonrisa en su voz—. Sí, el trabajo está bien. De todos modos, cuéntame qué tal tu día. ¿Cómo está Ernesto?

—Es maravilloso como siempre, cariño. Deberías venir este fin de semana. Creo que Ernesto y tú podríais arreglar las cosas si pasáis más tiempo juntos. —Rosa se rio—. A él también le encanta leer, ¿sabes?

—Mamá, no hay nada que arreglar. Las cosas están bien entre nosotros.

—Siempre has parecido muy distante con él, Julie.

—Supongo que nunca he estado preparada para dejar ir a papá. —Julie se tragó el creciente nudo en la garganta.

—Bueno, cariño, ¿por qué nunca vienes al cementerio?

La pregunta hizo que Julie se detuviera. Cogió un trozo de pintura descascarillada que había sobre la mesa.

—Debería ir —decidió—. Tienes razón.

—¿Qué? —se burló Rosa—. ¿Yo, Rosa Hernández? ¿Tener *razón*?

Julie resopló.

—Basta, mamá.

—Vale, de acuerdo. ¿Por qué no vienes al cementerio conmigo el sábado por la mañana? Voy a ir de todos modos. Podríamos comer después. O cenar.

—Tengo planes para cenar. —Julie se mordió el labio—. Pero, sí, me gustaría comer contigo. «Si todavía estoy viva para el sábado».

—¡Maravilloso! —chilló Rosa—. ¡Estoy tan emocionada! Voy a pedir una nueva caja de zumo de aloe vera ahora mismo. He estado leyendo más sobre sus propiedades y creo que deberías aumentar su consumo diario, Julie. Tiene todo tipo de beneficios que te ayudarán en tu nueva carrera...

Julie abrió la boca para protestar, pero se quedó sentada, escuchando la voz de su madre. El sonido le trajo recuerdos de cuando era niña. Su madre siempre estaba intentando hacer jarabe para la tos con piña o hablándole a todo el mundo de las propiedades curativas de la cúrcuma, pero, al menos, siempre estaba *ahí*. En los banquillos de todos los partidos de fútbol y las competiciones de debate, sentada frente a Julie en la mesa incluso las noches en que la cena consistía en sándwiches o ramen; ofreciendo abrazos y helados tras el corazón roto después de una ruptura en su adolescencia.

Rosa siempre estaba allí. Julie pensó en Taylor y se dio cuenta de que podía considerarse afortunada por tener una madre que se mostraba lo bastante cercana como para volverla loca.

—Y si esto no funciona, el zumo seguirá mejorando tu figura hasta el punto de que...

—¿Mamá? —interrumpió Julie.

—¿Qué?

Ella dudó.

—¿Va todo bien entre tú y Ernesto?

—¿Qué? ¡Sí, cariño! Todo va bien. ¿Por qué preguntas eso?

—No, por nada. Olvida la pregunta. —Julie se aclaró la garganta—. ¿Qué decías del aloe vera?

Rosa mordió el anzuelo.

—Ah, sí. Ayuda a perder peso, así que...

Julie se levantó y apagó la pasta mientras escuchaba su voz sin oír una sola palabra. Al menos su madre tenía a Ernesto.

Así que, si todo saliera mal al día siguiente, no estaría completamente sola en el mundo.

—¿Qué hay, Víctor? —Julie bajó la ventanilla y le sonrió al alto elfo. Era aún más imponente en la pálida luz del amanecer.

Víctor le dirigió una de sus características miradas impasibles y luego rodeó a Genevieve. Taylor, apoyado en el cuerpo de guardia, captó la mirada de Julie y se encogió de hombros.

—En serio. —Ella asomó la cabeza por la ventana—. ¿Qué haces ahora?

—Protocolo de seguridad, señora. —Víctor dio un paso atrás—. Por favor, salga del vehículo.

—¿Quieres mi licencia y el número de registro del coche? —se burló Julie.

—Sabes que volver a hablar con Víctor solo alarga el proceso, ¿verdad? —se quejó Taylor.

—No será necesario, señora —contestó Víctor.

Julie salió, extendió los brazos y giró muy despacio.

—¿Ves? Igual que ayer. Aún soy Julie Meadows y sigo siendo la compañera de trabajo de Taylor.

—Por favor, firme aquí. —Víctor le tendió el portafolios.

—¿No crees que Taylor puede firmar él mismo su entrada y su salida? —Julie garabateó en la página—. No es un paquete, ya sabes.

—En realidad, así me llaman en las pocas ocasiones en que me han trasladado en situaciones de alto riesgo. —Taylor pasó de largo y abrió la puerta del pasajero—. «El paquete ha salido» o «el paquete está seguro».

—¿En serio? —Julie palmeó a Víctor en el hombro—. ¿No se te ocurre algo más original?

—No lo toques —la avisó Taylor desde el asiento del pasajero—. No le gusta.

—Va contra el protocolo. —Víctor cogió la carpeta—. ¿Destino?

—Más desayunos y muchos más reclutas. ¿Vamos a hacer esto todos los días? —Julie ahogó un falso bostezo.

—Sí, así es, señora. —Víctor escribió en el portafolios—. Tenga cuidado, su alteza.

«Sin embargo, ¿cómo sobrevivirá sin Víctor para protegerlo?». Hat sonrió.

Julie seguía riéndose de él mientras volvía a subir en Genevieve.

—Es tan gracioso, tu guardaespaldas —le dijo a Taylor—. Prácticamente pide que se burlen de él.

—Lo sé. Te puedes imaginar las bromas que hacíamos de pequeños. Después de todo, somos seis. —Taylor sacudió la cabeza—. Sin embargo, Víctor es un buen tipo, aunque...

—¿Cuadrulado? —sugirió Julie.

—Sí.

—Su historial militar es ejemplar —les informó Hat—. No se equivocaba cuando decía que

su familia llevaba generaciones sirviendo a la realeza élfica. Lástima que sea tan aburrido.

—Tal vez no lo sea. —Julie sonrió—. Yo también pensaba que Lillie era aburrida. —Acaricié el salpicadero de Genevieve y luego suspiró—. Tenemos una cita para cenar y ver una película mañana, si es que llego a mañana.

—Lo vas a hacer. —Se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí, dependiendo de si consigo un recluta o no. —Julie se removió en su asiento—. O tendré un cheque en la mano, o Kaplan me habrá decapitado al final del día.

—Ah, hablé con Kaplan. —Taylor levantó su móvil—. Ha llamado para preguntar dónde estuvimos ayer, ya que no nos vio por la oficina.

Julie hizo una mueca.

—¿Está enfadado?

—¿Enfadado? Oh, no. Creo que incluso estaba un poco impresionado, para ser sincero.

—¿Impresionado? —Julie lo miró fijamente—. ¿Kaplan?

—Gruñó algo así como que se alegraba de que no estuviéramos «Haciendo el tonto como cierta panda de trolls informáticos» —explicó Taylor—. Algo parecido. Es difícil de decir, con tanto gruñido.

—Bueno, vale. Son buenas noticias. —Julie se rascó la barbilla—. Oye, quería preguntarte algo. ¿Qué clase de cambiaformas es Kaplan?

—No puedo decirlo. —Taylor levantó ambas manos—. De verdad, lo siento, pero no voy a decírtelo sin su permiso.

—¿Qué? ¿Es especista o algo así?

—Bueno, no. Un poco grosero, pero no es por eso por lo que no te lo diré. —Taylor hizo una mueca—. Al capitán no le gusta que su otra forma sea lo único que le defina.

—Estoy segura de que sus enormes bíceps, sus ojos furiosos y su mal genio ya lo definen —replicó Julie—. Lo que él es solo ayudaría a explicarlo. Hat, ayúdame un poco.

—No, gracias —refunfuñó Hat—. Yo tampoco quiero que me despidan. Tendrás que averiguarlo por ti misma.

—Bien. Kaplan puede guardar su secreto por ahora. —Julie giró a la derecha y se dirigió a un camión de comida que había visto de camino hacia allí—. Hablemos de la colmena feérica que encontramos ayer.

—Vuelve a contárnoslo todo, Hat —le ordenó Taylor.

—De acuerdo. —Hat se removió, preparándose—. Las hadas del Bosque tienden a congregarse en colmenas hasta que forman sus unidades familiares. Este enjambre en particular es un grupo de jóvenes que pasan todo el tiempo juntos. Viven juntos, salen juntos y todos trabajan juntos en esta agencia de modelos.

—¿La agencia está dirigida por hadas? —preguntó Julie

—No. Está dirigida por humanos. Creen que han tenido suerte al contratar a ocho de las personas más guapas de Nueva York a la vez. —Hat se rio entre dientes.

—Así que son guapos, ¿eh? —Julie miró a Hat por el retrovisor. El viento era fresco, y él era un pequeño gorro con un pompón en la parte superior—. Entonces, ¿para qué servirán en la Agencia?

—Todos los fae, o hadas, como prefieras, son hermosos por naturaleza —explicó Taylor—. Eso tampoco significa que no puedan ser luchadores o diplomáticos.

—Eso, Julie —se burló Hat—. No seas tan superficial.

Ella resopló a los dos.

—Sí, sí.

—La familia real ha sido feérica durante dos mil años —le recordó Taylor—. Las hadas de la Luna son de las más inteligentes que hay.

—¿Qué decía Stan ayer sobre la reina? —preguntó Julie—. ¿De verdad es tan vieja?

—Mucho. Lleva en el trono trescientos cincuenta años —explicó Taylor.

—Espera..., ¿qué?

Taylor sonrió.

—Nosotros envejecemos de forma diferente, ¿recuerdas?

Julie negó con la cabeza.

—Eso es mucho tiempo para estar en el poder. Apuesto a que está harta.

—Eso parece, pero aún tiene que elegir un sucesor —dijo Taylor.

—El Trono de la Eternidad no es hereditario —añadió Hat—. Bueno, puede serlo, pero no ahora. Las hadas lunares se están extinguiendo. Excepto las tres que abdicaron, obviamente.

—Suenas como un montón de política aburrida. —Julie suspiró—. Puedo entender por qué Stan estaba tan ansioso por mantenerse al margen.

—Concéntrate. —Taylor se frotó las manos—. Hoy no estamos pensando en el viejo gruñón de Stan. Vamos a conseguirte un recluta.

—Vamos a ver algunas hadas sexis —se burló Julie.

Taylor sonrió.

—Bueno, eso es una ventaja añadida.

El teléfono de Julie zumbó en el soporte de su coche. Ella le echó un vistazo y un segundo texto apareció en la pantalla.

¡HOLA, cariño!

¡Que tengas un buen día en el trabajo!

No puedo esperar a verte este fin de semana.

Te quiero y te echo mucho de menos.

Abracitos y muchos besitos. Mamá.

—¿QUIÉN firma con su nombre en un mensaje de texto? —murmuró Julie, cerrando el teléfono. Se le revolvió el estómago. ¿Cómo se enteraría su madre si la decapitaban?

P. D. Recuerda beber más zumo de aloe
para aumentar el rendimiento y la concentración.

—¿QUIÉN es? —preguntó Taylor—. ¿Tu novio?

—Peor. —Julie hizo una mueca—. Mi madre.

—¿Te manda mensajes? —Taylor enarcó una ceja.

—¿Qué, tu madre no te manda mensajes? —contraatacó ella

—Bueno, vivimos en la misma casa. —Hizo una mueca—. A veces me grita desde su *suite*.

Julie se rio para disimular la tensión de su pecho.

«¿Veré a mamá este fin de semana?».

Ojalá lo supiera.



A PESAR DE TODO, Julie sintió una gran emoción al adentrarse en Manhattan. Allí, los edificios que ocultaban el cielo a ambos lados tenían líneas nítidas y limpias y ventanas relucientes. Apeataban a opulencia. Los paseantes de perros llevaban jaurías de chuchos de diseño que se deslizaban por las aceras. Mujeres en traje de negocios, que fumaban cigarrillos caros, llevaban bolsos Calvin Klein mientras gritaban a sus asistentes por teléfono. Los camiones de comida eran modernos y elegantes en lugar de destartalados, con caligrafía en pizarras en lugar de carteles de papel escritos a mano.

Por una vez, cuando Julie detuvo a Genevieve ante el lustroso edificio de Manhattan, el llamativo Mustang no parecía fuera de lugar.

El aparcamiento estaba tan lleno de vehículos elegantes y relucientes como Julie nunca había visto. No era aficionada a los coches, pero sabía lo suficiente para reconocer el emblema del caballito encabritado en el deportivo rojo brillante que estaba junto al suyo.

—Es un Ferrari, ¿no? —preguntó.

—Eso no importa. —Taylor babeaba por un reluciente vehículo plateado a su lado. Era aún más bajo que Genevieve, y sus líneas y curvas eran peligrosas e intrépidas—. Es un Bugatti Chiron. Tiene más del triple de caballos que tu cacharro.

—¡Eh! —Julie puso una mano defensiva en el capó de Genevieve—. Cuidado. —Ella resopló, sacudiendo la cabeza—. Puede oírte. Además, apuesto a que nos merendaríamos a ese horrible monstruo moderno, ¿no, Genny?

—No tienes ni idea de lo que hablas. —Taylor se rio—. Venga. Vamos a buscarte un recluta.

Se acercaron a uno de los relucientes rascacielos que se alineaban a ambos lados de la elegante calle. Ya dentro, Julie prácticamente consiguió oler el dinero que rezumaba el edificio. El vestíbulo era de felpa y terciopelo, con plantas exóticas en los rincones que habrían hecho suspirar a Julius Nox. En el ascensor sonaba música clásica cuando entraron y comprobaron la dirección en la página web de la agencia de modelos.

—Undécimo piso. —Taylor miró hacia arriba—. Está demasiado alto.

Julie enarcó una ceja.

—¿No te gustan las alturas?

—Los elfos del éter prefieren estar con los pies en la tierra.

Julie pulsó el botón.

—Espero que esta vez no vayamos a parar a Suiza.

Taylor se rio con inquietud y el ascensor subió.

Julie volvió a abrir su teléfono y miró las fotos de la agencia de modelos.

—¿Qué hada era?

«Esa. La segunda foto desde arriba —le dijo Hat—. La chica rubia».

—Es más que rubia. Es guapa a rabiar.

Julie supuso que podía ver las orejas puntiagudas y sus rasgos distinguidos debido a su propia mutación genética. Era una joven imposiblemente alta y elegante, que se erguía sobre un pedestal. Tenía la cabeza ladeada, los labios entreabiertos, y el pelo rubio, rizado y abundante le caía en cascada por la espalda.

—Mmm —murmuró Taylor de un modo llamativo—. Espero que se una.

—Oh, para. —Julie le dio un manotazo con la carpeta—. Estamos aquí para reclutar a... —

comprobó el nombre— Natalie Furfoot, no para ligar con ella.

«Natalie Fergus —la corrigió Hat—. Recuerda usar su nombre humano. El dueño de la agencia es humano».

—Iremos a por ella —asintió Taylor—. Si no lo hacemos, reclutaremos a uno de los otros. Hay toda una colmena de fae aquí, ¿recuerdas?

—Sí, y todas son igual de preciosas. —Julie se desplazó a través de la página web—. Hermosas y, estoy dispuesta a apostar, con mucho dinero.

—¿A juzgar por los coches que hemos visto fuera? —Taylor enarcó las cejas—. Sí, es probable que sus sueldos mensuales hagan que las pagas de mi fondo fiduciario parezcan calderilla.

—No sé nada de eso. —Julie se recogió el pelo bajo el gorro—. Mira a esta gente, Taylor. Son extravagantemente ricos y salvajemente guapos. Deben tener todo lo que puedan desear. ¿Qué podría ofrecerles la Agencia? Sé que la familia de Natalie era militar, pero quizá eso le dé más razones para no querer alistarse.

—Puede que te sorprendas. —Taylor sonrió con timidez—. El dinero y la apariencia no lo son todo. —Su sonrisa se ensanchó y se alisó el pelo—. Te lo prometo.

Julie se rio entre dientes.

—Sí, sí. —Suspiró—. Sin embargo, no te equivocas. No crecí con mucho, pero supongo que fui feliz.

—Entonces, ¿por qué estabas tan desesperada por conseguir un trabajo? —Taylor ladeó la cabeza.

—Bueno, no podía aprovecharme de mis padres —le explicó Julie—. Mamá no me dejaba endeudarme para estudiar a menos que estuviera segura de lo que quería hacer. Y no lo estaba. Lo único que me gusta es leer. —Se encogió de hombros—. Quería que me dejaran en paz y leer todos los libros que cayeran en mis manos, eso era todo.

—Quizá tener que salir al mundo no sea tan malo. —Taylor sonrió—. Me has obligado a hacerlo y no ha salido tan mal como pensaba.

Julie se burló.

—Te olvidas de la parte en la que todavía puedes elegir.

—¿Qué querrías ser si no tuvieras que ser reclutadora para la Agencia?

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron con un suave ping.

«Querría que la dejaran sola para volver a leer, obviamente», comentó Hat.

—No lo sé —respondió Julie—. No me importa demasiado, siempre y cuando no tenga que beber zumo de aloe vera y bailar en una barra de metal.

—Espera, ¿era una opción? —Los ojos de Taylor se abrieron de par en par.

Julie le dio otro golpe con la carpeta.

—¡Concéntrate!

—Vale, vale. —Taylor se aclaró la garganta mientras caminaban por el pasillo hasta la puerta del fondo, que tenía un cartel con el nombre de la agencia de modelos—. Entonces, ¿qué le vamos a ofrecer a estos fae para que alguno se una?

—Un propósito —decidió Julie en voz alta.

«Una causa superior a la que servir —sugirió Hat—. Algo más importante que ellos mismos. Es nuestra única oportunidad».

—¿Tu argumento es apelar al lado altruista de un grupo de hadas del Bosque que trabajan como modelos? —Taylor hizo una mueca.

—¿Se te ocurre algo mejor? —replicó Julie.

—La verdad es que no —admitió.

Llamaron a la puerta, a la que respondió una mujer regordeta, humana, con un vestido de flores y que parecía muy fastidiada. Llevaba unas gafas enormes y gruesas con montura de color rojo brillante. Parpadeó.

—¿Quiénes sois?

—Buenos días, señora. —Julie mostró su identificación—. Estamos aquí para hablar con Natalie Fergus.

—¿De qué va esto? —Sus ojos se entrecerraron.

Julie vaciló, mirando a Taylor.

«¿Hora de la rutina del príncipe real?». se preguntó.

«No. Espera —le ordenó Hat—. Estoy escaneando los registros de esta mujer. Fue modelo, pero lo dejó después de que un desorden alimenticio casi acabara con ella. Es voluntaria en un montón de organizaciones que apoyan la salud mental de las jóvenes. Apuesto a que estaría abierta a que algunas de estas modelos tuvieran una carrera diferente».

«Solo es una recepcionista —protestó Julie—. ¿Y si entramos y el director o alguien nos ve y hace que nos echen?».

«Confía en mí, y prueba», insistió Hat.

Julie ensanchó la sonrisa y bajó la voz.

—Somos de una agencia de contratación. Buscamos a alguien que se una a nosotros para hacer cosas buenas en el mundo.

La mujer miró por encima del hombro y sonrió.

—Bueno, al señor Russo no le gustará, pero no es el dueño de estas modelos, al contrario de lo que pueda pensar. —Dio un paso atrás y abrió la puerta—. Se están tomando un descanso para beber agua en el estudio. Yo estaré en mi despacho.

Desapareció por una puerta lateral y Taylor y Julie entraron en un amplio estudio. Los ventanales del suelo al techo daban a un montón de rascacielos, y la serpenteante autopista brillaba con el reflejo de los coches. Taylor apartó los ojos de la ventana, pero Julie sospechó que no era solo por su miedo a las alturas. Su mirada se posó en las jóvenes de la sala.

Había sillas diseminadas en una esquina del estudio, agrupadas alrededor de una mininevera y una mesa de café, y en ellas se encontraban algunos de los seres más hermosos que Julie había visto nunca. Las fotografías no les hacían justicia. Natalie Fergus, con cara de zorro, estaba allí, pasándose los dedos por su magnífica melena. A su lado había una chica de miembros esbeltos y los gigantescos ojos oscuros de una cierva. La tercera estaba sentada en una silla cerca de ellas. Incluso inclinada sobre su móvil, estaba impresionante.

Julie, por su parte, trató de no mirar a los tres chicos que descansaban frente a ellas. Todos llevaban pantalones cortos y batines. El más corpulento, con la piel del color de un roble centenario, había dejado que su bata se abriera para dejar ver unos abdominales suaves y esculpidos.

«¡Julia! —ladró Hat—. ¡Concéntrate!».

«¡Mierda! Sí». Julie respiró hondo, abanicándose con el archivo. Dio un paso adelante.

—¿Natalie Fergus?

La modelo levantó la vista y una sonrisa refleja se dibujó en su rostro maquillado con destreza.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Julie Meadows. —Julie se acercó a ella, mirando a su alrededor.

«¿Hay algún humano que nos pueda escuchar, Hat?».

«Ninguno —respondió—. Puedes hablar con libertad».

—Soy de la Agencia ParaMilitar. —Julie abrió el archivo al llegar a Natalie—. Sé que estás ocupada, así que iré directa al grano.

—Oooh —se burló uno de los chicos—. Nat está en problemas otra vez.

—Ah, cállate. —Natalie los fulminó con la mirada—. No estoy en problemas.

—Seguro que no —se burló la chica a su lado—. Porque no andabas con ese dríade que te metió en problemas la última vez, ¿verdad?

—Ha cambiado. —Natalie inclinó la barbilla, mirando a Julie—. Entonces, ¿estás aquí para arrestarme?

—No, no. —Taylor sonrió—. Estamos aquí por tu increíble talento.

Julie le dio un codazo en las costillas.

—No somos la policía, Natalie. Somos reclutadores. Queremos que te unas a la Agencia.

Las risas estallaron en el estudio; pero dos personas no se unieron. La primera era una chica en la que apenas había reparado cuando entraron en la sala, más pequeña y joven que las demás. Estaba sentada en un puf, al fondo de la sala, y bebía de una botella de agua mientras observaba la escena. Natalie esbozó una sonrisa, pero no se rio.

—No puedes hablar en serio. —Uno de los chicos sonrió abiertamente—. ¿Quieres que Natalie se convierta en un agente de ParaMilitar?

—Hay muchas ventajas. —Julie se mantuvo firme.

—Sí, como ganar una miseria. —Natalie resopló y se echó el pelo por encima del hombro.

«A mi forma de ver, la damisela rezonga en demasía», repitió Julie para sus adentros con las palabras de Hamlet.

«¿Te gusta Shakespeare?», preguntó Hat.

«Sí, pero hablemos de literatura más tarde». Julie congeló la sonrisa de su cara.

—Puede que la paga no sea tan buena como trabajando de modelo —concedió—, pero, como digo, hay otras ventajas. —Miró a los jóvenes—. ¿Podemos hablar en privado?

—Tengo cinco minutos. —Natalie miró un reloj que valía más que el apartamento de Julie.

—Nat, vamos. No hace falta que hables con esta gente —protestó uno de los chicos.

—Solo les sigo la corriente para que se vayan antes —susurró Natalie. Condujo a Julie y Taylor a otro rincón del estudio y se volvió hacia ellos, cruzándose de brazos—. Será mejor que seáis rápidos.

—Claro. —Julie respiró hondo y se aventuró—. Natalie, ¿cuándo fue la última vez que sentiste que tu trabajo de verdad importa?

Natalie entrecerró los ojos.

—Mi trabajo importa cada mes, porque me llevo a casa más dinero del que la mayoría de la gente puede soñar. En segundo lugar, importa porque todo el mundo conoce mi cara.

Julie la observó con atención.

—Entonces, ¿por qué parece que estás pensando tantas excusas como puedes para no unirte a la Agencia?

Natalie apartó la mirada y, distraídamente, se enredó uno de sus rizos alrededor del dedo índice.

«Háblale de su familia», susurró Hat.

—Toda tu familia sirvió al Trono de la Eternidad. —Julie hizo una pausa—. Pasaron sus vidas manteniendo la paz y la justicia en el reino.

—Escúchate. —Natalie inclinó la barbilla—. ¡Qué ingenua eres!

—No sé. Tu familia no parecía pensar que mi punto de vista era ingenuo.

Ella se cruzó de brazos, pero sus hombros estaban caídos.

—Bien. Así que mi familia eligió una carrera diferente. Eso no significa que tenga que seguir sus pasos.

Julie vio su oportunidad.

—¿Y por qué tengo la sensación de que podrías querer hacerlo?

Natalie se mordió un labio elegantemente perfilado. Luego bajó la mirada al suelo y un leve tono rosado tiñó sus mejillas.

—Vale, así que eres muy perceptiva. —Un suspiro tiró de las comisuras de sus labios hacia abajo—. Quizá ser modelo no es todo lo que pensé que sería cuando me escapé de casa y me uní a la colmena. ¿Qué se supone que debo hacer? No puedo irme ahora. Si lo hago, nunca volverán a hablarme.

Julie parpadeó, a punto de protestar, pero se detuvo al ver que los ojos azul zafiro de Natalie se llenaban de lágrimas. Se giró y se secó las lágrimas para no manchar su caro maquillaje.

—No puedo. —Se atragantó—. Lo siento. —Resolló con fuerza, dio la vuelta y se alejó. Su voz era fuerte y juguetona cuando se dejó caer de nuevo en su silla—. No les hagáis caso. En serio querían reclutarme como agente.

Los demás se rieron y, esta vez, Natalie se unió a ellos, aunque su risa tenía un matiz falso. La chica del fondo seguía sin sonreír. En cambio, sus ojos siguieron a Julie y Taylor mientras se escabullían, derrotados, fuera de la habitación.



TAYLOR CONDUJO a Julie a un restaurante de lujo situado a varias manzanas de distancia y eligió una mesa tranquila en un rincón, junto a un ventanal con vistas a la bulliciosa calle. Ella se dejó caer en una silla y solo consiguió sonreír débilmente al camarero, que apareció con los menús, agua y colines.

—Quería unirse, Taylor. ¿Lo has visto? —Julie se pellizcó el puente de la nariz, intentando contener el dolor de cabeza que golpeaba en la parte posterior de sus sienes—. Ella quería alistarse.

—Sí. Yo también lo pienso. —Taylor apenas echó un vistazo a la carta y luego la dejó a un lado—. Puedo pagar esta cuenta. Este lugar no es precisamente barato.

—Bueno, es Manhattan. —Julie levantó la vista—. ¿Qué importa, de todos modos? Es la hora de comer. Tengo tres, quizá cuatro horas para fichar a alguien. Después estoy muerta. También podría gastarme parte de mi gratificación en una última comida cara.

—No digas eso. —La mandíbula de Taylor se endureció—. Vamos, Julie. Busquemos a alguien que firme.

Julie tiró del gorro y se lo ajustó en la frente.

«¡Eh! Tranquila —refunfuñó Hat—. No es culpa mía que aún no hayas fichado a nadie».

«¿Qué clase de mundo es este, Hat? —preguntó Julie, enojada—. ¿Cómo me van a matar por no realizar una tarea que no he pedido? ¡Está mal!».

«Oh, estás infeliz porque la vida es injusta contigo, ¿verdad?», respondió Hat.

«Sí, de hecho, ¡lo estoy! —espetó Julie—. ¿Sabes lo que voy a hacer si, por algún milagro, logro sobrevivir el resto de este día?».

«¿Qué?». Hat se revolvió.

«Voy a cambiar las cosas. Voy a asegurarme de que esto no le vuelva a pasar a nadie nunca más». Julie cogió su menú como si quisiera esconderse detrás de él. Sus uñas se clavaron en los

bordes mientras miraba las palabras sin verlas.

«Así que tú solita vas a cambiar el mundo, ¿verdad?». Hat resopló.

«Quizá lo haga —despotricó Julie—. O quizá no. Pero lo que sí sé seguro es que voy a intentarlo. Alguien tiene que hacerlo».

—¿Hola? —Taylor agitó una mano sobre el menú—. ¿Julie? ¿Estáis Hat y tú hablando en tu cabeza sin mí?

—Lo siento. —Julie bajó el menú y se frotó los ojos—. ¿Qué ha querido decir Natalie con lo de que no podría volver a la colmena si se iba?

—Bueno, DumbleDork explicó cómo las hadas del bosque forman colmenas cuando son adultas jóvenes. —Taylor señaló en dirección al edificio de la agencia—. Las mantienen hasta que maduran y forman una unidad familiar o deciden seguir otra carrera.

«Las hadas de los bosques son conocidas por formar conexiones muy fuertes, ya sea entre ellas o con una causa o un objetivo específico», le contó el entrenamiento orbital de Julie.

—Ojalá mi entrenamiento se activara en momentos más oportunos —refunfuñó, dándose una palmada en un lado de la cabeza como para sacudirse algo del conocimiento—. De todos modos, ¿cuál es el problema? Natalie los deja y se va a la Agencia. No es para tanto.

—Las colmenas no ven con buenos ojos a quienes las abandonan. —Taylor suspiró—. Una vez que Natalie se marche, ninguno de sus amigos le hablará. Es la cultura feérica del bosque. Dura, supongo, pero es así.

—Me parece estúpido que no permitan segundas oportunidades. —Julie sonrió al camarero mientras pedían café y ensaladas de pollo.

«Entonces, ¿crees en las segundas oportunidades?», preguntó Hat.

—Obviamente, yo sí, pero el mundo paranormal no. Si no, me quedaría más de una tarde de vida. —Julie se frotó los ojos—. Taylor, ¿crees si vuelvo que aún podría convencer a Natalie de que firme, incluso con todo este asunto de la colmena?

—Creo que es posible. Quería unirse, eso está claro. —Taylor se encogió de hombros—. Pero no sé si es una apuesta segura y solo nos quedan unas pocas horas.

—¿Qué otra opción tenemos? —Julie tamborileó con los dedos sobre el tablero de la mesa—. Tiene que haber algo tóxico en la dinámica de la colmena, dado cómo tratan a la gente que se va. Si no conseguimos convencer a Natalie para que se una a nosotros por los beneficios que ofrece la Agencia, tal vez consigamos que lo haga para que se aleje de algo. Todo el mundo quiere alejarse de algo.

—¿Incluso tú, señorita Solo-Quiero-Leer-y-Que-Me-Dejen-En-Paz? —Taylor sonrió.

Julie lo fulminó con la mirada.

—Sí. ¿Por qué crees que vine a la ciudad? Solo necesitaba alejarme de mi madre. —Ella suspiró—. La quiero. Tal vez debería haberme quedado en los suburbios y preparar hamburguesas como ella quería.

—No digas eso, que vamos a terminar tergiversándolo. —Taylor se sentó de nuevo en su silla—. Yo también me hice reclutador de la Agencia por eso, para esquivar a mi familia.

«Vaya, ¿no sois dos rayitos de sol?», se burló Hat.

Llegó el almuerzo y comieron en silencio. Julie intentó no mirar los dígitos de su teléfono, contando el tiempo que faltaba para las cinco.

—Todos en la colmena parecían amar a Natalie, sin embargo. —Taylor se limpió los labios con una servilleta—. Ella es la popular. No estoy seguro de que seamos capaces de convencerla de que se vaya.

Julie se frotó la barbilla.

—Tal vez otro de las hadas de la colmena. Alguien que parezca más alejado que los demás....

Taylor se sentó como un rayo.

—¡La chica de atrás!

—¿Quién?

—Te fijaste en ella. Vi tu mirada. —Taylor sonrió—. La pequeña de pelo oscuro.

—¡Oh! —Julie se sentó—. La recuerdo. Ella no se ha reído, incluso cuando todos los demás lo han hecho. Parecía triste de que Natalie no se uniera a nosotros.

Taylor sonrió.

—Tal vez sea alguien que no está tan integrada en la colmena, ¿no crees?

—Tal vez. —A Julie le dio un vuelco el corazón—. Alguien a quien no le importaría dejarla, ¿verdad?

«Esto podría funcionar. —Hat se retorció en la cabeza de Julie—. Si puedo encontrar su nombre humano, sería capaz de descargar más información sobre ella».

«Espera, ¿cómo se descargan cosas del Internet humano? —Julie frunció el ceño—. Taylor dejó claro que no se permite a los paras estar en Internet».

«Claro que no. —Hat resopló—. Pero yo no soy un para. Soy un artefacto mágico extremadamente avanzado. Creo que puedo arreglármelas para *hackear* el Internet de los humanos y ocultar mi verdadera identidad. Tal vez no sea capaz de conectarme a la base de datos de la Agencia desde aquí, pero si encontrar su nombre humano, buscar su historial de empleo humano y sus redes sociales».

Taylor debía haber escuchado la conversación, porque ya estaba desplazándose a través de su teléfono.

—¡Aquí! —Lo levantó—. Está en la lista de modelos junior.

Julie se inclinó hacia delante para mirar la pantalla. La fotografía mostraba a una chica grácil y morena que miraba a la cámara con las pestañas caídas sobre unos enormes ojos ámbar.

—Ellie Featheringham —leyó.

—Su verdadero nombre debe de ser Feathertouch —observó Taylor—. Es un nombre común entre las hadas del bosque.

«Espera. —Hat hizo una pausa—. Esto es muy extraño».

«¿Qué pasa?» preguntó Julie.

«Ellie Featheringham aparece en bases de datos humanas desde su infancia. Asistió a una escuela humana».

Taylor miró a Julie a los ojos.

—Eso es muy inusual. Los paras solemos ir a escuelas de nuestra propia especie.

—¿Tal vez es la Ellie equivocada? —Julie se mordió el labio.

«No, sus fotos del colegio coinciden con la foto de la web. —Hat se agitó—. Espera. Ahora lo veo. Los registros de Ellie muestran que no es una fae pura. Tuvo un padre hada y una madre humana».

—Oh, guau. —Taylor se quedó mirando—. Demasiado para mantener a los paranormales en secreto, ¿verdad?

«Parece que la madre de Ellie nunca supo la verdad sobre su padre. Nunca formó parte de la familia —explicó Hat—. Aunque su madre le dio el apellido de su padre, creció como humana. Ellie también era vidente, capaz de ver el mundo paranormal más allá del Velo. En cuanto terminó el instituto, se unió a una agencia de modelos».

—Ella debe haber sabido toda su vida que estos modelos eran fae —dijo Julie—. Siempre

supo que ella también era fae. En cuanto pudo, se unió a estas personas que eran como ella.

—Ellie no busca la fama. —Taylor tocó la foto en la pantalla de su teléfono—. Esta chica busca una conexión con el mundo paranormal.

Sus miradas se cruzaron.

«Los archivos muestran que a Ellie le gustaba la esgrima cuando iba al colegio. Además, era una apasionada de la defensa de diferentes causas en el instituto», continuó Hat.

—Es perfecta. —Una sonrisa floreció en la cara de Taylor.

Julie cogió su teléfono. Las dos y cuarto.

—Tenemos menos de tres horas. —Tragó saliva.

Taylor levantó una mano hacia el camarero.

—¡La cuenta, por favor!

Se apresuraron hacia Genevieve, y el embriagador zumbido del motor llenó el aire en cuanto Julie giró la llave. Apretó los dientes y pisó a fondo el acelerador.

No tenían tiempo que perder.



JULIE Y TAYLOR se quedaron sin aliento cuando trotaron hasta la puerta de la agencia de modelos. Taylor la aporreó. A Julie le latía el pulso en las sienes mientras esperaban.

La puerta se abrió y la mujer regordeta de antes los miró, con un mohín tan rojo y redondo como una rosa en la cara.

—No creo que tengáis suerte. Natalie se ha pasado la hora del almuerzo comiendo apio crudo y hablando de que nunca dejará la agencia. Dudo...

—No queremos hablar con Natalie —interrumpió Julie—. Queremos hablar con Ellie Featheringham.

—¿Ellie? —La recepcionista enarcó las cejas—. Bueno, está bien, si quieres. Entrad, pero no hagáis ruido. Las modelos están trabajando.

Dio un paso atrás y Julie entró en el estudio. Natalie estaba en el centro, con un vestido azul pálido que le caía sobre el cuerpo como si fueses agua. Trabajaba con la cámara, se giraba, se revolvía el pelo, lanzaba miradas de reojo al fotógrafo, que estaba inclinado sobre su trípode y gritaba órdenes en tono áspero.

Taylor la miró, boquiabierto. Julie le plantó el codo en las costillas.

—No veo a Ellie.

Con un esfuerzo, el príncipe elfo apartó los ojos del hada. Miró alrededor del estudio, frunciendo el ceño.

—Esas deben de ser las modelos junior. —Señaló a un grupo al fondo de la sala—. ¿Dónde está Ellie?

«Hat, ¿alguna idea?». Julie miró su reloj, el corazón le latía con fuerza en el pecho. Eran las tres menos cuarto. Llegar a la Agencia desde el restaurante en medio de un tráfico cada vez más denso le había llevado mucho más tiempo de lo esperado.

«Puedo intentar rastrear su móvil. Por suerte para nosotros, su número está en su perfil de las redes sociales. —Hat estuvo en silencio unos segundos—. ¡Lo tengo! Está en el Starbucks de la esquina, a dos manzanas».

Julie miró consternada por la ventana. La calle estaba atestada de tráfico.

—¡Vamos! —Taylor la agarró del brazo—. No hay tiempo.

Las palabras golpearon su mente mientras salían corriendo del estudio: «No hay tiempo».

«No hay tiempo».



GENEVIEVE SEGUÍA APARCADA en la agencia de modelos, y a Julie le recorrió un hilillo por la espalda a pesar del frío aire primaveral y de que corría por la acera. El Starbucks estaba justo delante de ellos, y había cola hasta la puerta. Lo revisó rápidamente con la mirada. Ni rastro de Ellie.

«¡Dentro! —jadeó Hat—. ¡Está dentro!»

Julie aceleró el paso y se metió casi empujando a los clientes.

«¿Por qué sueñas como si fueras tú la que acaba de correr dos manzanas con tacones?».

Hat se burló.

«Oye, he estado ejecutando múltiples procesos aquí para que encuentres a tu recluta, señorita. No seas insolente conmigo».

—¡Allí! —señaló Taylor

Julie se detuvo en el suelo de baldosas lisas. Las personas que se encontraban sentadas en las mesas diminutas la miraban con desaprobación. Un camarero detrás del mostrador de madera pulida cerró la tapa de un café con leche grande y la miró con recelo, como si *supiera* que iba a ser una clienta difícil.

Julie siguió el dedo de Taylor hasta donde la chica de pelo oscuro estaba, en un taburete junto al mostrador, esperando. Julie se adelantó. El barista garabateó en el vaso y lo dejó en una bandeja.

—¡Ellie! —gritó.

—¡Aquí! —Ellie se bajó del taburete y dio un paso adelante.

El camarero metió los cafés con leche uno tras otro en tres portavasos de cartón. Enarcó una ceja cuando Ellie se acercó.

—¿Está sola, señorita? Necesitará ayuda para llevar todo esto.

—Sí, pero no te preocupes. —Ellie se llevó un mechón de su brillante pelo detrás de la oreja—. Estaré bien.

Taylor y Julie intercambiaron miradas.

—Parece que es menos modelo junior y más esclava personal de las modelos senior —murmuró Julie.

Taylor dio un paso adelante.

—Vamos. Hay que ayudarla.

Ellie había equilibrado una bandeja de bebidas en el pliegue de su codo izquierdo, y alcanzó la segunda, que agarró torpemente con la mano izquierda. La bandeja se tambaleó. Julie la sujetó justo cuando los cafés estaban a punto de caer al suelo.

—¡Ay! —Ellie levantó la vista—. ¡Gracias!

Julie sonrió.

—Déjame ayudarte.

—Yo me encargo de esta. —Taylor cogió la tercera bandeja.

—Eres muy amable, pero, lo siento. —Ellie se sacudió el pelo de la cara—. Tengo que llevarlas a dos manzanas de aquí y, con este viento, será difícil que me ayudéis. Estaré bien. Ya lo he hecho antes.

Julie recogió la bandeja.

—En realidad, Ellie, quería hablar contigo. ¿Te importa si volvemos juntas a la agencia?

Ellie parpadeó.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Somos reclutadores.

Taylor se apartó mientras otros clientes se acercaban a por sus bebidas.

Los ojos de Ellie parpadearon hacia él y luego hacia Julie.

—Bueno, supongo, pero no veo por qué los reclutadores estarían interesados en mí.

—No tienes nada que perder. —«Yo sí», añadió Julie en silencio—. En el peor de los casos, al menos tienes a alguien que te ayude con todo esto.

Las mejillas de Ellie se sonrojaron.

—Bueno, vale. Gracias.

Con una bandeja cada una, Julie, Taylor y Ellie salieron del Starbucks y echaron a caminar hacia la agencia de modelos. Los cláxones de los coches llenaban el aire. Julie no tenía una mano libre para comprobar su móvil, pero sentía la presión del tiempo que transcurría.

«Las tres y doce minutos —informó Hat—. Espabila».

—¿Sois reclutadores? —Los ojos de Ellie se desviaron hacia Taylor de nuevo—. ¿De dónde? El bullicio de la calle ahogó la voz de Julie.

—De la Agencia.

Ellie la miró fijamente.

—¿Qué... qué agencia?

—No pasa nada. —Taylor sonrió—. Julie está con nosotros. Somos de la Agencia ParaMilitar.

—Vaya. —Ellie miró las bebidas que tenía en las manos—. Los demás han hablado de la Agencia, pero yo nunca he hablado con nadie de allí. ¿Es cierto que se supone que actúa como fuerzas del orden y militar del Trono de la Eternidad? ¿De verdad mantienen la paz en todo el mundo?

—Esa es la idea. —Julie sonrió—. No llevas mucho tiempo entre otros fae, ¿verdad, Ellie?

La joven negó con la cabeza.

—No. De niña, me acercaba a otros paranormales y les hacía preguntas, pero siempre me evitaban. Me trataban como si fuera inferior por ser medio humana. —Miró a Julie—. Eso me hizo rendirme durante mucho tiempo, incluso quise ignorar mi lado feérico y encajar en el mundo humano. Cuando vi la oportunidad de hacer una audición como modelo junior para esta agencia, sabiendo que había visto modelos fae durante años, pensé que valía la pena darle una última oportunidad.

—¿Y cómo te va? —Julie se tiró del sombrero, en parte por comodidad y para protegerse las orejas del viento.

—Bueno, es mejor que negar quién soy. —Ellie se encogió de hombros—. Es bueno estar entre los míos, ¿sabes? ¿Natalie y los demás? Vaya. Están tan seguras de sí mismas y saben tanto sobre este mundo... A veces me siento como una idiota. Como si apenas pudiera distinguir a un hada del Bosque de un elfo o lo que seas.

—Elfo del Éter, en realidad. —Taylor sonrió con los ojos arrugados.

—¿Eres de la realeza? —Ellie jadeó.

Julie miró a Taylor.

—Es el sexto en la línea de sucesión al trono. No es para tanto. Entonces, ¿hiciste mucho modelaje antes de unirte a la colmena?

Ellie se rio.

—Oh, no. Odio ser modelo. Era la única forma de acercarme a mi gente. —Le brillaron los

ojos—. No me importa cuánto modelaje tenga que hacer. Es bueno estar cerca de ellos.

—Pero parece que se aprovechan de ti. —Taylor lanzó una mirada mordaz a las bebidas que tenían en las manos.

Las mejillas de Ellie volvieron a sonrojarse.

—Bueno, tal vez. ¿Qué más da? Al menos me permiten acercarme. Me han aceptado a pesar de mi sangre humana cuando nadie más lo haría. Son mi nueva familia. Son... mi colmena.

Habían llegado al edificio y Taylor los condujo al vestíbulo. Estaba vacío. El corazón de Julie latió con fuerza. «Mi nueva familia. Mi colmena». ¿Cómo iba a conseguir que Ellie viera las cosas de otra manera?

—¿Podríamos ir a algún lugar para hablar un poco más? —Julie trató de ocultar la desesperación en su voz.

—Bueno, sería interesante, pero debería volver. —Ellie miró hacia el ascensor.

—Te diré qué haremos. —Taylor dio un paso adelante—. Llevaré todas estas bebidas al enjambre para que vosotras habléis tranquilas.

Julie llamó su atención y vocalizó un «Gracias» silencioso.

—¿Te las arreglarás? —Ellie hizo una mueca ante las bandejas de bebidas.

Taylor volvió a mirar a su alrededor. Al ver que no había nadie más cerca, saludó con la mano y las tres bandejas se apilaron ordenadamente una encima de otra en sus brazos.

—Estaré bien.

—De acuerdo, entonces. —Ellie lo miró marcharse.

Julie le tocó el brazo y señaló un rincón del vestíbulo en el que había un par de sofás de cuero pegados a la pared.

—¿Nos sentamos?

—De acuerdo. —Ellie la siguió con los brazos alrededor del cuerpo, como si se protegiera contra el frío a pesar de que la calefacción inundaba la gran sala.

Se sentaron, y Julie sonrió al hada.

«Hat, ayúdame. ¡Tenemos que hacer que esto funcione!».

«Tranquila —le contestó—. Lo estás haciendo muy bien. Intenta establecer una conexión con ella».

Julie se lamió los labios.

—Así que creciste como una humana, ¿verdad?

—Sí. —Ellie se encogió de hombros—. Mi madre aún no sabe que soy una fae. Intenté decírselo cuando era pequeña, pero nunca me creyó; seguro que, por suerte para mí, ya que se supone que los humanos no deben de saber la verdad.

«Por suerte para tu madre, más bien», pensó Julie.

—¿Te gusta el mundo paranormal hasta ahora?

—Sí. Es interesante y maravilloso abrazar una parte de mí que he tenido que negar durante tanto tiempo. Natalie y los demás han sido muy buenos conmigo. Me han abierto puertas que me habían cerrado en las narices durante toda mi vida.

Julie pensó en Ellie arrastrando sola tres bandejas de bebidas desde el Starbucks hasta la agencia, y pensó en las risas burlonas de los otros fae.

«La están utilizando», intervino Hat.

«Así que todavía tengo una oportunidad». Julie cuadró los hombros.

—¿Por qué querías hablar conmigo? —Ellie ladeó la cabeza; el pelo brillante le caía por los hombros.

—Iré directa al grano. —Julie respiró hondo—. Ellie, estamos buscando nuevos agentes para

la Agencia, y acudimos a ti porque creemos que serías una excelente recluta.

—¡Yo! —Ellie se sentó, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué? ¡Soy medio humana!

«Respira, así que cumple los criterios de Kaplan», le recordó Hat a Julie.

—Tienes sangre élfica, así que sabes todo sobre el mundo paranormal. —Julie sonrió—. Es más, eres inteligente. Tuviste una nota media altísima en secundaria, y te gustaba la esgrima, ¿no?

—Bueno, sí. —La tímida sonrisa de Ellie luchó por escapar de su expresión seria—. Era muy buena.

—Esas son todas las características que buscamos en un agente. —Julie se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas—. También hay un salario excelente y bastantes beneficios. Estarías haciendo algo importante, algo que te sumergirá en el corazón del mundo paranormal.

Ellie tenía los ojos muy abiertos y brillantes, pero se cruzó de brazos.

—No lo sé. Significaría dejar la colmena y, una vez que la deje, no habría vuelta atrás.

—No eres feliz siendo solo una parte del enjambre, ¿verdad? —Julie comprobó su teléfono. Las 15:36.

Ellie bajó la cabeza.

—Supongo que no. Es que... he tenido que estar sola tanto tiempo... No quiero estar sola otra vez.

—No lo estarás. —Julie se inclinó hacia delante y apoyó una mano en la rodilla de Ellie—. Yo no lo estoy. Solo llevo una semana como reclutadora y Taylor me ha apoyado en todo momento. En la Agencia tendrás una especie de colmena. Solo que no será tan rígida en su estructura ni tan tóxica como esta. Tendrás gente que te apoye, pero, después del campamento de iniciación podrás decidir qué quieres hacer.

—¿Campamento? —Los ojos de Ellie se abrieron de par en par—. ¿Hay un campo de entrenamiento? —Ya casi se le había escapado la sonrisa.

«¿Hay un campo de entrenamiento?». A Julie se le revolvió el estómago.

«Dame un segundo», le dijo Hat.

Las puertas del ascensor sonaron y Taylor entró en el vestíbulo.

—Sí, lo hay —anunció al llegar—. Solo dura un fin de semana, pero tenemos un orbe mágico que descargará meses de entrenamiento en tu cerebro. Sabrás más sobre el mundo paranormal de lo que jamás hubieras soñado, todo en cuestión de días.

—Vaya. —Ellie se rio—. Menos mal que los militares no lo saben.

Julie parpadeó hacia Taylor, preguntándose cómo sabía tanto sobre su conversación.

«No hay de qué». Hat se rio entre dientes.

«Gracias». Julie dirigió su atención a Ellie, que se mordisqueaba una uña.

—Sé que da miedo dejar atrás todo lo que conoces. —Julie le sonrió—. Pero creo que estás preparada para hacer algo más que esto.

Ellie bajó la mano.

—¿Sabes qué? Tienes razón. —Enderezó los hombros—. ¿Dónde me inscribo?

—Aquí mismo. —Taylor sacó su expediente de debajo de su brazo.

«Por favor, no lo leas todo antes. Por favor, no lo leas todo», suplicó Julie. La joven fae sonreía de emoción y le arrebató los papeles de las manos de Taylor, sacó un bolígrafo de su bolsillo y firmó con una floritura feliz: «Elsbeth Feathertouch».

—Es mi verdadero nombre —admitió—. Lo encontré en una carta que me dejó mi padre.

—Muchas gracias. —Julie estrechó la mano de Ellie, mareada por el alivio—. Te veremos en

la Agencia el lunes, estoy segura.

—Por supuesto. Los detalles y la dirección están en tu copia del formulario. —Taylor agarró el brazo de Julie—. Pero tenemos que irnos ya. Adiós.

Sacó a Julie del edificio mientras Ellie los seguía con la mirada, perpleja.

—¡Lo hemos logrado! —chilló Julie—. ¡Lo hemos hecho!

Taylor la arrastró hacia Genevieve

—¡Todavía no! —Taylor comprobó su reloj y palideció—. Tenemos que entregar este papeleo antes.

A Julie se le revolvió el estómago.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Tenemos que ir a la Agencia? Nunca llegaremos a tiempo, ¡no con este tráfico!

«No tiene por qué ser físicamente en la Agencia. —El sombrero se retorció en su cabeza—. Tiene que quedar registrado en la próxima hora y veinte minutos para que cuente».

«Bueno, ¡conéctate a la Agencia y sube el papeleo!». Julie resopló.

«No es tan sencillo. La conexión con la Agencia funciona de otra manera, ¿recuerdas? Debemos mantener a los humanos fuera», gimió Hat.

—Entonces, tenemos que estar más cerca. —Taylor señaló a Genevieve—. *Mucho* más cerca.

—Mierda. ¡*Mierda!* Vale. —Julie cogió las llaves y se lanzó al coche. El motor rugió, y ella salió, con los neumáticos chirriando, a la calle. Casi de inmediato, pisó el freno. Un muro de tráfico, refulgente bajo la luz del sol, la recibió.

Julie golpeó el volante con la mano.

—¡Es casi como si alguien quisiera atraparme!

—O es un viernes y son casi las cuatro de la tarde, y todo el mundo está listo para empezar su fin de semana. —Taylor se revolvió el pelo al pasarse una mano—. Tiene que haber otra forma de acercarse, rápido.

Siguió un largo silencio. Lo único que Julie oía era el latir de la sangre en sus oídos.

Entonces, Hat habló:

—Tengo una idea.

—¿Línea de visión?! —chilló Julie—. ¿Qué quieres decir con que necesitas una línea de visión?
—Cállate un momento, ¿vale? —respondió Hat—. Hago lo que puedo con la patética conexión de la ASRI. Es absolutamente inútil.

—Vale. Lo siento. —Julie se aferró al volante, mirando el tráfico que se arrastraba por la carretera. Dejó que Genevieve avanzara un par de metros—. Entonces, ¿necesitas poder ver la Agencia para transmitirles los formularios?

—Así es.

Julie miró a Taylor.

—Estamos en Manhattan. La agencia está en Staten Island. ¿Cómo se supone que vamos a hacerlo?

Taylor consultó su reloj. 15:42.

—Bueno, tendremos que subir a un edificio alto. Un edificio muy alto.

—Un edificio muy alto entre Manhattan y Staten Island. —Julie le miró fijamente—. Taylor...

—No. —Taylor se quedó boquiabierto—. Me niego.

—¡Es perfecto! —Julie cogió su teléfono, apoyó el volante en las rodillas y tecleó en el GPS—. Incluso con este tráfico, llegaremos en una hora.

—Piénsalo bien, Julie —imploró Taylor—. Necesitas una reserva para subir a la corona. No habrá sitio.

—Esperad, ¿de qué estáis hablando? —ladró Hat.

Julie se quitó el gorro de la cabeza y lo dejó en el salpicadero.

—La Estatua de la Libertad.

El sombrero se quedó en silencio y luego se animó. El pompón del gorrito rebotó.

—¡Sí! ¡Sí, puede funcionar!

—¡Estáis locos los dos! —protestó Taylor.

—Mejor loca que muerta. —Julie aceleró a Genevieve y tomó la siguiente a la izquierda tan fuerte y rápido como le fue posible.

El motor gruñó en señal de protesta cuando tuvo que pisar el freno tras el siguiente parachoques mientras la calle avanzaba a paso de tortuga.

—Es nuestra mejor opción, Taylor. —Hat ladeó su pompón hacia Julie—. Nunca llegaremos a la Agencia a tiempo, pero tenemos una oportunidad, aunque sea muy pequeña, de llegar a la Estatua de la Libertad.

Taylor gimió mientras Julie encajaba a Genevieve entre un semirremolque y un todoterreno a escasos centímetros.

—¡Vas a hacer que nos maten!

—Intento justo lo contrario —espetó Julie.

Se abrió paso entre el tráfico, metiendo a Genevieve por huecos que parecían demasiado pequeños para el Mustang. Agradeció cada caballo de potencia que le ofrecía el motor. Zigzagueó entre los coches detenidos, ignorando los bocinazos airados que los rodeaban. Hat se deslizó sobre el salpicadero con un grito. Taylor lo agarró y lo apretó con ambas manos. Ambos chillaron mientras Julie lanzaba a Genevieve por una curva. El Mustang derrapó salvajemente y se detuvo a un pelo del coche que tenían delante.

—¡El ferri! —Taylor lo señaló—. ¡Se va!

—No, no se irá. —Hat se retorció—. Estoy moviendo algunos hilos. Provocando un retraso.

—Hat, eres mi héroe. —Julie lo dijo en serio.

En cuestión de segundos, Genevieve entró en el aparcamiento del transbordador. Julie metió el coche en un hueco y miró la hora. Las 16:21.

—¡Buena chica, Genevieve! —Julie golpeó el salpicadero del coche—. ¡Buena chica!

—Agradecemos que tu anciana casera tuviera un clásico americano tan potente escondido en su garaje. —Taylor abrió la puerta de una patada y salió corriendo—. Nunca habríamos llegado aquí en este tiempo si condujéramos un compacto.

—Creo que voy a vomitar, y ni siquiera tengo con qué vomitar —gimió Hat.

Julie trotó alrededor del capó de Genevieve, agarró a Hat y se lo volvió a poner sobre las orejas.

—¡Vamos! ¡Ya casi llegamos!

Siguiendo a la multitud que se agolpaba, Julie y Taylor corrieron hacia el ferri y se hicieron con los dos últimos billetes. Se asomaron a la barandilla mientras el transbordador surcaba las aguas. El sol de la tarde saltaba y bailaba sobre las olas, reflejándose en la estela. Julie miró la estatua, que se alzaba sobre la bahía con un brazo extendido y la corona en alto.

—¿Sabes que en realidad no se llama Estatua de la Libertad? —Se volvió hacia Taylor.

Él la miró fijamente.

—¿Qué?

—En realidad se llama *La libertad iluminando el mundo*.

Taylor continuó escudriñándola.

—¿Por qué estás pensando en eso en un momento como este?

—No lo sé. Tengo que distraerme de alguna manera. —Julie miró su reloj cuando el ferri se detuvo en la terminal. Las 16:47.

—¡Estamos apurando bien, ¿eh?! —gimoteó Taylor mientras se apresuraban a salir del ferri.

Julie levantó la vista hacia el resplandeciente verde cobrizo de la estatua que se alzaba más allá de los jardines y las cuidadas pasarelas que tenían delante.

—Vamos. ¡Corre!

Pusieron los pies en polvorosa y salieron disparados entre la multitud. Los brazos de Julie se balanceaban para impulsarla e ir más rápido. Su respiración era agitada, pero ella ignoró el dolor y luchó por seguir el ritmo de Taylor al tiempo que sus largas piernas cubrían la distancia.

Una larga fila rodeaba la base de la torre, y el corazón de Julie vaciló.

—¡Taylor! —gritó—. ¡Hora de hacer esa mierda de la realeza!

—Estoy en ello —ladró Taylor. Sacó su identificación de la Agencia del interior de su abrigo, bordeó la cola y corrió directamente hacia el guardia de seguridad—. ¡Persecución urgente! —Agitó la placa demasiado rápido para que el hombre pudiera leerla—. ¡Déjenos pasar!

—¿Qué? —El guardia lo miró.

—¡Escuche, señor, hay un asesino en serie suelto, y está dentro! —Taylor señaló a la estatua—. ¡Ahora, a menos que quiera que todos aquí mueran, se apartará de mi camino!

El guardia de seguridad frunció los labios.

—Sí, lárgate, hijo. Buen intento.

—¿Ha dicho *asesino en serie*? —chilló una voz entre la multitud.

Julie se dio la vuelta. La cola de curiosos se estaba inquietando. La gente miraba a un lado y a otro, se ponía de puntillas para espiar a Taylor y Julie.

—¡Eso es! —afirmó Julie—. ¡Y busca sangre!

—¡¿Sangre?! —chilló una mujer al frente de la multitud—. ¡Sangre! —Aulló la palabra como una mala actriz.

—En serio, señora, no hay razón para esto. —El guardia de seguridad extendió una mano—. Todo es un malentendido. No hay ningún asesino. Estas personas son intrusos.

—¡Intrusos! —gritó un hombre cerca del fondo.

—¡No, no estáis escuchando! —gritó otro miembro de la multitud—. ¡Asesinos!

La multitud rompió filas. El guardia de seguridad se adelantó y extendió ambas manos.

—Esperad. Calmaos.

Taylor puso una mano en el hombro de Julie y le dio un empujón.

—¡Vamos! ¡Vamos!

El guardia de seguridad ni siquiera miró, luchando por controlar a la muchedumbre. Julie pasó de largo y entró en el vestíbulo. Ya había estado allí en una excursión escolar, por lo que se dirigió hacia las escaleras. Detrás de ella se oían gritos.

—¡Corre! —El sombrero tiró de su cabeza—. ¡Corre, Julie!

Ya estaba sin aliento, pero subió las escaleras de dos en dos, Taylor justo a su lado. La escalera de doble hélice esperaba, toda curvas de metal brillante, y Julie se agarró a la suave barandilla y comenzó a subir tan rápido como sus extremidades se lo permitían.

«16:49 —soltó Hat—. ¡Muévete!».

—¡Es fácil para ti decirlo! —bramó Julie subiendo las escaleras—. ¡Eres un sombrero! ¿No puedes convertirte en un pájaro o algo así?

Taylor resopló detrás de ella.

—Eso sería muy útil.

Hat se burló.

—No puedo transformarme en seres vivos.

—¡Entonces cámbiate a un avión o algo! —gritó Julie.

—¿Cómo voy a saber la estructura atómica de un avión? Nunca he estado cerca de uno —replicó Hat.

—No importa. —Taylor pasó junto a ella, sus kilométricas piernas haciendo el trabajo corto de las escaleras—. Podemos hacerlo. ¡Vamos, Julie!

Habían llegado a la plataforma inferior y el sudor resbalaba por la piel de Julie. Se arrancó la chaqueta y la tiró escaleras abajo. Taylor iba más rápido, mucho más rápido, como si nunca se cansara.

«Los elfos son conocidos por su velocidad y resistencia inusuales», la informó el orbe de entrenamiento.

—Ve delante —jadeó Julie. Se arrancó a Hat de la cabeza y se lo tendió a Taylor—. No puedo seguir el ritmo.

—Por supuesto que puedes. Vamos a hacerlo. —Taylor la agarró del brazo—. ¡Ya casi estamos!

Durante los minutos siguientes, Julie se sumergió en un mundo de esfuerzo sin aliento. Cada fibra de su cuerpo se tensaba. Los pulmones le ardían, los músculos no le daban tregua y sentía que los pies le pesaban una tonelada. Se tropezó dos veces, pero Taylor la levantó de nuevo y, entonces, de alguna manera, la escalera se abrió a su alrededor, la luz del sol brillante apuñaló sus ojos, y se encontraron en la corona de la estatua.

Julie se detuvo, mirando a su alrededor, enloquecida. Estaba rodeada de ventanas arqueadas con elegantes marcos de madera.

—¿Dónde tenemos que ir? ¿La antorcha?

—No. ¡Así está bien! —Hat se retorció—. ¡Abre la ventana!

Taylor la abrió de par en par.

—¿Qué hora es?

—16:58. ¡Deprisa! —gritó Hat

Julie corrió hacia la ventana, agarrando con fuerza a Hat, y lo sostuvo fuera. Abajo se veía la Isla de la Libertad. Más allá estaban las infinitas olas del mar y el perfecto horizonte de Manhattan. Detrás, los gritos. Allí, en ese momento, solo estaba su corazón, que palpitaba en sus oídos.

Hat maldijo.

—No. ¡No!

—¿Qué? —Taylor se agarró al alféizar, como para apoyarse.

—Necesito estar más alto. No funciona.

Julie miró a Taylor como si le acabaran de lanzar un jarro de agua fría.

—Eso es todo, entonces —susurró—. Se acabó.

Taylor estaba ceniciento.

—Lánzame. —El sombrero se puso rígido en sus manos.

—¿Qué?

—¡Lánzame por los aires! —ordenó Hat

Julie negó con la cabeza.

—¿Y si te caes? —Cuando miró hacia abajo, el agua de la bahía estaba muy lejos. Las blancas motas de las olas chocaban con los bordes de la isla.

—¡Solo hazlo! —chilló Hat—. ¡Confía en mí!

Julie se dio cuenta de que debía hacerlo. Apretando los dientes, se asomó lo más posible por la ventanilla y dobló los brazos.

—Hazlo. ¡Alto! —gritó Hat

Julie lo lanzó con todas sus fuerzas y, durante unos segundos en los que se quedaron sin aliento, Taylor y ella miraron al gorrito con pompones que flotaba en el aire. El mundo se movía a cámara lenta. El gorro cayó hacia ella. Julie se arrojó contra el alféizar y extendió las manos. El gorro caía en picado y sus brazos eran demasiado cortos. No lo conseguiría.

—¡No! —sollozó ella

¡Puf!

El gorro se convirtió en un sombrero de paja de ala ancha. El borde del ala se deslizó entre sus dedos cuando sus pies abandonaron el suelo, y su equilibrio la inclinó hacia la ventana. Los botones de la blusa se le engancharon en el alféizar al deslizarse hacia delante.

—¡Julie! —gritó Taylor y una mano firme se aferró a la parte posterior de su cinturón.

Julie agarró el sombrero de paja y lo apretó contra su pecho mientras Taylor la empujaba hacia el interior de la corona con todas sus fuerzas. Ella salió disparada desde la ventana, se golpeó contra él, y todos se desplomaron en el suelo.

—¡Oye! Suéltame —refunfuñó Hat.

Julie se sentó y sacó a Hat de debajo de su trasero.

—¿Estás bien?

—Pesas más que un unicornio con sobrepeso, ¿lo sabías? —espetó Hat.

Taylor lo agarró.

—¿Lo has conseguido? ¿Lo has registrado?

Julie sacó su teléfono. Las cinco en punto de la tarde.

—Sí. —Hat se rio—. Lo hemos registrado a tiempo. Enhorabuena, chica. Tienes a tu primera recluta.

Julie se dejó caer contra la barandilla de la escalera, sin saber si reía o sollozaba. Taylor sonrió, sus ojos casi desaparecieron mientras sus mejillas se levantaban.

—¡Lo has logrado! —Levantó una mano.

Julie chocó los cinco.

—Lo hemos conseguido. —Cogió a Hat suavemente de Taylor y lo colocó sobre su cabeza —. Nunca podría haberlo hecho sin vosotros.

Los ojos de Taylor se encontraron con los suyos.

—¿Para qué están los amigos?

«Tenemos que salir de esta estatua cuanto antes. ¡Tenemos compañía!».

—¡Oh, mierda! —Julie se puso en pie y se inclinó sobre la barandilla para mirar hacia la escalera y vislumbró a los guardias de seguridad, que subían las escaleras hacia ellos.

Taylor la miró con los ojos muy abiertos.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora será mejor que corramos... ¡otra vez! —Julie estalló en carcajadas, subida en una marea vertiginosa de alivio—. ¿Qué es lo peor que puede pasar ahora?

Dos guardias aparecieron a un lado de la escalera de la corona.

—¡Tú! —ladró uno—. ¡Alto ahí!

—¡Vamos! —chilló Julie, y echó a correr por la doble hélice tan rápido como sus piernas podían llevarla. Las sentía como gelatina, pero gelatina viva, que era mejor de lo que habrían sido si hubieran llegado a la cima de la estatua cinco minutos más tarde.



—CREO QUE LOS HEMOS PERDIDO —jadeó Julie cuando entraron en el vestíbulo. Le dolían mucho los pies.

Taylor miró a su alrededor, con el sudor corriéndole por los costados de la cara.

—Los hemos dejado atrás, pero nos pisan los talones. Habrá otros guardias en la puerta.

Julie gimió.

—¿De verdad después de todo lo que hemos pasado vamos a terminar en la cárcel por allanamiento?

Taylor se crujió los nudillos.

—No si puedo evitarlo. ¡Vamos!

Se precipitó hacia las puertas y Julie lo siguió a la mejor carrera que pudo. El mismo guardia al que habían acosado antes estaba fuera, gritando por encima de una multitud que intentaba decidir si estaban fascinados o asustados. Se dio la vuelta cuando se abrieron las puertas y se llevó una mano al espray de pimienta que llevaba en el cinturón.

—¡No me obligues a usarlo! —Taylor se abalanzó sobre el guardia y golpeó el espray

mientras el hombre lo sacaba de su funda.

—¡Taylor! —chilló Julie, que frenó en seco—. No es su culpa. Es inocente.

—Lo sé —gruñó Taylor.

Y con una hábil maniobra que Julie apenas consiguió ver, Taylor hizo girar al guardia y lo envió trastabillando a los brazos de la multitud boquiabierta. Agarraron al guardia antes de que cayera.

Julie no se quedó a mirar. Se abrió paso entre la multitud, sosteniendo a Hat con fuerza sobre su cabeza. Taylor la seguía de cerca. La multitud, aún distraída por el enfurecido guardia, los engulló en pocos segundos.

—Ahora los hemos perdido. —Taylor sonrió mientras aminoraban la marcha y se dirigían hacia la terminal del ferri.

—Eso ha sido increíble. —Julie se secó la frente y se movió el sombrero de paja hacia atrás—. Esos movimientos han sido alucinantes, chaval.

Taylor se apartó el pelo de los ojos.

—¿Tú crees? Nunca lo había probado en la vida real. Solo entrenando con mi maestro.

Julie sonrió.

—Tal vez tu maestro debería entrenarme, también.

—Yo no me preocuparía. —Taylor se rio—. Creo que sabes cuidar de ti misma.

La gente del ferri ignoraba que Julie y Taylor hubieran causado problemas. Embarcaron y se sentaron junto a la barandilla, aún sin aliento y sudorosos. Julie se quitó a Hat de la cabeza y lo puso en su regazo.

«¿Estás bien? ¿Y estás seguro de que has completado el registro?».

«Te lo prometo. —El ala del sombrero se curvó como en una sonrisa—. Ya está todo hecho».

Julie se echó hacia atrás, disfrutando del sol en su cara.

—No me lo puedo creer. Mañana visitaré a mi madre, cenaré con Lillie y pasaré el domingo en la cama... y viva.

—¿Y el lunes? —Taylor se tapó los ojos, sin mirarla.

—Todavía no he pensado en el lunes. —Julie sonrió—. Es bueno estar viva.

—Sí, me vendría bien no volver a ver escaleras en toda mi vida —admitió Taylor—. Me alegro de que haya un ascensor en la Agencia. No puedo esperar a ver la cara de Kaplan cuando se dé cuenta de que de verdad hemos hecho.

Julie se abrazó para protegerse de la fría brisa que corría sobre la bahía.

—No puedo esperar a restregárselo por las narices.

Los ojos de Taylor se abrieron de par en par.

—Yo no te lo recomendaría.

Las piernas de Julie protestaron cuando llegaron a la terminal y se levantó del banco. Entró gimiendo en el aparcamiento.

—Después de esta semana, me siento como si tuviera cien años.

—Yo sí tengo cien años, pero me siento más viejo que nunca. —Taylor se frotó la parte baja de la espalda mientras cojeaban hacia Genevieve.

—¿Qué? ¿En serio?

—Ya te gustaría saberlo. —Sonrió con deleite.

Julie vio un reluciente papel blanco en el parabrisas de Genevieve. Se apresuró hacia el coche y lo cogió.

—¿En serio? —siseó—. ¿Una multa de aparcamiento?

—Bueno, has aparcado en doble fila —señaló Taylor.

En plena hora punta de un viernes por la tarde.

Julie dejó la sanción sobre el capó.

—Ninguno de vosotros está siendo útil. Desearía poder... quitar esta mierda con magia o algo.

—Vale, vale, ya te ayudo. —Taylor sacó su teléfono del bolsillo y tomó una foto.

—¿Qué haces?

—Solo le envío esto a mis abogados. —Taylor guardó su teléfono—. Es para el trabajo. Ellos pueden encargarse. No es magia, pero está cerca.

Julie sonrió.

—Está aprendiendo a delegar, alteza.

Esa vez, cuando arrancó el motor de Genevieve, se reclinó en el asiento y disfrutó tranquilamente del poderoso estruendo mientras sacaba el coche del estacionamiento y se incorporaba al tráfico, de regreso a Staten Island.



LA AGENCIA ESTABA CASI vacía cuando dejaron a Genevieve en el aparcamiento y se dirigieron a los ascensores. Habían estado escuchando a Green Day, y el cuerpo de Julie aún bullía de adrenalina, como si la música se le hubiera metido en la sangre.

—¡Todavía no puedo creer que casi te hayas caído de la Estatua de la Libertad! —Taylor levantó las manos—. ¿Cómo puedes estar tan delgada?

—Más desesperada que delgada. —Julie le dio un empujón con el codo—. Al menos no se me ha caído Hat.

«Podéis estar agradecidos de no haberme tirado —resopló Hat—. No me habría ninguna gracias si hubierais tenido que pescarme de la bahía. Creo que habría vuelto al Museo».

—¿Así que habrías sobrevivido? —Julie le tocó el borde.

«Claro *que* sí. ¿*Crees que ha* sido la primera que me arrojan desde un edificio?».

—Bueno, Hat podría haberlo conseguido, pero tú no. —Taylor sonrió—. Te he salvado la vida, ¿sabes? Básicamente, ahora me lo debes para siempre.

Julie se burló.

—Oh, por favor. Habría encontrado una manera de no caer en picado a mi perdición.

—Claro que sí.

«Al menos la policía ha dejado de buscarte, ya que no has hecho daño a nadie ni te has llevado nada. —Hat sonaba arrogante—. Les he hecho algunos arreglos a sus radios, así que ahora discuten sobre cuál es tu descripción exacta. Mañana ya se habrán olvidado de ti».

«Gracias, Hat». Julie le dio una palmadita cuando llegaron al ascensor.

—Habéis sido geniales —les dijo a ambos.

—También lo hemos conseguido en tus propios términos. —Taylor se cruzó de brazos, apoyándose en la pared—. Sin borradores, sin mentiras, sin falsas promesas.

—Esa es la mejor parte. —A Julie le dolían las mejillas de tanto sonreír—. Creo que la Agencia va a ser buena para Ellie, y lo mejor es que será una agente increíble.

—¿Eso es lo mejor? —Taylor enarcó una ceja—. ¿Mejor que la parte en la que has salvado el pellejo?

—Hay cosas mejores que mi piel, ¿sabes? —Julie se pasó una mano sensual por la mejilla y el cuello—. Aunque no muchas.

Taylor se echó a reír.

Seguía riéndose cuando el ascensor llegó a la tercera planta y entraron en la sala común. Estaba vacía. Todas las mesas estaban abandonadas y las luces apagadas. De la puerta abierta del despacho de Kaplan salía un cálido y mortecino resplandor de luz solar.

—Espera. —Julie se detuvo—. ¿Por qué está abierta la puerta de Kaplan? No parece el tipo de jefe que tiene la puerta siempre abierta.

—No lo es. —Taylor se mordió el labio.

«Tengo un mal presentimiento. —Hat se aplastó contra la cabeza de Julie—. Un muy mal presentimiento».

Julie entrecerró los ojos y escudriñó a través de la puerta abierta.

—¿Quién está en su oficina?

Incluso al otro lado de la habitación, oyeron los gritos de Kaplan. Al acercarse, Julie vio una figura grande y robusta frente al escritorio, con la cabeza inclinada.

Taylor tragó saliva.

—Los guardias del Museo.

Julie vislumbró la luz del sol reflejada sobre la piel verde pálido.

—Los trolls informáticos. —Miró a Taylor—. Esto solo puede significar una cosa.

Los ojos de Taylor se abrieron de par en par.

—Oh, *mierda*.

—Yo me encargo. —Julie le acarició el brazo—. Ha sido cosa mía.

—No. —Taylor negó con la cabeza—. Eres mi compañera. Lo hemos hecho juntos.

—Oye, esa es mi frase —replicó Julie, lo que provocó una leve sonrisa de Taylor.

No tenía sentido retrasar lo inevitable. Fueron hacia el despacho. Los ojos de Kaplan atravesaron la puerta y, entrecerrándose, se clavaron en Julie. Sus pobladas cejas bajaron peligrosamente sobre el puente de la nariz. Su labio se curvó aún más que de costumbre.

—¡Aquí están! —El más alto de los dos guardias elfos se dio la vuelta y los señaló—. ¡Lo hicieron ellos, capitán!

El otro guardia miraba a Julie y a Taylor como si quisiera freírlos en el acto y luego ensartarlos en las brasas. Qtana, Gnerk y un troll más alto que Julie no reconoció se agruparon en una esquina de la habitación. Qtana tenía los ojos muy abiertos. El otro, sin embargo, tenía un archivo bajo el brazo y mirada fría y dura que se dirigió al sombrero de paja que Julie aún llevaba puesto.

—Meadows. Woodskin. —Kaplan se sentó, cruzando sus enormes brazos—. Habéis estado ocupados.

—Sí, señor. —Julie se acercó al escritorio, se sacó el expediente de Ellie de debajo del brazo y se lo puso delante.

Kaplan lo abrió delicadamente con un dedo y el pulgar. Julie se dio cuenta de que sus uñas eran puntiagudas, y la idea de la decapitación volvió a pasar por su cabeza.

—Elspeth Feathertouch —leyó Kaplan—. Así que has sido tú.

Julie cuadró los hombros.

—He sido yo, señor.

Taylor se puso a su lado, lanzando una mirada a los trolls.

—Ha sido nosotros.

—*Lo hemos sido* nosotros —le corrigió Julie.

Él negó con la cabeza.

—No, eso suena mal.

—Sí, tienes razón. —Julie se frotó la barbilla—. Suena aún peor. El verbo no es correcto.

—¡Basta ya! —Kaplan golpeó el escritorio con un enorme puño e hizo dar un respingo a todos los presentes.

Sus ojos ámbar recorrieron la sala, desde los guardias elfos hasta los trolls, y un gruñido grave retumbó en lo más profundo de su pecho.

Julie sintió la garganta seca.

«¿Cuál es la pena por robar un artefacto mágico importante?».

«Liquidación —le informó Hat—. *Lo siento*. Creo debería haberlo mencionado antes».

«¿Tú crees?».

Julie tragó saliva: se sentía de nuevo asomada a aquella estrecha ventanita, mirando hacia abajo, hacia una muerte segura.

Kaplan volvió a mirar a Julie.

—Qbiit y los otros trolls presentes tienen una queja grave. —pronunció el nombre «Kubit».

El troll desconocido dio un paso adelante, ajustándose las gafas.

—¡Ahí está! —Señaló a Hat—. ¡Ahí está ese viejo sistema inútil!

«¿QUÉ?».

Hat rugió tan fuerte que a Julie le escoció la cabeza.

—No sé de qué estás hablando. —Julie se quitó el sombrero de paja y lo sostuvo frente a ella—. Es solo un sombrero, amigo. ¿Te has tomado algo en mal estado?

—¡Está mintiendo, capitán! —Qbiit giró para mirar a Kaplan—. ¡Está mintiendo, y lo sé! Ese viejo sistema se ha utilizado *sin nuestro permiso*.

—¡En lugar de la ASRI! —intervino Qtana.

«Mierda. —gimió Hat—. Deben haberme identificado como activo cuando he enviado los archivos. Lo siento».

«No pasa nada. —Julie levantó la barbilla y miró a Kaplan a los ojos—. No es como si hubieras tenido tiempo de ocultarlo de alguna manera».

—No creo que sea posible utilizar el sistema antiguo, ni siquiera activarlo. —Kaplan apretó sus dedos, y Julie se quedó clavada en su lugar con una sola mirada—. Considerando que DumbleDork está a salvo dentro del Santuario de Tecnología y Magia del Pasado.

—¡Eso es lo que acabamos de decir! —Uno de los guardias estalló—. DumbleDork ya no está allí. ¡Lo ha robado!

«No soy ningún objeto; un respeto, por favor», murmuró Hat.

—¿Estás seguro de que el antiguo sistema está activo? —preguntó Kaplan sin apartar los ojos de Julie.

Qbiit apretó los puños.

—¡Sí!

—¡Activo y fuera del almacén! —reiteró uno de los elfos.

«Bueno, ahora sí que estamos en serios problemas». Julie agarró a Hat con fuerza.

Qbiit dio un paso adelante, señalando con un dedo a Julie.

—¡Esta *humana* ha entrado en nuestro mundo, ha robado nuestros artefactos y ha activado sistemas antiguos peligrosamente seniles!

«¡¿Peligrosamente qué?!», rugió Hat.

—Es un peligro para los paranormales en todas partes. Es una desgracia para el Trono de la Eternidad. —Motas de saliva se acumulaban en las comisuras de los labios verde oscuro de Qbiit—. ¡Capitán, hay que *flagelarla*!

—No hemos azotado a nadie en doscientos años. —Kaplan seguía con su enervante mirada fija en Julie.

Un elfo sacudió el puño.

—¡No importa! Deberíamos liquidarla. Hay que desmentalizarla.

«Decapitación». La palabra sonó en la mente de Julie y tragó saliva.

—¡Espera un momento! —Taylor dio un paso adelante.

—¡Woodskin, cállate! —Kaplan gruñó. Taylor se quedó callado y él volvió a mirar a Julie—. ¿Hasta qué punto está implicado en todo esto? —exigió saber el capitán.

—No se puede culpar a su alteza de las cosas que esta humana le ha obligado a hacer. —Qbiit sonrió con sorna a Taylor—. Tal vez una multa o suspensión sería apropiado para él, señor.

—¡Y liquidación para la humana! —El elfo dio una palmada con el puño en la otra mano.

El otro elfo levantó la barbilla.

—Tal vez el exilio o el destierro sean castigos apropiados para ella, señor.

—¡Liquidación! —Tronó el otro.

Kaplan desvió la mirada de Julie a los elfos por fin.

—No estás en posición de prescribir cómo castigaré a uno de los míos.

Los elfos tartamudearon y, poco después, guardaron silencio.

—Está poniendo todo nuestro mundo en peligro —espetó Qbiit—. Podría desenmascaramos. Podría arrastrarnos a una guerra con el mundo humano. —Atravesó la habitación y señaló a Julie con un dedo furioso—. ¡Por lo que sabemos, es una espía enviada por los humanos o los rebeldes, y ha venido aquí para acabar con la Agencia y dejar indefenso al mundo paranormal!

Julie lo miró fijamente, con la sangre helándose en sus venas. Si Kaplan creía a Qbiit, todo habría sido en vano.

La decapitación sería inevitable.

Julie abrió la boca para defenderse, aunque no se le ocurrió nada que decir. Nada que pudieran creer. Cada argumento parecía marchitarse en su garganta bajo la mirada de Kaplan. Tenía una mano apoyada en el escritorio y, mientras Julie lo observaba, le pareció ver que las uñas se alargaban y se clavaban en la madera.

—¡Esperad un momento! —tronó una voz profunda y poderosa a su lado.

Julie respingó y se dio la vuelta. Era Taylor. Se acercó a grandes zancadas a Qbiit y se puso nariz con nariz —o más bien, nariz con cuello —con el troll. Al lado del príncipe elfo, Qbiit era tan bajo que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirar a Taylor a los ojos.

—Nada de lo que acabas de decir es exacto. —Taylor señaló a Julie—. Esa humana ha sido, sin querer, arrastrada a nuestro mundo y obligada a aceptar un trabajo que no ha pedido. Nunca ha renunciado, nunca se ha rendido, nunca ha bajado el ritmo y ni siquiera ha considerado la deshonra que tú das por sentada.

—¡Pero... pero es *humana*! —espetó Qbiit.

Las manos de Taylor se flexionaron como si quisiera envolverlas alrededor de la garganta del troll.

—Sí, ¿y cómo terminó aquí, en el cuartel general, para empezar? —Qbiit apretó los labios—. Ah, sí, es cierto. Fue por un fallo en *tu* precioso sistema. —Taylor gruñó a centímetros de la cara de Qbiit—. Este desastre es culpa tuya, troll, así que recuerda mis palabras: no permitiré que esta humana inocente caiga por tus errores.

Qbiit tragó saliva y dio un paso atrás.

—Eso no cambia que haya robado a DumbleDork. —Uno de los guardias elfos se cruzó de brazos—. Al igual que usted, su alteza.

Taylor se dio la vuelta.

—¡Julie nunca habría necesitado a DumbleDork si el ASRI 4000 no hubiera sido tan inútil!

—¡Eh! —Qtana parpadeó tras sus gafas, dolida.

—Lo siento, Qtana. Sé que ese sistema es tu bebé, pero no sirve para nada —ladró Taylor—. ¡Probablemente por eso nuestras cifras de reclutamiento han sido tan bajas en estas últimas semanas! El ASRI ha demostrado que no es fiable, que no es rápido y que no proporciona a nuestros reclutadores los datos necesarios para mantener la Agencia a flote y, en el caso de Julie, evitar que la despidan. —El príncipe elfo levantó las manos—. No tuvo más remedio que encontrar un sistema mejor. Si hubiera dependido de *tu sistema*, ya la habrían *despedido*.

Kaplan miraba a Taylor con la boca abierta.

«No tenía ni idea de que tuviera tantas agallas», reflexionó Hat.

Julie parpadeó. «¡Yo tampoco! ¡Pero míralo ahí!».

—Di lo que quieras, pero lo ha robado —espetó el elfo. Dio un paso adelante, agarró la pantalla de un ordenador que había en la mesa de Kaplan y la giró hacia Taylor y Julie—. ¿De qué otra forma explicarías esto?

Julie sintió que el estómago se le revolvía como si se le cayera la tierra encima. Un bucle de imágenes de seguridad se reprodujo en la pantalla. La entrada al Museo. Los dos elfos de guardia. Las puertas del ascensor se abrieron, y Julie y Taylor salieron con ese sombrero en la cabeza de Julie.

La voz metálica del guardia habló a través de la pantalla.

—¿Algo de valor que declarar?

Julie hizo una mueca, segura de lo que venía a continuación, mientras se miraba a sí misma en la pantalla y pasaba una mano por sus curvas.

—Solo esto.

—¡Así que aún no tienes nada!

Kaplan enarcó una ceja y miró a Julie. Ella hizo una mueca. El guardia en cuestión, que estaba a su lado, se había vuelto gris.

El otro guardia pinchó la pantalla.

—¡Ya está! Y, luego, quince minutos más tarde...

Todos observaron en silencio cómo las imágenes de seguridad mostraban a Julie saliendo del almacén.

—¡Todo esto! —De nuevo, Julie hizo un gesto en la pantalla. Kaplan levantó la otra ceja mientras las risas llenaban la sala.

—¿Qué quieres decir? —gruñó el capitán, mirando a los guardias.

—Espere, señor. Un vídeo más. —El guardia pasó al siguiente vídeo. Esta vez, mostraba el santuario y a Hat en su forma mágica mientras Julie se acercaba a él. Hat se convertía en la copia perfecta del sombrero de fieltro que llevaba... y el intercambio.

Julie no estaba segura de si moriría de miedo o de vergüenza, pero sería por una de las dos.

Los ojos de Kaplan la clavaron en la pared.

—Veo, Meadows, que llevabas el viejo sistema en la cabeza al salir....

—Señor... —empezó a decir Julie.

Taylor dio un paso adelante, con los brazos cruzados.

—Lo que vosotros dos ignoráis, por supuesto —se dirigió a los elfos—, es que Julie tenía permiso del capitán Kaplan para llevarse a DumbleDork y que la ayudara en su trabajo.

Kaplan se quedó boquiabierto. La cerró de golpe, entrecerrando los ojos.

—Woodskin...

El guardia elfo se volvió hacia él.

—¿Eso es cierto, señor?

—Sí, señor. —Taylor miraba fijamente a Kaplan—. ¿Por qué no se lo dices?

Julie miró de Taylor a Kaplan y viceversa.

«¿Qué está pasando ahora? ¿Por qué parece que Taylor tiene la sartén por el mango?».

«No tengo ni idea, pero lo estoy disfrutando de lo lindo». Hat se rio entre dientes.

«Sí, bueno, tu vida no es la que está en juego». Julie se limpió las palmas sudorosas en los pantalones.

Kaplan arrastró con lentitud su furiosa mirada de Taylor a los elfos. El silencio se prolongó durante una eternidad antes de que hablara.

—Sí. Le di permiso a Meadows para usar a DumbleDork.

—¿Qué? —graznó Qbiit—. ¿Por qué? —Kaplan le dirigió una larga mirada—. Disculpe,

¿por qué, *señor*? —murmuró Qbiit.

—Porque, como Woodskin amablemente ha señalado, el ASRI 4000 no ha estado dando resultados. Traer a un humano era un experimento. —Kaplan se encogió de hombros, que se movieron como rocas—. Traer de regreso a DumbleDork fue otra parte del experimento, y dado que Meadows ha conseguido aquí en una semana lo que todo un ejército de reclutadores no ha logrado en un mes, yo diría que ha sido un éxito rotundo.

Julie soltó un suspiro. Taylor le dedicó una sonrisa y ella tuvo que resistir el impulso de dejarse caer en el sillón más cercano.

—Y otra cosa. —Kaplan se recostó en su silla—. También les di instrucciones a Woodskin y Meadows para que pusieran a prueba el sistema de seguridad del Santuario.

Los dos elfos se quedaron paralizados.

—¿Señor?! —chilló el más bajo.

—Ya me has oído. Por eso no se te notificó que el viejo sistema sería retirado del almacén. Quería ver lo difícil que le resultaría a alguien robar algo. —Kaplan terminó la última palabra de en un gruñido largo y retumbante.

Los elfos arrastraron los pies.

—Pero, señor, es un hecho que cambia de forma —protestó uno—. ¿Cómo se supone que...?

—Ah, ¿y DumbleDork es lo único del almacén que cambia de forma? —Kaplan se inclinó hacia delante, golpeando con ambas manos el escritorio—. ¿Me estás diciendo que solo se pueden custodiar cosas *no mágicas* en el Santuario de Tecnología y Magia del Pasado? ¿Es eso lo que dices?

—No, señor. —El elfo tragó saliva—. Lo siento, señor.

Julie hacía todo lo posible para no quedarse con la boca abierta.

«Bueno, esto es no me lo esperaba».

«Ahora mismo soy muy feliz. —Hat soltó una risita—. Si fuera humano, ahora querría palomitas».

Qbiit se adelantó.

—Todo eso está muy bien, *señor* —espetó—, pero ¿por qué no *nos* dijo que se iba a activar el sistema antiguo?

—Creo que debería darle una oportunidad a la ASRI, señor. —Qtana parpadeó tras sus gruesas gafas—. Aún quedan cosas por cambiar, pero confío en que podamos mejorarla hasta el punto de que....

Kaplan levantó una mano, silenciándolos a ambos.

—Nos ocuparemos de esos errores más tarde. —Se volvió hacia los elfos—. Ahora, hablaré con el jefe de Seguridad, y espero un informe completo sobre cómo puede reforzarse la seguridad del edificio sobre mi mesa el lunes a la hora de comer. ¿Está claro?

El más alto de los dos elfos tragó saliva.

—Sí, señor.

—Bien. Pueden retirarse.

Los guardias se dirigieron hacia la puerta, pero el más bajo se detuvo y se volvió hacia Julie antes de salir. Sus mejillas eran de un gris pálido.

—No lo sabíamos. Solo hacías tu trabajo.

—Oye, sin rencores. —Julie sonrió con satisfacción—. Nada de *esto* os guarda rencor. —Se pasó una mano por el costado y la cadera.

El elfo esbozó una sonrisa y su color se normalizó. Siguió a su colega fuera del despacho.

Qbiit se acercó al escritorio y apoyó las manos, acercándose a Kaplan más de lo que a Julie le

gustaría.

—Señor, con todos mis respetos, esto es ridículo. Yo soy el director de Informática aquí. Debería haber acudido a mí en lugar de confiar en un reclutador que aún está verde y en un sistema que se ha vuelto senil y muy poco fiable.

—¡Eh! Estoy aquí. —Hat salió de la cabeza de Julie y aterrizó en el escritorio con un débil golpe—. Capitán, usted sabe tan bien como yo que no me dieron de baja por senilidad. ¡Fui decomisado porque estos jóvenes advenedizos no podían lidiar con mi actitud!

Qtana tenía los ojos muy abiertos. Qbiit fingió que Hat no había hablado. El labio de Kaplan se curvó, mostrando una hilera de dientes puntiagudos y brillantes que parecían alargarse mientras Julie observaba.

—Te has pasado de la raya, troll. Te sugiero que vuelvas a tu despacho y te centres en hacer tu trabajo.

Qtana dio un paso adelante, dirigiéndose a Julie.

—¿Sabes?, trataba de ayudarte.

—Lo sé. —Julie la miró fijamente. ¿Había lágrimas en los ojos de Qtana? La troll parpadeó antes de que Julie pudiera confirmarlo.

—Quizá no hubieras estado tan desesperada como para aceptar el sistema antiguo si hubieras sabido la verdad —añadió Qtana.

—¿La verdad? —Julie frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

La troll respiró hondo, miró a Kaplan, sacudió la cabeza y se volvió hacia Julie.

—La verdad es que podías volver sana y salva al mundo humano cuando quisieras. Y que aún puedes hacerlo.

El silencio se cernió sobre la habitación como el humo y ahogó a Julie, el suelo parecía inclinarse bajo sus pies. El ceño de Qbiit seguía fruncido. Kaplan estaba quieto; sin mover ni un músculo. Bien podría haber sido una enorme estatua tallada en bronce.

Julie tardó varios momentos en recuperar el control sobre su voz.

—Cómo... ¿cómo dices?

—Todo esto ha sido una farsa, Julie. —Qtana señaló a Kaplan—. Nunca hemos matado a ningún humano por descubrir que existen los paranormales.

—¿Creías que eras la única humana insensata que tropezaba con nosotros en la historia? —Qbiit se rio, pero no llegó a sus ojos—. Si tuviéramos que matar a todos los humanos que descubren a los paranormales, estaríais medio extinguidos.

—Pero... pero... —Julie se giró y sus ojos se clavaron en Taylor—. ¿Es verdad?

Taylor estaba gris como la masilla. Bajó la cabeza.

—Así que lo sabías. —Julie tenía la boca seca—. Todos lo sabíais.

—Nunca dije que te matarían. —Kaplan se descongeló y se recostó en la silla—. Te dije que te borrarían la mente y te liquidarían, lo que es cierto.

—Espere, ¿qué pasa con la *decapitación*?

—Era una broma, Meadows. —Kaplan sonrió satisfecho—. A veces las hago.

Esta vez, Julie sí se hundió en un sillón. Se pasó los dedos por el pelo corto y se quedó mirando a los trolls.

—¿Qué es la desmentalización, entonces?

—Un proceso indoloro —explicó Qbiit—. Es caro, pero es fácil. He lidiado a muchos humanos en mi vida. Si Kaplan hubiera seguido el protocolo, el lunes habrías seguido con tu día, como siempre, sin saber que existían los trolls, los cambiaformas o los elfos del Éter.

Julie volvió a mirar a Taylor.

—Soy el *capitán* Kaplan; habla con respeto, troll —gruñó Kaplan.

—¿Sabes que significa esto, Julie? —Qtana se sentó a su lado, en el borde de la silla—. Significa que eres libre.

Julie tragó saliva.

—¿Libre?

—Sí. ¿No lo entiendes? Sin la amenaza de ejecución, que nunca ha sido real, sobre tu cabeza, puedes hacer lo que quieras. Todavía tienes la gratificación de inicio, que te mantendrá hasta que consigas encontrar otro trabajo agradable, humano.

La mente de Julie se aceleró. Un trabajo agradable, humano, sin amenazas de por medio. Un trabajo en el que no tuviera que preocuparse por la muerte ni por invadir la Estatua de la Libertad

ni por recoger vampiros de la acera.

—Todo podría volver a la normalidad —continuó Qtana—. No, *mejor* todavía. Ahora tienes el coche, ¿no? Y más experiencia vital. Creo que lo menos que puede hacer el capitán después de este fiasco es escribirte unas buenas referencias. Conseguirías trabajo enseguida.

Julie se apretó las sienes con los dedos. Intentó imaginarse volviendo al apartamento. Dormir hasta tarde. Pasar el fin de semana leyendo. Buscando más trabajo. Quizá algo *online* que pudiera hacer desde casa. Grabación de datos o redacción de artículos o algo así. Sería tranquilo. No tendría que hablar con nadie, lo que siempre era agradable.

No tendría ni idea de que más allá del Velo existía un mundo peligroso lleno de criaturas míticas.

Hat seguía sentado sobre el escritorio, como si no estuviera hecho más que de paja. Taylor seguía sin mirarla, pero sus mejillas estaban pálidas.

—Nada de esto ha sido justo, Julie. —Qtana ladeó la cabeza para que su coleta se desparramara dorada sobre su hombro—. Deberías poder volver a hacer las cosas que te gustan. Podrías leer más, incluso pasar más tiempo con tu madre. Sigue construyendo tu relación con Lillie. Creo que te necesita.

—Espera. —Los ojos de Julie se entrecerraron y miró a Qtana—. ¿Cómo sabes lo de mi madre y Lillie?

Qtana se enderezó, con las mejillas ligeramente rosadas.

—Bueno, en tu expediente...

—Eso no explica lo de la casera. —Taylor levantó la vista—. Julie me habló de ella, pero sé que no te lo dijo *a ti*, Qtana.

—Nosotros... tuvimos... Verás... —Qtana miró impotente a Qbiit.

Julie le contestó.

—¿Nos espías? Es como si tuvieras miedo de lo que podría hacerte, cuando yo soy el bicho aquí.

—No lo entiendes. —Qbiit dio un paso adelante—. Eres humana. Rastrear era esencial por razones de seguridad.

—Oh, lo era, ¿verdad? —Kaplan casi ronroneó las palabras esta vez, pero sus ojos eran peligrosos—. Interesante; entonces, ¿has espiado a Meadows sin que yo te diera la orden?

—Oiga, no trate de hacerse el simpático ahora, capitán. —Julie lo señaló con el dedo—. No olvido que fue usted quien me mintió.

Kaplan hizo un gesto con la mano, como si aquello no tuviera importancia.

—¿Quién realizó la vigilancia sobre Meadows?

Qtana estaba aún más colorada ahora.

—Yo lo hice, señor.

—¿Y quién te lo ordenó?

No dijo nada, pero sus ojos se desviaron hacia Qbiit.

Kaplan se abalanzó sobre el troll más viejo.

—¿Es cierto? ¿Ordenaste que vigilaran a Meadows?

—¡Es *nueva*! —Qbiit agitó los brazos—. ¡No se puede confiar en ella!

Kaplan se levantó de la silla.

—¡Te has pasado de la raya! —tronó—. ¿Le pusiste vigilancia a Woodskin cuando se unió por primera vez a la Agencia?

Qbiit palideció.

—No, pero es un elfo del Éter y de la realeza. Ella es *humana*.

—Ahora, ¿quién es especista? —siseó Julie.

—Permitidme que deje una cosa muy clara. —La voz de Kaplan volvía a ser un ronroneo grave y peligroso. Dio una palmada con la mano abierta sobre el escritorio con una fuerza que hizo temblar el suelo—. Nunca espíarás a ninguno de los míos, independientemente de su especie. ¿Entendido?

Qbiit se retorció.

—Señor...

—Te lo voy a explicar con sencillez, ya que eres incapaz de entender este concepto básico —los ojos de Kaplan ardían—: no le harás a Meadows nada que no le harías a Woodskin.

A Qbiit se le saltaron los ojos.

—¡Capitán Kaplan, Taylor Woodskin es un *príncipe*!

—Sexto al trono. —Taylor sonrió—. No es el número uno, pero es mejor que nada. —Miró a Julie, y sus hombros se relajaron cuando ella le dedicó una sonrisa alentadora.

Kaplan se inclinó sobre el escritorio, con los ojos fijos en Qbiit. Sus palabras salieron en un gruñido tan alto que Julie apenas pudo distinguirlas.

—Igual... que... a... mi... otro... reclutador.

Julie reconoció que Qbiit tenía agallas. Sostuvo la mirada de Kaplan mucho más tiempo del que ella se habría atrevido. Finalmente, vaciló bajo la ardiente mirada del capitán y bajó la vista hacia la alfombra.

—Sí, señor —murmuró.

—Bien. —Kaplan se sentó en su silla, apretando los dedos—. Una vez aclarado esto, pueden retirarse. ¿Qtana?

—¿Sí, señor? —Ella se puso en pie de un salto.

—Espero que lo haga mejor cuando alguien que no sea yo le dé una orden. —Kaplan enarcó una ceja—. ¿Entendido?

Qtana asintió con la cabeza. Su coleta rebotaba.

—Sí, señor.

—Bien. Ahora, márchense, los dos. —Kaplan les hizo un gesto con la mano—. Retírense.

Qbiit pasó junto a Julie y la miró con desprecio. Qtana se escabulló por la puerta, mostrando una sonrisa tímida.

—Bien. —Kaplan se inclinó hacia delante—. Ya es hora de que me ocupe de ti, humana.

Julie se cruzó de brazos.

—Déjeme adivinar. ¿Desmentalización, pero no por decapitación?

Kaplan resopló, sacudiendo la cabeza.

—No creas que *no* decapitaré a alguien si tengo una buena razón para hacerlo.

Julie le sostuvo la mirada.

—¿Le he dado una buena razón?

Kaplan, por una vez, parpadeó primero. Volvió a sentarse.

—No. De hecho, Meadows, ha superado las expectativas.

—Entonces, ¿fue usted quien me tendió una trampa para que fracasara?

Kaplan se quedó mirándola.

—¿Qué quiere decir?

—Sé que alguien intentaba detenerme. —Julie inclinó la barbilla—. No sé quiénes son, pero jugaban con el ASRI, haciendo que me diera malos resultados.

Kaplan resopló.

—¿Por qué iba a hacer eso? Como le he dicho, *necesito* reclutas. —Levantó una carpeta de

su escritorio, y Julie reconoció la foto de Ellie recortada en el frente—. Le dije que quería paranormales que respiraran.

—Señor. —Taylor dio un paso adelante—. Puede que solo sea mitad fae, pero...

—Woodskin, creo que ya es hora de que se calle —gruñó Kaplan.

Taylor cerró la boca.

—Como dije, lo único que quería era que alguien *respirara*. —Kaplan enarcó una ceja y abrió el expediente—. Alguien motivado, con algunas habilidades de lucha. ¿Excelentes notas y un alto coeficiente intelectual? Eso es un extra. —Julie abrió la boca para defenderse, pero su cerebro registró lo que Kaplan acababa de decir. La cerró.

»Así que tengo una idea mejor que borrarle la mente. —Kaplan dejó el archivo—. Quiero que se una a la Agencia como reclutadora a tiempo completo. Sin pretensiones. Sin amenazas. —Su labio se curvó, pero, esta vez, sus ojos se arrugaron.

—¿Señor? —tartamudeó Julie.

Taylor la miraba con los ojos muy abiertos. Hat también se retorció sobre el escritorio y se volvió hacia ella.

—Vamos, Julie —soltó Hat—. Di que te quedarás.

—Silencio. —Kaplan hizo un movimiento rápido y cortante con una mano—. Esta vez no habrá tretas. Nada de borradores. Si Meadows va a convertirse en una auténtica reclutadora, tendrá que hacerlo por sus propios medios. —Miró a Julie a los ojos—. Aún tiene la oportunidad de marcharse. Qtana no se equivoca. Puede volver a tu vida humana y, por supuesto, le escribiré una carta de recomendación.

Julie miró a Taylor, luego a Hat. Pensó en su madre. En su apartamento. Sus libros. Lillie y Genevieve. Si se alejaba de todo esto, no lo recordaría. No recordaría las ocurrencias de Taylor, ni a Malcolm el vampiro *gamer*, ni el increíble invernadero de Julius Nox. No tendría ni idea de que se había encontrado cara a cara con un yeti y que había reclutado a un ser mitad humano, mitad fae, o de que se había colgado de la ventana de la Estatua de la Libertad.

—Por otro lado, si se queda... —Kaplan extendió las manos—. Este mundo es más complicado y peligroso de lo que imagina, Meadows.

Julie se rio. Una vez que empezó, se dio cuenta de que no podía parar. La risa ondulaba y estallaba como burbujas. Kaplan, Taylor, y Hat la miraron como si estuviera loca, y tal vez lo estaba, pero su mente estaba decidida.

—No puedo alejarme de todo esto. De todos vosotros. —Julie sonrió—. No quiero dejar atrás a este equipo.

La cara de Taylor se iluminó como la de un niño el primer día de verano. Hat rebotó en el escritorio.

Kaplan se sentó.

—Bueno, Meadows, me alegra oírlo. Y ahora...

—No he terminado. —Julie levantó una mano.

—¿Perdón? —Kaplan gruñó.

—Tengo una condición —añadió.

—¿Qué quiere?

Julie cogió a Hat del escritorio y lo sostuvo frente a ella.

—Quiero a Hat. No puede volver al Museo.

—¿Él? —Kaplan enarcó las cejas.

—Ya me ha oído. —Julie agarró a Hat—. No es justo. Es muy sensible, ¿sabe? Es mucho mejor que el ASRI 4000. Además, nunca habríamos encontrado y reclutado a Ellie sin él.

Kaplan la miró con fijeza y luego hizo un gesto con la mano.

—Bien. El sombrero se queda.

—¿Qué pasa con mi gratificación inicial? —añadió Julie.

—¿Qué pasa con eso? Se lo pagarán, obviamente.

—Bien. —Julie sonrió.

—Woodskin seguirá siendo su compañero. —Kaplan levantó la barbilla—. No digo que me haya gustado su pequeño arrebató de antes, pero es interesante ver que ha desarrollado algo parecido a las agallas.

Taylor miró a Julie, tratando de contener su sonrisa.

—Sí, señor.

—Bien. —La mejilla de Kaplan se crispó como si ocultara una sonrisa. Vaciló, levantando un dedo—. Una cosa más, Meadows.

—¿Sí, señor?

Kaplan se detuvo, frunciendo el ceño, enzarzado en una batalla interna. Al final, sus facciones se relajaron.

—La cláusula de rescisión.

—¿Cuándo? —Julie enarcó una ceja.

Kaplan la miró fijamente.

—Cuando, *señor* —se corrigió Julie.

—Esta noche. —Kaplan se sentó en su silla y tuvo la decencia de parecer avergonzado—. Los trolls podrían haber sido quienes te lo dijeran, pero yo lo habría hecho. Como digo, estábamos desesperados por conseguir reclutas. —Se encogió de hombros—. Estaba dispuesto a intentar cualquier cosa, y aunque puede que no esté orgulloso de lo que he hecho, aun así ha tenido el efecto deseado.

Julie sonrió satisfecha.

—En ese caso, quiero una gratificación mayor, señor.

Kaplan le devolvió la mirada.

—No presione, Meadows.

—¿Y si hubiera conseguido a alguno del top 3? —Julie se cruzó de brazos—. Ya sabe, vampiro, brujo o drow.

—Pero no lo ha hecho, ¿verdad? —Kaplan resopló—. Me gustaría ver cómo lo intenta.

—Sé que puedo hacerlo. Sé que puedo hacerlo mejor, de hecho. —Julie sonrió—. Puedo conseguirle algo aún más raro que el top 3.

—¿Más raro que los tres primeros?

—No es imposible, ¿sabe? Casi recluté a un kelpie.

—¡Un kelpie! —Kaplan sacudió la cabeza—. Inútil. Creo que la habría decapitado si hubiera hecho eso, Meadows.



—ME HA SUBESTIMADO UNA VEZ —argumentó Julie—. ¿No crees que debería evitar hacerlo una segunda vez?

—Ten cuidado, humana. —Kaplan resopló—. Ya has puesto a prueba mi generosidad. No pongas a prueba mi paciencia.

Taylor se dio cuenta de que el combate verbal iba a durar un buen rato. Se escabulló por la puerta del despacho sin que ninguno de los dos se diera cuenta, con los hombros hundidos, y

cruzó la sala común hacia su escritorio. Con un leve sobresalto, descubrió que ya no era un escritorio en medio de la planta vacía. Habían levantado paredes a su alrededor y, cuando Taylor abrió la puerta y entró, el viejo y barato escritorio había sido sustituido por dos nuevos, ambos de caoba pulida. También había una alfombra y un cuadro demasiado clásico en la pared. Taylor lo reconoció como una representación renacentista de una sirena que se cubría sobre una roca con una expresión encantadora en el rostro; el artista le había colocado algunas algas estratégicamente. Sin duda, todo era mucho más bonito que la anterior oficina.

—Siempre un paso por delante, ¿eh, Kaplan? —murmuró Taylor, que se acercó a su escritorio y se hundió en una cómoda silla de oficina nueva—. Sabías que no se iba a ir.

Abrió el Buscaminas en su ordenador e hizo clic sin saber por qué. Ya eran las seis y media. No creía haberse quedado nunca hasta tan tarde en el trabajo. En cuanto el reloj marcaba las cinco, salía. Tal vez debería irse. Sería mucho más fácil enfrentarse a Julie el lunes, después de haber tenido el fin de semana para tranquilizarse.

Por algún motivo, Taylor cerró la ventana del Buscaminas y cogió el archivo del que habían estado seleccionando nombres la tarde anterior. Cogió un bolígrafo y marcó con un círculo algunos sobre los que podría hablar con Hat la semana siguiente.

Alguien golpeó en la puerta con suavidad y se abrió lo suficiente para que Julie asomara la cabeza.

—Guau. ¿Cómo ha pasado esto? ¿Ahora tenemos una oficina de verdad?

—Eso parece. —Taylor buscó en su cara—. Supongo que a Kaplan no le ha sorprendido que hayas decidido quedarte.

Julie se sentó en su silla.

—Ooh, es muy mullida. —La hizo girar—. ¿De dónde ha salido todo esto en tan pocas horas?

—Magia. —Taylor movió los dedos, haciendo que unas pequeñas chispas verdes flotaran entre ellos.

Julie puso los ojos en blanco ante su truco.

—Kaplan cree que nos tiene a todos calados, ¿verdad?

—A menudo nos tiene. —Taylor apretó los dientes. Era ahora o nunca—. Hum, hablando de eso, tengo algunas explicaciones que darte.

Julie dejó de dar vueltas y lo miró a los ojos.

—Por supuesto, también sabía que no te iban a matar. —Taylor se mordió el labio—. Kaplan me dijo que te dejara con esa idea porque quería presionarte. Le seguí la corriente, y ha sido estúpido y cobarde. Merecías saberlo. Lo siento.

—Has sido cobarde. —Julie sonrió—. Y eso está en la parte superior de en la escala de la estupidez.

—¿Eh! —Taylor se rio—. Estoy tratando de ofrecerte una disculpa sincera.

—Para que conste, no te lo dije porque creía que era una nueva política. —Hat se posó en la cabeza de Julie otra vez—. Así que estoy de acuerdo: enfadémonos con Taylor.

—El Taylor del lunes no era la misma persona que el Taylor de hoy. —Julie se levantó—. ¿Qué hacemos aquí todavía? ¡Es fin de semana!

—Estaba trabajando en la búsqueda del próximo concursante de *¿A quién reclutamos esta semana?* —Taylor cerró el expediente.

—Bueno, podemos hacerlo el lunes, idiota. —Julie se quitó el sombrero de la cabeza—. ¿Puedes transformarte en algo divertido y *chic* para las copas de después del trabajo?

—Como desee, *milady* —se burló Hat.

¡Puf! Julie sostenía un elegante sombrero negro de época con una pulcra cinta de raso.

—Perfecto. —Julie se lo puso, volviéndose hacia Taylor—. Oye, ¿quieres ir a tomar algo?

—¿Es una cita? —interrumpió Hat—. Porque tendríais que rellenar unos cuantos formularios.

Taylor sonrió, poniéndose en pie.

—Me voy de copas con mis compañeros de trabajo. ¿Puedes beber, Hat?

—Espera, ¿me consideráis un compañero? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto. —Julie se quitó el sombrero de la cabeza y le pasó una mano por encima como si fuera un gato—. Me cubriste las espaldas.

Hat se retorció.

—Bueno, eh, por supuesto que sí. Ese era el trato.

—Has ido más allá. —Julie lo puso sobre su cabeza y le mostró a Taylor una sonrisa que hizo que sus ojos parecieran más brillantes—. Entonces, ¿vienes?

Taylor apagó su ordenador.

—Vale, pero yo invito.

—Eso ya lo veremos.

—Oh, claro que sí. —Taylor le ofreció un brazo.

Ella levantó las cejas.

—¿Qué haces?

—Lo siento. —Taylor sintió que sus mejillas se volvían grises y bajó el brazo—. Ha sido automático. Modales reales a la antigua, ya sabes. Mis tutores prácticamente me los inculcaron con sangre. No quería...

—Taylor, cálmate. —Julie se rio, y entrelazó sus brazos—. Hay algo que se dice de la caballerosidad —su boca se tensó, y movió un dedo—: la cortesía no pertenece al patriarcado, *capisce*?

—Eso es algo en lo que podemos estar de acuerdo.

Se dirigieron al ascensor tras cerrar la puerta del nuevo y lujoso despacho. Julie se llevó una mano a la boca, ahogando un bostezo. Taylor se dio cuenta de que la parte de atrás de su habitualmente imaculado corte *pixie* estaba erizada. El viento de la cima de la Estatua de la Libertad, sin duda. Se le revolvió el estómago al recordar la sensación nauseabunda que tuvo cuando empezó a caer por la ventana.

No se arrepentía de haber llamado a Kaplan como lo había hecho. Las puertas del ascensor se abrieron y entraron.

—¿Ya sabes dónde poner tu cochino dinero? —Julie lo miró, la picardía reflejada en sus ojos.

—Bueno, no, en realidad. —Taylor se aclaró la garganta—. Estoy seguro de que lo ingresarán en mi cuenta del fondo fiduciario.

—¿Así que hasta tu sueldo va donde tu contable puede ver lo que haces con él?

Taylor se encogió de hombros.

Julie frunció el ceño.

—Eso no servirá para nada, ¿verdad, Hat?

Hat rio entre dientes.

—Bueno, no veo que su alteza real tenga muchas opciones.

—Claro que puede elegir... —Julie sacó a tientas las llaves de Genevieve de su bolsillo—. Cuando te convencí para que me ayudaras, Taylor, te dije que iba a ayudarte a conseguir un dinero que *te* pertenece, no tu fondo fiduciario. Voy a cumplir con eso.

Taylor se rio de la feroz determinación de su voz y separó suavemente el brazo de ella al llegar al coche.

—Está bien, Julie. No te preocupes.

—No, no. —Ella sonrió—. Necesitas tu propia cuenta bancaria.

Taylor abrió la puerta del acompañante de Genevieve y se dejó caer en el asiento.

—Ni siquiera sé cómo abrir una.

—No te preocupes. —Julie arrancó el coche—. Yo sí.

Genevieve soltó un rugido gutural que reverberó por todo el aparcamiento. Taylor agarró la manija de la ventanilla, no muy dispuesto a que se repitiera lo de aquella tarde. Cuando llegaron a la puerta, Taylor vio dos todoterrenos negros aparcados fuera. Mostraron sus identificaciones al guardia de la puerta —Fred, se recordó Taylor, sintiéndose culpable por haber tenido que pensar en ello cuando Julie se lo había pedido antes— y salieron a la calle.

—Eh, espera un minuto. —Julie miró por el retrovisor—. Esos dos todoterrenos conducían detrás de nosotros. Creo que nos están siguiendo.

Taylor hizo una mueca.

—Lo siento. No puedo salir los fines de semana sin seguridad. —Miró a Julie—. Está bien si prefieres no salir de copas con un montón de guardaespaldas mirando por encima del hombro.

Julie se rio.

—No, no es necesario. —Sus dedos se flexionaron sobre el volante y pisó el acelerador, provocando un gruñido lujurioso de los casi cuatrocientos caballos bajo el capó.

—¿Qué haces? —Taylor se agarró con más fuerza.

La sonrisa de Julie se volvió malvada.

—¡Veamos si pueden alcanzarnos!

—¡Yiiijaaa! —chilló Hat.

—Julie, Julie, no... —empezó Taylor.

Julie golpeó el suelo con el pie. Genevieve saltó hacia delante y sus neumáticos chirriaron sobre el asfalto.

—¡Nooooooooo! —gritó Taylor

Su protesta se perdió entre las risas de Julie, los gritos de ánimo de Hat y el vertiginoso rugido del potente motor mientras Genevieve se adentraba en la bulliciosa ciudad.

La luz del sol iluminó la cara de Julie; la calidez con la que le besaba la su mejilla la despertó del sueño más delicioso que había tenido en semanas. Un escalofrío de ansiedad la recorrió antes de recordar que era sábado, que estaba durmiendo hasta tarde y que aún estaba viva. Sus labios compusieron una sonrisa involuntaria.

—¡Por fin! Ya te has despertado.

Julie se incorporó con un aullido al oír la voz masculina, con un leve acento británico. Hat estaba sentado en su mesita de noche, todavía con el bonito sombrero *vintage* que había usado la noche anterior. Cuando ella gimió, se dejó caer en las almohadas y levantó las sábanas hasta la barbilla, Hat se acercó y se dejó caer en la cama.

—Vete —murmuró Julie, acurrucándose en sus almohadas—. Estoy durmiendo.

—Ah, ¿así que no vas al cementerio?

Los ojos de Julie se abrieron de golpe.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las diez.

Se quejó. Había quedado con su madre en el cementerio a las once. Se tapó la cabeza con la almohada y pensó en el excelente vino que Taylor había derrochado la noche anterior.

—¿Cuánto de esa botella me bebí anoche? —preguntó en voz alta.

—No una cantidad irresponsable —respondió Hat—. Aunque no se puede decir lo mismo de Taylor.

Julie se rio.

—Idiota.

—Entonces, ¿nos vamos o nos quedamos?

Julie ahogó un bostezo, considerando sus opciones. Por un lado, su cama era maravillosamente cómoda, y cada centímetro de su cuerpo le dolía como si la hubieran golpeado con una vara. Había leído en alguna parte que había ciento sesenta y dos escalones desde el pedestal hasta la corona de la Estatua de la Libertad.

Por otro...

Julie suspiró y apartó las mantas.

—Se lo prometí a mi madre. No hay nada como una experiencia cercana a la muerte para mirar a la vida con nuevos ojos, ¿verdad? —Se levantó y se dirigió a la cocina para preparar el hervor.

—¿Nuevos ojos? —Hat volvió a subirse a la mesilla y la observó—. ¿Qué quieres decir?

—Creo que tal vez no sea tan mala. —Julie buscó un paquete de ese asqueroso café instantáneo—. Necesitamos un poco de café de verdad, de todos modos.

Con un puf, Hat se convirtió en un atractivo sombrero blanco para el sol con un alegre lazo naranja.

—La previsión de hoy es de unos quince grados. Llevaré el estampado floral del vestido *midi* que te gusta.

—Eres un acosador.

—Solo he investigado un poco.

—¿Qué, como hicieron los trolls? —Julie enarcó una ceja.

Hat resopló.

—No, así no.

Volvió a bostezar.

—Es muy temprano para discutir, pero estás guapo.

El arco de Hat se levantó visiblemente.

—¡Gracias!

Julie se rio y sirvió el café. Aquí estaba ella, acariciando el ego de un sombrero mágico, a punto de visitar a su madre por su propia voluntad. No estaba segura de qué era más raro.



ROSA TENÍA los labios apretados cuando Julie detuvo a Genevieve en el aparcamiento del cementerio. Estaba inmaculadamente cuidado y rodeado de macizos de flores primaverales, con el nombre del jardín conmemorativo en una elegante placa sobre la verja.

—Julia, ¿qué es *esto*? —La voz estridente de Rosa resonó en el aparcamiento en cuanto Julie salió.

—Se llama Genevieve. —Julie pasó una mano por el capó de manera cariñosa y luego se acercó a su madre—. Mi casera me deja usarla.

—Parece una trampa mortal sobre ruedas. ¿Sabías que estos coches viejos no tienen suficientes medidas de seguridad? Podrías matarte.

«Bueno, es la mar de encantadora», comentó Hat.

«Cállate. Estoy tratando de ser amable». Julie esbozó una sonrisa al llegar junto a su madre. Le notó el enrojecimiento alrededor de los ojos, que su espesa capa de maquillaje no lograba ocultar del todo. Llevaba el pelo, negro y abundante, lo bastante corto como para que le rozara los hombros y se ciñó más la rebeca de punto.

—Me alegro de verte, mamá —dijo Julie. Un viento fresco corría entre las hojas verde pálido de los pinos que rodeaban el aparcamiento.

Rosa bajó las manos de su rebeca, como si quisiera un abrazo, pero, en vez de eso, se las metió bajo los brazos.

—Hace mucho frío aquí fuera. ¿Has traído flores?

—Sí. —Julie las había conseguido de un vendedor ambulante en un semáforo en rojo. Las recuperó del asiento del pasajero.

—Gracias. —La sonrisa de Rosa vaciló—. Me gusta tu sombrero. Es nuevo.

—Gracias, mamá.

«Vale, lo retiro. Me gusta».

«¡Shhh, Hat!».

—El naranja es muy atrevido. —Rosa enarcó una ceja—. ¿De verdad crees que vas a atraer a un hombre con dinero vestida así?

—¡Mamá!

—Solo digo que, si tu nuevo trabajo no funciona y sigues negándote a utilizar tus considerables atributos en tu beneficio, quizá quieras plantearte casarte bien. —Rosa extendió las manos—. Tu prima Emelie lo hizo...

—Mamá, Emelie se casó con un *sugar daddy*. —Julie se puso al lado de su madre mientras se dirigían a la puerta del cementerio.

—Siempre es una opción, cariño.

Julie abrió la verja y la sostuvo. Cuando Rosa entró, se detuvo y miró la cara de su hija.

—¿Tienes un grano en la barbilla?

—¡Mamá!

—Si bebieras tu zumo de aloe vera, también tendrías la piel más limpia.

Julie gimió.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora mismo?

—Una mancha en la piel es lo primero que un hombre nota en una mujer. —Rosa acarició la mejilla de Julie—. Eres una chica muy guapa, cariño. Asegúrate de dejar que brille tu saludable belleza interior.

—¿Has sacado eso de una botella de crema hidratante o algo así?

Rosa se echó el pelo hacia atrás y entró en el cementerio.

—Tus clientes también lo notarán. Es importante presentar un aspecto profesional, cariño. Tienes que tomarte este trabajo en serio si quieres tener éxito.

Julie pensó en estrangularla, pero cerró la verja y la siguió por aquel conocido camino. Una punzada de culpabilidad la recorrió. ¿Cuándo había estado allí por última vez? ¿Había visitado la tumba de su padre desde que se había mudado a la ciudad?

La lápida era de granito y muy sencilla. La más barata que pudieron conseguir, recordó Julie. Su epitafio solo decía: «DAVID MEADOWS. AMADO PADRE Y ESPOSO».

Julie se agachó y depositó las flores al pie de la lápida. Quería decir algo, pero no sabía qué.

La voz de Rosa era áspera.

—A tu padre le encantaban las rosas amarillas.

Julie trazó con un dedo el contorno de un pétalo amarillo brillante.

—Lo sé.

Rosa se aclaró la garganta.

—Gracias.

Julie se levantó y buscó la mirada de su madre. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería disculparse, pero no podía verbalizar por qué.

—No quiero que pienses que lo olvidé demasiado pronto —soltó Rosa. Se dio la vuelta y se enjugó los ojos con una manga—. Han pasado seis años, Julie.

—Mamá, no. —Julie tragó saliva—. Eso no es lo que pienso. Solo... lo echo de menos.

—Yo también. Todos los días. Todos.

Julie sonrió, apartando las lágrimas.

—Le habría encantado Genevieve, ¿sabes?

Rosa rio con suavidad.

—Sí, lo habría hecho. —Un músculo le tembló en la mejilla—. Es tan injusto, cariño. Dedicó su vida a cuidar de la gente, ¿sabes? No sé cómo pudo entregar todo su corazón a ese hospital y a nosotras al mismo tiempo. No es justo que muriera sin sentido.

Julie no sabía qué decir. Se inclinó y quitó un poco de polvo del rostro de la fotografía que había en la lápida.

—Papá habría dicho que la vida no era justa, pero eso no significa que nosotros no podamos

serlo.

Rosa puso una mano en el hombro de Julie.

—Tienes toda la razón, cariño. Eso es exactamente lo que él habría dicho. —Apretó con suavidad—. Veo mucho de él en ti.

Julie la miró.

—¿En serio?

—Sí. Tampoco bebía zumo de aloe vera, por muchas veces que le dijera que le haría una excelente limpieza de colon. Tu padre siempre estaba estreñado. Si me hubiera hecho caso, habría sido tan regular como yo. —Rosa se palmeó la barriga con orgullo.

Julie evitó poner los ojos en blanco. Se enderezó, riendo.

—¿Se negó a convertirse en *stripper* para ganar más dinero?

—¡ay, de verdad, Julia! —Rosa le agarró la mano como si fuera una niña pequeña—. Vamos. La comida está esperando.

Julie quiso desenredar su mano de la de su madre, cuya la palma estaba sudada, sus dedos temblaban un poco y olía demasiado a aceite esencial de lavanda. Pero no lo hizo. Dejó que Rosa la tomara de la mano hasta el estacionamiento.



TAYLOR ESTABA SENTADO en el sofá de su *suite*, removiendo con una cuchara un tazón de Cheerios e ignorando el hecho de que eran las once y media de un sábado por la mañana. Una película sonaba en el enorme televisor que había en un mueble frente al sofá. Había abierto las carísimas puertas de roble y la había encendido a primera hora de la mañana, tras levantarse de la cama.

Su rutina habitual de fin de semana, aunque sus mañanas de sábado, por lo general, no incluían un fuerte dolor de cabeza en las sienes. Supuso que el vino de la noche anterior era el responsable. Se rascó el culo, satisfecho, soltó un magnífico eructo y sorbió el resto de su leche directamente del cuenco.

Superprincipesco, como siempre. Esa era una de las ventajas de que su *suite* estuviera escondida en la esquina trasera del recinto, donde sus padres apenas podían verla desde el castillo principal.

Tampoco podían ver su amor secreto, *Notting Hill*. Dejando a un lado el cuenco vacío, Taylor pronunció las últimas líneas junto a una Julia Roberts con los ojos llorosos. Pasaron los créditos y cogió el mando a distancia para poner la siguiente. *Pretty Woman*, quizás.

Con un débil gorjeo, una pequeña criatura entró zumbando por la ventana abierta y se posó en el borde del cuenco vacío. Era uno de esos molestos fénix errantes.

—Fuera —refunfuñó, haciéndole un gesto con la mano.

Piaba, con una pequeña llama del tamaño de una vela de cumpleaños parpadeando en la nuca.

—Uf, bien. Como quieras. Pero no vuelvas a incendiar mis cortinas.

El fénix picoteó los últimos trozos de Cheerios con un sonido diminuto y cerámico.

El teléfono de Taylor zumbó. Lo buscó entre los cojines del sofá y sonrió.

Cura para la resaca:

6 huevos crudos batidos en un vaso

con un poco de salsa Worcestershire.

La receta secreta de mi padre.

ERA JULIE. Nadie en el mundo mágico le mandaría mensajes sobre curas para la resaca. Respondió:

Gracias por nada, Meadows.

LA NOCHE ANTERIOR... Estaban sentados en el bar, bebiendo copas de aquel vino, cuando ella se volvió hacia él con aquella sonrisa maliciosa.

—¿Ves? No está tan mal prescindir de los guardaespaldas y vivir una vida de verdad.

Taylor resopló.

—Ah, así que no he vivido. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Te han malcriado, tal vez. —Se encogió de hombros—. ¿Vivido? No estoy tan segura.

«Malcriado». La palabra se quedó en el fondo de la mente de Taylor y decidió que no necesitaba ver *Pretty Woman* por octogésima primera vez. Apagó el televisor y se puso en pie de un salto, haciendo que el fénix saliera por la ventana.

Se apresuró a ir al dormitorio, cambió la camiseta y los calzoncillos por unos vaqueros y su jersey negro favorito, y luego salió de la *suite* y atravesó el hermoso césped verde que rodeaba todos los edificios del torreón. Evitando la alta torre central, Taylor se dirigió a una pequeña puerta en uno de los muros almenados.

Había un guardia, que enarcó las cejas.

—¿Alteza? ¿Desea que lo llevemos a algún sitio?

—No, gracias. —Taylor pasó junto a él con una sonrisa—. Yo quiero llevarme a algún sitio.

Empujó la puerta y siguió las escaleras hasta el amplio aparcamiento subterráneo. Agitó una mano y encendió las luces. Las largas tiras fluorescentes se encendieron y bañaron el garaje con un frío resplandor blanco. Brillaban sobre las líneas suaves y severas de los largos capós planos y los parabrisas inclinados que rezumaban velocidad y dinero.

Taylor sonrió y se volvió hacia la hilera de llaves que colgaba de la pared a su lado. Seleccionó una, deleitándose con el tintineo del metal contra el metal.

—Ya te enseñaré yo quién es la malcriada —susurró.



JULIE SE APRESURÓ A RECOGER en su apartamento el puñado de víveres que había comprado de camino a casa. Enderezó la fotografía que tenía en la mesilla de noche, en la que aparecían ella, mamá y papá, uno al lado del otro, junto a la estatua de Balto, en Central Park. Julie, que llevaba ortodoncia morada, había tenido que estirar el brazo para hacerse un selfi. Papá rodeaba a mamá con el brazo. Parecía esbelto y diminuto a su lado, como siempre. Su suave sonrisa levantaba sus mejillas cubiertas con una barba de dos días.

—Hoy te he echado mucho de menos, papá —susurró tocando la foto. Luego cogió las llaves del coche y corrió hacia la puerta.

Hat se retorció, indignado, del gancho en el que Julie lo había colgado y se dejó caer sobre la encimera de la cocina.

—Disculpa, ¿vas a dejarme aquí arriba?

—Ah, Hat, vamos. —Julie hizo girar las llaves de Genevieve alrededor de un dedo—. Te he llevado a casa de mamá y Ernesto.

—Tu padrastro es un idiota insufrible. —Hat resopló—. Lillie Griswall, en cambio, es una vieja encantadora, y me cae bien.

Julie suspiró.

—La comida se enfría mientras discutimos. Vale, puedes venir. —Ella lo alcanzó.

Hat se zafó de su agarre.

—No pasa nada. Estoy bromeando. Todavía se te permite tener vida privada, ya sabes.

Julie enarcó una ceja.

—¿Qué? Eso es nuevo para mí.

Hat se burló y se acomodó en el mostrador.

—Volveré temprano. Lillie no se acuesta tarde. —Julie palmeó la coronilla de Hat—. Hasta luego.

Bajó corriendo al garaje y cogió del asiento del copiloto de Genevieve dos bolsas de plástico prometedoramente calientes y cargadas de comida china. Se colgó una del codo, cerró como pudo el coche y se dirigió a la puerta trasera de Lillie.

—¡Lillie! —Llamó a la puerta—. ¡Soy yo!

—¡Pasa, querida!

Julie no pudo evitar jadear al entrar en el salón. Estaba casi irreconocible. La mesa de centro había sido limpiada de trastos, excepto por un hermoso álbum de fotografías. La televisión estaba apagada e incluso había un jarrón con flores falsas en la estantería más cercana. Julie tomó nota mental para conseguirle a Lillie unas de verdad.

Incluso las mascotas tenían mejor aspecto. El gato, sentado en el brazo del sofá, ronroneaba magnánimo. Julie le hizo cosquillas a Pookie, el perro, bajo la quijada.

Lillie tenía las mejillas un poco sonrosadas y se acarició el pelo, que se había peinado y recogido en un moño, aunque algunos cabellos ya le colgaban sueltos por la nuca.

—Sé que dijiste que querías ayudarme a ordenar la cocina, querida, pero luego pensé en hacer un intento con la sala de estar, y que abordaríamos la cocina otra noche. Debes estar cansada después de esta semana.

Julie dejó las bolsas sobre la mesita y sonrió.

—Me parece perfecto, Lillie.

La anciana esbozó una amplia sonrisa. Acarició el esponjoso lomo del gato, que ronroneó más fuerte.

—Has comprado comida china, ¿eh? ¿Has traído salsa picante?

—¡Mucha salsa picante! —le aseguró Julie.

Lillie se dirigió a la cocina.

—Voy a por la zarzaparrilla. ¿Por qué no enciendes la tele? Ya tengo la película preparada.

Julie se hundió en el sofá, ignorando los pelos de gato que se le pegaban al vestido, y cogió el mando a distancia de la mesita. No le sorprendió que la película elegida por Lillie fuera *Baby Driver*. Sonrió y sacó las cajas de comida china de la mesa mientras la anciana volvía al salón.

—¿La has visto? —Lillie miraba a Julie. Dejó la botella de refresco y dos vasos en la mesita

—. ¿Es buena?

—Bueno, tiene mucha acción y persecuciones de coches.

Lillie sonrió.

—Eso esperaba.

Julie se rio y Lillie se acomodó en el sofá, a su lado. La anciana pulsó el botón de reproducción del mando y Julie se metió en la boca una buena cantidad de fideos fritos.

«Que te den, zumo de aloe vera». Rosa le había servido un vaso en la mesa del almuerzo, por supuesto.

Los ojos de Lillie se abrieron de par en par en cuanto empezó la película: una toma de los edificios de la ciudad, una panorámica hasta el nivel de la calle y, a continuación, un vistazo a un elegante parachoques rojo.

—¡Sistema de frenado Subaru! —Respiró—. ¡Esto va a ser bueno!

Julie soltó una risita sobre sus fideos cuando los estridentes acordes de *Bellbottoms*, de Jon Spencer Blues Explosion, resonaron por todo el salón. Con los palillos en una mano y una caja de arroz frito en la otra, Lillie rebotó en el sofá.

—¡Vaya, me encanta esta canción!

Acababan de llegar a la parte en la que el Subaru rojo derrapaba en su primer giro con un freno de mano de alta definición, y Lillie estaba a punto de saltar del sofá, gritando excitada, cuando sonó el timbre de la puerta. Julie intentaba no ahogarse de risa y fideos mientras el perro corría de un lado a otro, ladrando escandalosamente.

—¡Uhhhh! ¡A por ellos, chico! —gritó Lillie.

El timbre volvió a sonar. Julie dejó sus fideos de mala gana.

—¿Esperas a alguien, Lillie?

La anciana se volvió a sentar en el sofá y pausó la película, con cara de decepción.

—Yo no, cariño. ¿Y tú?

—No. Déjame ir a ver quién es. —Julie palmeó el hombro de Lillie—. Y seguimos.

—Vale, cariño. —Lillie volvió a sonreír, sorbiendo un poco de zarzaparrilla como si ya estuviera cansada de sus esfuerzos.

Julie se acercó en calcetines hasta la puerta y la abrió un poco, manteniendo una mano apoyada por si acaso. Un tipo con una gorra de FedEx la miró con los ojos entrecerrados.

—Siento molestarla, señorita. He estado llamando al timbre del piso de arriba.

Julie se relajó y dejó que la puerta se abriera.

—¿Cómo puedo ayudarlo?

—Busco a la señorita Julia Meadows. No la conocerá, ¿verdad?

—Soy yo.

—Genial. —El tipo de FedEx le tendió un sobre grande y un portafolios—. Entonces esto es para usted.

Julie parpadeó y cogió el sobre. El papel era grueso y pesado, con dibujos decorativos en las esquinas y su nombre en el anverso, en lo que parecía auténtico pan de oro.

—Por favor, firme aquí, señorita. —El tipo de FedEx hizo un gesto con el portafolios.

Julie intentó no pensar en la última vez que había tenido que firmar algo. Lo hizo y volvió al salón, perpleja, mientras giraba el sobre.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó Lillie. Su perrito había saltado a su regazo y ella le rascó las orejas. No vio ni rastro del gato.

—Es una carta. Ni idea de por qué he tenido que firmarla. —Julie se sentó a su lado.

Lillie pasó una mano por encima del papel.

—¡Oh, qué elegante! Apesta a dinero.

Julie leyó el nombre del remitente. «Señor. J. Nox».

—¿Es amigo tuyo? —Lillie enarcó una ceja.

—Sí, de hecho. —«Al menos, eso creo».

—Bueno, adelante entonces, querida. ¡Ábrelo!

Julie rajó con cuidado el sobre con un cuchillo sin filo, aunque se sintió incómoda al romper algo tan bonito, y sacó algo que parecía lo bastante elegante como para ser un certificado de diploma, pero que resultó ser una invitación en papel grueso de color crema con elegantes letras y pan de oro en relieve.

Julius Nox
solicita el honor de su presencia
en la ceremonia de unión de manos de
su hijo, Malcolm Nox, y
Cassidy Consta.
El veintiuno de mayo de dos mil veintiuno,
a las cuatro de la tarde
en la residencia Nox
de Staten Island, Nueva York.
Nueva York.
Evento de gala.
La cena irá seguida de baile.

—¿QUÉ es una ceremonia de unión de manos? —preguntó Lillie.

Julie se sobresaltó. No se había dado cuenta de que su casera leía por encima del hombro y se sintió nerviosa al volver a examinar la invitación. Sin embargo, no se mencionaba nada paranormal. Lillie todavía estaba a salvo.

—Es el primer paso hacia algo parecido a un matrimonio, creo.

«Es una ceremonia tradicional para vampiros», añadió el orbe en su mente.

—¡Qué elegante! —Lillie sonrió—. Y cena de gala, ¿eh? Huelo un viaje de compras en tu futuro.

Julie negó con la cabeza, con los ojos clavados en el nombre de Cassidy.

—Son noticias terribles.

—¿Terribles? ¿Por qué? —Lillie frunció el ceño—. Esperaba que con tu nuevo trabajo pudieras...

—Oh, no, no por las compras, Lillie. —Julie sonrió, apoyando una mano en la rodilla de la anciana—. No pasa nada. Es solo que..., bueno, es un amigo mío, y esta chica no es buena para él. En absoluto.

Lillie se rio entre dientes.

—Déjame adivinar. ¿Y tú estás hecha para él?

—No es así. —Las mejillas de Julie enrojecieron—. ¡Cassidy es una auténtica mala pécora!

Lillie se rio.

—Oh, arréglalo la semana que viene, cariño. —Cogió el mando a distancia—. ¡Vamos a seguir viendo coches!

Julie dejó la invitación a un lado, cogió sus fideos y se hundió en el sofá mientras el chirrido de los neumáticos y los cláxones llenaban el salón. A su lado, Lillie reía, una risa cálida, plena y genuina que hizo sonreír a Julie.

La ciudad de Nueva York estaba llena de seres sobrenaturales. Su madre veía algo de papá en ella, y Lillie era la caña.

Quién lo habría dicho, ¿verdad?



ERA un alivio llegar al trabajo *sin* la no tan inminente amenaza de muerte pendiendo sobre su cabeza.

Para su sorpresa, y a pesar de lo temprano que era, Julie tuvo que buscar un sitio vacío para aparcar a Genevieve. Encontró uno al fondo del aparcamiento. Salió del coche y observó el carro en llamas que había a su derecha para asegurarse de que el fuego que lo rodeaba no dañara la pintura.

Satisfecha, se dio la vuelta, dispuesta a dirigirse hacia el edificio y casi chocó con el jefe del Departamento de Informática.

Julie saltó fuera del camino antes de que ocurriera lo inevitable, y sonrió como disculpa.

—Lo siento. No te había visto. Qbiit, ¿verdad?

El troll la fulminó con la mirada.

—No te hagas la inocente conmigo, Meadows. Te tengo calada.

NOTAS DE LA AUTORA: RENÉE JAGGÉR

ESCRITO EL 3 DE NOVIEMBRE DE 2022

Gracias por leer hasta el final.

Aquí estamos al comienzo de una nueva serie. Perdón por la demora. He estado aprendiendo muchas cosas sobre la escritura, ¡y me ha llevado más tiempo del que pensaba! Si has leído alguna de mis otras series, *Callie Hart*, *Werewitch*, o la *Reencarnación de la Morrigan*, te doy las gracias y te doy la bienvenida de nuevo. Para los que sois nuevos, os voy a contar un poco sobre mí...

Crecí en Los Ángeles y ahora vivo en una pequeña ciudad de Arizona. Solo estamos mi perra Josephine y yo; es una labradoodle. O algo parecido. No estoy muy segura, ya que es una perra rescatada, pero es la raza que más se le parece. ¿Alguna vez te has preguntado quién gobierna el mundo? Pues es ella. Ahora está con su abuela porque...

No estoy en Arizona. Estoy en Escocia —inserta el baile típico escocés aquí—. En mis últimas notas de autor, dije que echaba desesperadamente de menos las patatas fritas y la salsa de curry. Ahora puedo deciros que *es posible* comer demasiadas y no querer más. ¡Mi reino por un poco de arroz o fideos!

Y he descubierto que el *haggis* está realmente bueno... si puedes soportar el sabor de las vísceras. Me gusta el paté, así que me resultó fácil. Sobre todo, sabe a cordero muy bien condimentado. Había probado el *haggis* vegetariano y sabía cómo me imagino que sabría a alfombra, aunque carezco de los conocimientos culinarios necesarios para afirmarlo con rotundidad. Sin embargo, esta vez comí *haggis* vegetariano en un sitio en el que confío, ¡y también estaba bueno! Es un mundo completamente nuevo. Si te animas a probarlo, no lo hagas en un sitio cualquiera. Pero merece la pena.

Estoy dando un poco de rienda suelta a otra de mis pasiones: el *tablet* escocés. Algunos lo asemejan al caramelo, pero en realidad no es eso. Viene en muchos sabores, todos hechos de azúcar y leche condensada y mantequilla, y sabes que vas a ir al infierno —o a la tienda de ropa XXL— por comerte un segundo trozo, ¡pero cielos! ¡Está tan rico!

Desde que estoy aquí he salido con amigos y he visto muchas hojas otoñales y gansos y otras aves migratorias. Veo las focas en el puerto todos los días, y los cisnes residentes y sus crías, que acaban de salir del cascarón en verano. La vida es sonríe. Por eso he venido hasta aquí. Estoy escribiendo esto mientras sale el sol, lo que no ha sido normal en este viaje hasta ahora. Por supuesto, anoche no pude dormir. Esta noche tengo que hacer «una cosita» y estaré despierta hasta las tantas. Ains...

Esta serie constará de nueve libros, y justo después aparecerá otro ambientado en —lo has adivinado— Escocia. Ningún *haggis* ha sido lastimado en la elaboración de esa historia. Espero que la disfrutéis tanto como yo lo hice escribiéndola. Creo que mi nuevo enfoque ha funcionado,

pero tendréis que ser vosotros los que juzguéis.

Como siempre, ¡gracias a mis correctores! Hacen que mis libros sean lo mejor posible.

Espero que te haya gustado el comienzo del viaje de Julie. Síguela mientras aprende a conocerse a sí misma y a navegar por este nuevo mundo.

Hasta que volvamos a hablar, ¡espero que tu cielo siempre esté soleado y tus días estén llenos de felicidad y buenos libros!

Renée

NOTAS DEL AUTOR MICHAEL ANDERLE

ESCRITO EL 2 DE NOVIEMBRE DE 2022

Gracias no solo por leer este libro, sino también estas notas del autor.

¿Es la primera vez que lee un libro de Michael Anderle?

Si es así, ¡bienvenido! ¿Por qué no te pones cómodo y te quedas un rato?

Si no es así, ¡bienvenido! Ponte cómodo, y me pondré un cazo de chocolate a calentar.

¿Dónde surgió esta historia?

La génesis de Para-Military Recruiter ocurrió mientras viajaba en avión entre Las Vegas, Nevada, y Cabo San Lucas, México. Mi mujer y yo perdimos la conexión en Los Ángeles y tuvimos que buscar una habitación para pasar la noche y coger un avión al día siguiente.

Estaba muy cabreado.

Era mediados de julio de 2022 y me moría de ganas de ir a Los Cabos. Llevaba casi un mes en Europa y, por motivos de trabajo, no había podido ir en varios meses.

Justo cuando parecía que iba a tener un respiro y relajarme un poco... *me quedé atrapado en Los Ángeles.*

Mi mujer se crio en Los Ángeles y sus alrededores, así que para ella eran unas **VACACIONES**.

Sé que no debo quejarme... mucho. Estoy aprendiendo a mantener la boca cerrada como marido. Me ha llevado un tiempo. A veces soy sabio. No siempre. No a menudo, si soy honesto, pero de vez en cuando.

Intenté ver el punto positivo.

Que es que HAY un montón de grandes lugares de comida mexicana en Los Ángeles, así que salté en Yelp en cuanto nos dieron la habitación del motel, y Judith sugirió que estaría bien probar un lugar nuevo.

Un Uber más tarde —¡y Dios mío, el tráfico! ¿Cómo puede tardar tanto en recorrer cinco kilómetros?— y llegamos a un restaurante mexicano muy antiguo y disfrutamos.

Para los interesados, he aquí dónde fuimos: <http://www.zacatecasmenu.com>

Un largo viaje en Uber de vuelta y una estancia de una noche, *badabing, badaboom...* de vuelta en un avión. No fue tan sencillo, pero te ahorraré escuchar mis quejas.

Durante ese tiempo, se me ocurrió esta idea. Os voy a compartir el resumen original que escribí.

PROYECTO: Reclutadora paramilitar

Julie Meadows debe reclutar nuevos miembros para la Agencia Oficial Paramilitar —agencia —o morir en el intento. Francamente, su jefe espera que fracase (o que renuncie), ya que ambas cosas requieren un lavado de cerebro.

No le gusta que los humanos sepan de los paranormales.

Es el tiempo presente. Nuestra protagonista, la humana Julie Meadows, está de capa caída cuando recibe una carta por correo.

¡Ha sido reclutada!

No sé cómo puede ser (tiene dos pies planos, ¿verdad?) Julie acude a las oficinas que figuran en el anuncio del BORRADOR y se deja caer en un mundo que no debería existir.

Imagina la escena de MEN IN BLACK cuando J entra en la oficina por primera vez y ve todos estos alienígenas que no deberían existir.

<https://www.youtube.com/watch?v=4YUQ4bRHfwo>.

Excepto que son un grupo de paranormales en lugar de alienígenas.

Como humana, no debería estar allí.

Por desgracia (para Julie), tiene dos opciones. Puede trabajar en el Enlace Militar para la Adquisición de Soldados (MLAS) como oficial de reclutamiento o ser asesinada. Ella ya no puede deshacer lo que no debería haber visto en primer lugar.

Renée y yo tenemos un montón de historias con Julie, Taylor y Hat. Si te gusta esta serie, compártela con un par (o veinte) amigos.

Me voy a buscar mi propia versión de Sombrero.

¿Quién no quiere un sombrero mágico que pueda convertirse en cualquier cosa? Yo lo quiero.

Espero volver a hablar contigo en el en el próximo libro.

Ad Aeternitatem,
Michael Anderle

MÁS HISTORIAS con la newsletter de Michael AQUÍ: <https://michael.beehiiv.com/>

PONTE EN CONTACTO CON MICHAEL ANDERLE

Página web

<http://lmbpn.com>

Lista de correo electrónico

<http://lmbpn.com/email/>

<https://www.facebook.com/groups/LMBPNenespanol> EN ESPAÑOL

<https://twitter.com/MichaelAnderle>

<https://www.instagram.com/lmbpn.es/> EN ESPAÑOL

<https://www.bookbub.com/authors/michael-anderle>